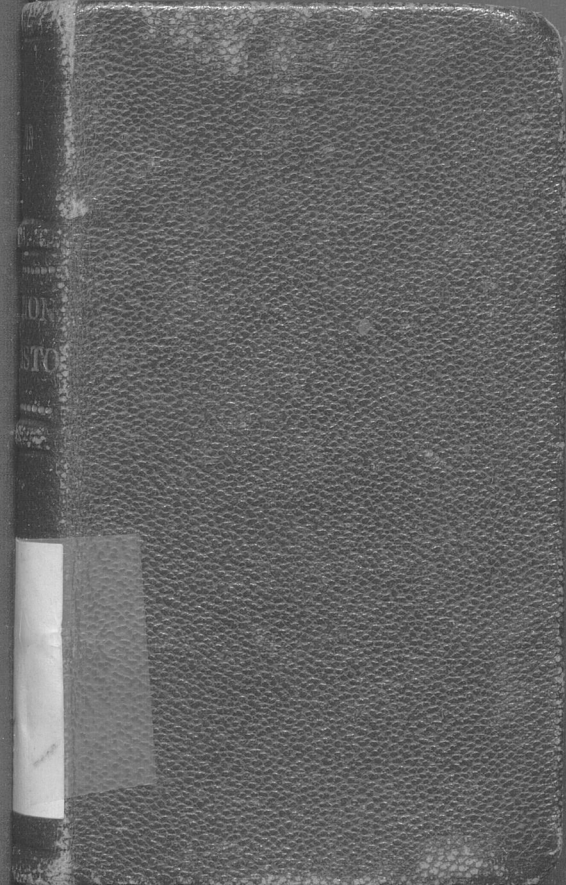
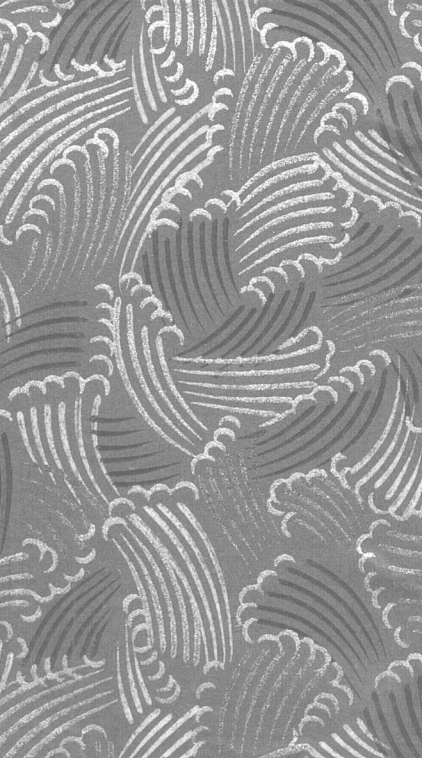
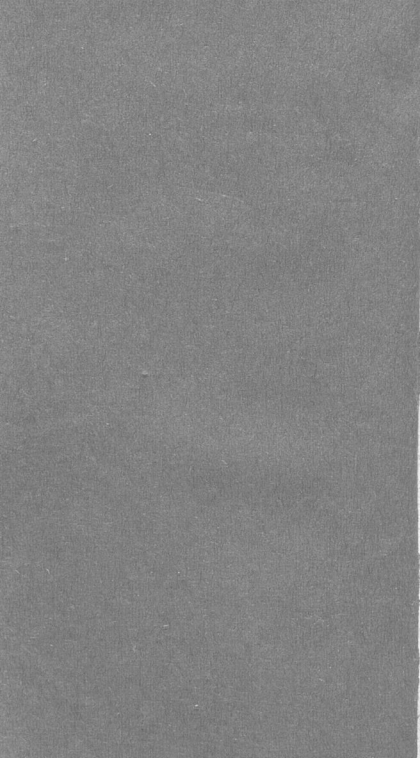


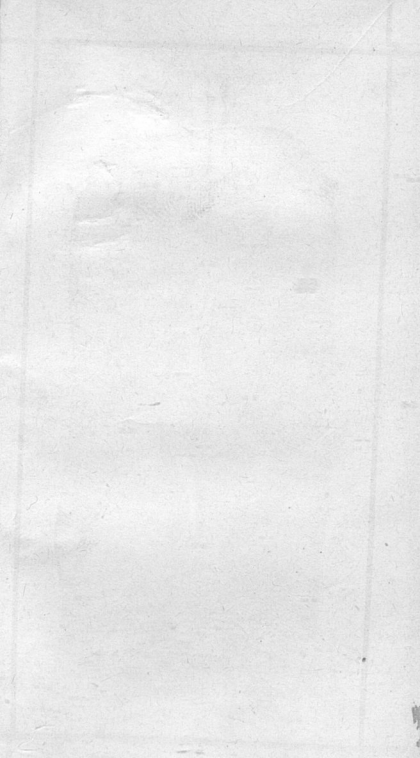












C. 1082816



IMITACION
DE CRISTO

POR

TOMÁS KEMPIS

TRADUCCION DEL

P. Juan Nieremberg,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

~~~~~  
CON LICENCIA  
~~~~~

VALLADOLID:

Imp. Católica de José Manuel de la Cuesta,
Cantarranas, núms. 38, 40 y 42.

1896



Por los Emmos. Sres. Arzobispos de Toledo, Sevilla, Santiago, Búrgos y Valladolid, y muchos Ilmos. Sres. Obispos, están concedidas indulgencias á los que leyesen ú oyeren leer cualquier párrafo ó periodo del Kempis.

IMITACION DE CRISTO

LIBRO PRIMERO

Capítulo primero.

De la imitacion de Cristo, y desprecio de todas las vanidades del mundo.

1. *Quien me sigue no anda en tinieblas*, dice el Señor. Estas palabras son de Cristo, con las cuales nos amonesta que imitemos su vida y costumbres, si queremos verdaderamente ser alumbrados, y libres de toda la ceguadad del corazon.

Sea, pues, nuestro estudio pensar en la vida de Jesus.

2. La doctrina de Crislo excede á la de todos los santos; y el que tuviese espíritu hallará en ella *mana* escondido.

Mas acaece que muchos, aunque á menudo oigan el evangelio,

gustan poco de él, porque no tienen el espíritu de Cristo.

Conviéneles que procuren conformar con él toda su vida.

3. ¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si no eres humilde, por donde desagradas á la Trinidad?

Por cierto las palabras subidas no hacen santo ni justo; mas la virtuosa vida hace al hombre amable á Dios.

Más deseo sentir la contrición que saber definirla.

Si supieses toda la Biblia á la letra y los dichos de todos los filósofos, ¿qué te aprovecharía todo sin caridad y gracia de Dios?

Vanidad de vanidades, y todo vanidad, sino amar y servir solamente á Dios.

Suma sabiduría es, por el desprecio del mundo, ir á los reinos celestiales.

4. Y pues así es, vanidad es buscar riquezas perecederas, y esperar en ellas.

Tambien es vanidad desear honras, y ensalzarse vanamente.

Vanidad es seguir el apetito de la carne, y desear aquello por donde despues te sea necesario ser castigado gravemente.

Vanidad es desear larga vida, y no cuidar que sea buena.

Vanidad es mirar solamente á esta presente vida, y no preveer á lo venidero.

Vanidad es amar lo que tan presto se pasa, y no buscar con solicitud el gozo perdurable.

5. Acuérdate frecuentemente de aquel dicho de la Escritura: *No se harta la vista de ver, ni el oído de oír.*

Procura, pues, desviar tu corazón de lo visible, y traspasarlo á lo invisible, porque los que siguen su sensualidad manchan su conciencia, y pierden la gracia de Dios.

Capítulo II.

Del bajo aprecio de si mismo.

1. Todos los hombres naturalmente desean saber. Mas ¿qué

aprovecha la ciencia sin el temor de Dios?

Por cierto, mejor es el rústico humilde que le sirve, que el soberbio filósofo que, dejando de conocerse, considera el curso del cielo.

El que bien se conoce, tiénese por vil y no se deleita en alabanzas humanas.

Si yo supiese cuanto hay en el mundo, y no estuviese en caridad, ¿qué me aprovecharía delante de Dios, que me juzgará según mis obras?

2. No tengas deseo demasiado de saber, porque en ello se halla grande estorbo y engaño

Los letrados gustan de ser vistos y tenidos por tales.

Muchas cosas hay que el saberlas poco ó nada aprovecha al alma.

O muy loco es el que en otras cosas entiende sino en las que tocan á la salvacion

Las muchas palabras no hartan el alma, mas la buena vida le dá refrigerio, y la pura conciencia causa gran confianza en Dios.

3. Cuanto más y mejor entiendes, tanto más gravemente serás juzgado si no vivieres santamente.

Por esto no te ensalces por alguna de las artes ó ciencias; mas teme del conocimiento que de ellas se te ha dado.

Si te parece que sabes mucho y entiendes muy bien, ten por cierto que es mucho mas lo que ignoras.

No quieras con presuncion saber cosas altas; mas confiesa tu ignorancia.

¿Por qué te quieres tener en más que otro, hallándose muchos más doctos y sabios en la ley que tú?

Si quieres saber y aprender algo provechosamente, desea que no te conozcan ni te estimen.

4. El verdadero conocimiento y desprecio de sí mismo es altísima y doctísima lección.

Gran sabiduría y perfección es sentir siempre bien y grandes cosas de otros, y tenerse y reputarse en nada.

Si vieres algunos pecar públicamente, ó cometer culpas graves,

no te debes juzgar por mejor; porque no sabes cuánto podrás perseverar en el bien.

Todos somos flacos; mas tú á nadie tengas por más flaco que á tí.

Capítulo III.

De la doctrina de la verdad.

1. Bienaventurado aquel á quien la verdad por sí mismo enseña, no por figuras y voces que se pasan, sino así como es.

Nuestra estimacion y nuestro sentimiento á menudo nos engañan, y conocen poco.

¿Qué aprovecha la curiosidad de saber cosas oscuras y ocultas, pues que del no saberlas no seremos en el día del juicio reprendidos?

Gran locura es que, dejadas las cosas útiles y necesarias, entendamos con gusto en las curiosas y dañosas. Verdaderamente teniendo ojos no vemos.

2. ¿Qué se nos dá de los géneros y especies de los lógicos?

Aquel á quien habla el Verbo Eterno, de muchas opiniones se desembaraza.

De aqueste Verbo salen todas las cosas, y todas predicán este uno, y este *es el principio que nos habla.*

Ninguno entiende ó juzga sin él rectamente.

Aquel á quien todas las cosas le fueren uno, y trajere á uno, y las viere en uno, podrá ser estable y firme de corazon, y permanecer pacífico en Dios.

¡Oh verdadero Dios! hazme permanecer uno contigo en caridad perpétua.

Enójame muchas veces leer y oír muchas cosas; en tí está todo lo que quiero y deseo.

Callen todos los doctores; no me hablen las criaturas en tu presencia, háblame tú solo.

3. Cuanto alguno fuere más unido contigo, y más sencillo en su corazon, tanto más y mayores cosas entenderá sin trabajo; porque de arriba recibe la luz de la inteligencia.

El espíritu puro, sencillo y constante no se distrae, aunque entienda en muchas cosas; porque todo lo hace á honra de Dios; y esfuérzase á estar desocupado en sí de toda sensualidad.

¿Quién más te impide y molesta que la afición de tu corazón no mortificada?

El hombre bueno y devoto primero ordena dentro de sí las obras que debe hacer de fuera.

Y ellas no le llevan á deseos de inclinación viciosa; más él las trae al albedrío de la recta razón.

¿Quién tiene mayor combate que el que se esfuerza á vencerse á sí mismo?

Y esto debería ser nuestro negocio: querer vencerse á sí mismo, y cada día hacerse más fuerte y aprovechar en mejorarse.

4. Toda la perfección de esta vida tiene consigo cierta imperfección; y toda nuestra especulación no carece de alguna oscuridad.

El humilde conocimiento de tí mismo es más cierto camino para

Dios, que escudriñar la profundidad de la ciencia.

No es de culpar la ciencia, ni cualquier otro conocimiento de lo que en sí considerado es bueno y ordenado de Dios; mas siempre se ha de anteponer la buena conciencia y la vida virtuosa.

Porque muchos estudian más para saber, que para bien vivir; y yerran muchas veces, y poco ó ningun fruto hacen.

5. Si tanta diligencia pusiesen en desarraigar los vicios y sembrar las virtudes como en mover cuestiones, no se harían tantos males y escándalos en el pueblo, ni habría tanta disolucion en los monasterios.

Ciertamente en el día del juicio no nos preguntarán qué leímos, sino qué hicimos; ni cuán bien hablamos, sino cuán honestamente hubiéremos vivido.

Dime, ¿dónde están ahora todos aquellos señores y maestros que tú conociste cuando vivían y florecían en los estudios?

Ya poseen otros sus rentas, y por ventura no hay quien de ellos se acuerde. En su vida parecían algo; ya no hay de ellos memoria.

6. ¡Oh! Cuán presto se pasa la gloria del mundo! Pluguiera á Dios que su vida concordara con su ciencia; y entónces hubieran estudiado y leído bien.

¿Cuántos perecen en este siglo por su vana ciencia, que cuidaron poco del servicio de Dios?

Y porque eligen ser más grandes que humildes, se hacen vanos en sus pensamientos.

Verdaderamente es grande el que tiene grande caridad.

Verdaderamente es grande el que se tiene por pequeño y tiene en nada la más encumbrada honra.

Verdaderamente es prudente el que *todo lo terreno tiene por estiércol para ganar á Cristo.*

Y verdaderamente es sábio aquel que hace la voluntad de Dios, y deja la suya.

Capítulo IV.

De la prudencia en las acciones.

1. No se debe dar crédito á cualquier palabra ni á cualquier espíritu; mas con prudencia y espacio se deben segun Dios examinar las cosas.

Mucho es de doler que las más veces se cree y se dice el mal del prójimo que el bien. ¡Tan flacos somos!

Mas los varones perfectos no creen de ligero cualquier cosa que les cuentan; porque conocen la flaqueza humana inclinada al mal y muy deleznable en las palabras.

2. Gran sabiduría es no ser el hombre inconsiderado en lo que ha de hacer, ni tampoco porfiado en su propio sentir.

A esta sabiduría también pertenece no creer á cualesquier palabras de hombres, ni decir luego á los otros lo que oye ó cree.

Toma consejo del hombre sábio y de buena conciencia; y apetece más ser enseñado de otro mejor, que seguir tu parecer.

La buena vida hace al hombre sábio segun Dios, y experimentado en muchas cosas.

Cuanto alguno fuere más humilde en sí, y más sujeto á Dios, tanto será más sábio y sosegado en todo.

Capítulo V.

De la leccion de las Santas Escrituras.

1. En las Santas Escrituras se debe buscar la verdad, y no la elocuencia.

Toda la Escritura santa se debe leer con el espíritu que se hizo,

Más debemos buscar el provecho en la Escritura, que no la sutileza de las palabras.

De tan buena gana debemos leer los libros sencillos y devotos, como los graves y profundos.

No te mueva la autoridad del que escribe si es de pequeña ó grande ciencia; más convidete á leer el amor de la pura verdad.

No mires quién lo ha dicho; más atiende qué tal es lo que se dijo.

2. Los hombres pasan: *la verdad del Señor permanece para siempre.*

De diversas maneras nos habla Dios, sin acepcion de personas.

Nuestra curiosidad nos impide muchas veces el provecho que saca en leer las Escrituras, cuando queremos entender y escudriñar lo que llanamente se debía creer.

Si quieres aprovechar, lee con humildad, fiel y sencillamente, y nunca desees nombre de letrado.

Pregunta de buena voluntad, y oye callando las palabras de los santos; y no te desagraden las sentencias de los viejos, porque no las dicen sin causa.

Capítulo VI.

De los deseos desordenados.

1. Cuantas veces **de** sea el hombre desordenadamente alguna cosa, luego pierde el sosiego.

El soberbio y el avariento nunca está quieto: el pobre y humilde de espíritu vive en mucha paz.

El hombre que no es perfectamente mortificado en sí, presto es tentado y vencido de cosas pequeñas y viles.

El flaco de espíritu, y que aún está inclinado á lo animal y sensible, con dificultad se puede abstener totalmente de los deseos terrenos.

Y cuando se abstiene, recibe muchas veces tristeza; y se enoja presto si alguno le contradice.

2. Pero si alcanza lo que deseaba, siente luego pesadumbre por el remordimiento de la conciencia porque siguió á su apetito, el cual nada aprovecha para

alcanzar la paz que buscaba. En resistir, pues, á las pasiones, se halla la verdadera paz del corazón, y no en seguirlas.

Pues no hay paz en el corazón del hombre carnal, ni del que se ocupa en lo exterior, sino en el que es fervoroso y espiritual.

Capítulo VII.

Cómo se ha de huir la vana esperanza
y la soberbia.

1. Vano es el que pone su esperanza en los hombres ó en otra cosa criada.

No te avergüences de servir á otro por amor de Jesucristo, y parecer pobre en este siglo

No confíes de tí mismo, sino pon tu esperanza en Dios.

Haz lo que puedas, y Dios favorecerá tu buena voluntad.

No confíes en tu ciencia, ni en la astucia de ningún viviente, sino en la gracia de Dios, que

ayuda á los humildes y abate á los presumidos.

2. Si tienes riquezas no te glories en ellas, ni en los amigos, aunque sean poderosos, sino en Dios que todo lo dá, y sobre todo se desea dar á sí mismo.

Ni te ensalces por la gallardía y hermosa disposicion del cuerpo, que con pequeña enfermedad se destruye y afea.

No te engrías de tu habilidad ó ingenio; no sea que desagrades á Dios, de quien es todo bien natural que tuvieres.

3. No te estimes por mejor que otros, porque no seas quizá tenido por peor delante de Dios, que sabe lo que hay en el hombre.

No te ensoberbezcas de tus buenas obras: porque de otra manera son los juicios de Dios que los de los hombres, y á él muchas veces desagrada lo que á estos les contenta.

Si tuvieres algo bueno, piensa que son mejores los otros, porque así conserves la humildad.

No te daña si te pusieres debajo de todos, mas es muy dañoso si te antepones á solo uno.

Continúa paz tiene el humilde; mas en el corazon del soberbio hay emulacion y saña frecuente.

Capítulo VIII.

Cómo se ha de evitar la mucha familiaridad.

1. *No descubras tu corazon á cualquiera; mas comunica tus cosas con el sábio y el temeroso de Dios.*

Con los jóvenes y extraños conversa poco.

Con los ricos no seas lisonjero; ni estés de buena gana delante de los grandes.

Acompáñate con los humildes y sencillos, y con los devotos y bien acostumbrados, y trata con ellos cosas de edificacion.

No tengas familiaridad con ninguna mujer; mas en general, encomienda á Dios todas las buenas.

Desea ser familiar á solo Dios y á sus ángeles, y huye de ser conocido de los hombres.

2. Justo es tener caridad con todos; pero no conviene la familiaridad con muchos.

Algunas veces sucede que la persona no conocida resplandece por la buena fama; pero su presencia suele parecer mucho menos.

Pensamos algunas veces agradar á los otros con nuestra conversacion; y más los ofendemos, porque ven en nosotros costumbres menos ordenadas.

Capítulo IX.

De la obediencia y subjeccion.

1. Gran cosa es estar en obediencia, vivir debajo de un superior, y no tener voluntad propia.

Mucho más seguro es estar en sujecion que en mando,

Muschos están en obediencia más por necesidad que por caridad, los cuales tienen trabajo y ligeramente murmuran; y nunca tendrán libertad de ánimo si no se sujetan por Dios de todo corazón.

Anda de una parte á otra, y no hallarás descanso sino en la humilde sujecion al superior.

La imaginacion y mudanza de lugar á muchos han engañado.

2. Verdad es que cada uno se rige de buena gana por su propio parecer, y se inclina más á los que siguen su sentir.

Mas si Dios está entre nosotros, necesario es que dejemos algunas veces nuestro parecer por el bien de la paz.

¿Quién es tan sábio que lo sepa todo enteramente?

Pues no quieras confiar demasiadamente en tu sentido; mas gusta tambien oir de buena gana el parecer de otro.

Si tu parecer es bueno, y lo dejas por Dios, y sigues el ajeno, más aprovecharás de esta manera.

3. Porque muchas veces he oído decir, ser más seguro oír y tomar consejo, que darlo.

Bien puede también acaecer que sea bueno el parecer de uno; mas no querer sentir con los otros cuando la razón ó la causa lo demanda, es señal de soberbia y pertinacia.

Capítulo X.

Cómo se ha de cercenar la demasía
de las palabras,

1. Excusa cuanto pudieres el ruido de los hombres; pues mucho estorba el tratar de las cosas del siglo, aunque se digan con buena intención.

Porque presto somos amancejados y cautivos de la vanidad.

Muchas veces quisiera haber callado, y no haber estado entre los hombres.

Pero ¿cuál es la causa por que tan de gana hablamos y platicamos unos con otros, viendo cuán

pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia?

La razon es que por el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar el corazon fatigado de pensamientos diversos.

Y de muy buena gana nos detenemos en hablar y pensar de las cosas que amamos ó de las adversas que sentimos.

2. Mas ¡ay dolor! que muchas veces sucede vanamente y sin fruto, porque esta exterior consolacion es de gran detrimento á la interior y divina.

Por eso velemos y oremos, no se nos pase el tiempo en valde.

Si puedes y conviene hablar, sea de cosas que edifiquen.

La mala costumbre, y el descuido en aprovechar, ayudan mucho á la poca guarda de nuestra lengua.

Pero no poco servirá para nuestro espiritual aprovechamiento la devota plática de cosas espirituales, especialmente cuando muchos de un mismo espíritu y corazon se juntan en Dios.

Capítulo XI.

Cómo se debe adquirir la paz, y del celo de aprovechar.

1. Mucha paz tendríamos si en los dichos y hechos ajenos que no nos pertenecen, no quisiésemos meternos.

¿Cómo quiere estar en paz mucho tiempo el que se entremete en cuidados ajenos, y busca ocasiones exteriores, y dentro de sí poco ó tarde se recoge?

Bienaventurados los sencillos, porque tendrán mucha paz.

2. ¿Cuál fué la causa por que muchos de los santos fueron tan perfectos y contemplativos?

Porque estudiaron en mortificarse totalmente á todo deseo terreno; y por eso pudieron con lo íntimo del corazon allegarse á Dios, y ocuparse libremente en sí mismos.

Nosotros nos ocupamos mucho con nuestras pasiones, y tenemos

demasiado cuidado de lo que es transitorio.

Y tambien pocas veces vencemos un vicio perfectamente; ni nos alentamos para aprovechar cada dia; y por esto nos quedamos tibios y aún frios.

3. Si fuésemos perfectamente muertos á nosotros mismos, y en lo interior desocupados, entónce podríamos gustar las cosas divinas, y experimentar algo de la contemplacion celestial.

El impedimento mayor es, que somos esclavos de nuestras inclinaciones y deseos, y no trabajamos por entrar en el camino perfecto de los santos.

Y tambien cuando alguna adversidad se nos ofrece, muy presto nos desalentamos, y nos volvemos á las consolaciones humanas.

4. Si nos esforzásemos más en la batalla á pelear como fuertes varones, veríamos sin duda la ayuda del Señor que viene desde el cielo sobre nosotros.

Porque dispuesto está á socorrer á los que pelean y esperan en

su gracia, y nos procura ocasiones de pelear para que alcancemos victoria.

Si solamente en las observancias de fuera ponemos el aprovechamiento de la vida religiosa, presto se nos acabará la devccion que teníamos.

Mas pongamos la segur á la raíz, para que libres de las pasiones poseamos pacíficamente nuestras almas.

5. Si cada año desarraigásemos un vicio, presto seríamos perfectos.

Mas ahora, al contrario, muchas veces experimentamos que fuimos mejores y más puros en el principio de nuestra conversion, que despues de muchos años de profesos.

Nuestro fervor y aprovechamiento cada dia debe crecer; mas ahora ya nos parece mucho conservar alguna parte del primer fervor.

Si al principio hiciésemos algun esfuerzo, podríamos despues hacerlo todo con facilidad y gozo.

6. Grave cosa es dejar la costumbre; pero más grave es ir contra la propia voluntad.

Mas si no vences las cosas pequeñas y ligeras, ¿cómo vencerás las dificultosas?

Resiste en los principios á tu inclinacion, y deja la mala costumbre; porque no te lleve poco á poco á mayor dificultad.

¡Oh! Si mirases cuánta paz á tí mismo, y cuánta alegría darías á los otros rigiéndote bien, yo creo que serías más solícito en el aprovechamiento espiritual!

Capítulo XII.

Del provecho de las adversidades.

1. Bueno es que algunas veces nos sucedan cosas adversas, y vengan contrariedades, porque suelen atraer al hombre á sí mismo, para que se conozca desterrado, y no ponga su esperanza en cosa alguna del mundo.

Bueno es que padezcamos á veces contradicciones, y que sientan de nosotros mal é imperfectamente, aunque hagamos bien y tengamos buena intencion. Estas cosas de ordinario nos ayudan á ser humildes, y nos apartan de la vanagloria.

Porque entónces mejor buscamos á Dios por testigo interior, cuando por de fuera somos despreciados de los hombres, y no nos dan crédito.

2. Por eso debía uno afirmarse de tal manera en Dios, que no le fuese necesario buscar muchas consolaciones humanas.

Cuando el hombre de buena voluntad es atribulado, ó tentado, ó afligido con malos pensamientos, entónces conoce tener de Dios mayor necesidad, experimentando que sin el no puede nada bueno.

Entónces se entristece, gime y ora á Dios por las miserias que padece.

Entónces le es molesta la vida larga, y desea hallar la muerte

para ser desatado de este cuerpo, y estar con Cristo.

Entónces tambien conoce que no puede haber en el mundo perfecta seguridad ni cumplida paz.

Capítulo XIII.

Cómo se ha de resistir á las tentaciones.

1. Mientras en el mundo vivimos no podemos estar sin tribulaciones y tentaciones.

Por lo cual está escrito en Job: *Tentacion es la vida del hombre sobre la tierra.*

Por eso cada uno debe tener mucho cuidado acerca de la tentacion, y velar en oracion porque no halle el demonio lugar de engañarle, que nunca duerme, sino *busca por todos lados á quien tragarse.*

Ninguno hay tan santo ni tan perfecto, que no tenga algunas veces tentaciones, y no podemos vivir sin ellas.

2. Mas las tentaciones son muchas veces utilísimas al hombre, aunque sean graves y pesadas; porque en ellas es uno humillado, purgado y enseñado.

Todos los santos por muchas tribulaciones y tentaciones pasaron, y aprovecharon.

Y los que no las quisieron sufrir y llevar bien, fueron tenidos por malos y desfallecieron.

No hay orden ó religion tan santa, ni lugar tan secreto, donde no haya tentaciones y adversidades.

3. No hay hombre seguro del todo de tentaciones mientras que vive; porque en nosotros mismos está la causa de donde vienen, pues que nacimos con la inclinacion al pecado.

Pasada una tentacion ó tribulacion, sobreviene otra, y siempre tendremos que sufrir, porque se perdió el bien de nuestra primera felicidad.

Muchos quieren huir las tentaciones, y caen en ellas más gravemente.

No se pueden vencer solo con huirlas: con paciencia y verdadera humildad nos hacemos más fuertes que todos los enemigos.

4. El que solamente quita lo que se ve, y no arranca la raíz, poco aprovechará; antes tornarán á él más presto las tentaciones, y se hallará peor.

Poco á poco, con paciencia y buen ánimo, vencerás (con el favor divino) mejor que no con tu propio conato y fatiga.

Toma muchas veces consejo en la tentacion, y no seas desabrido con el que está tentado, antes procura consolarle como tú lo quisieras para tí.

5. El principio de toda tentacion es la inconstancia del ánimo y la poca confianza en Dios.

Porque como la nave sin timon la llevan á una y otra parte las olas, así el hombre descuidado y que desiste de su propósito, es tentado de diversas maneras.

El fuego prueba al hierro, y la tentación al hombre justo.

Muchas veces no sabemos lo que podemos; mas la tentacion descubre lo que somos.

Debemos, pues, velar principalmente al venir la tentacion; porque entónces más fácilmente es vencido el enemigo cuando no le dejamos pasar de la puerta del alma, y se le resiste al umbral luego que toca.

—

*Atajar al principio el mal procura;
Si llega á echar raiz, tarde se cura.*

Porque primeramente se ofrece al ánima solo el pensamiento sencillo; despues la importuna imaginacion; luego la delectacion, y el torpe movimiento, y el consentimiento.

Y así se entra poco á poco el maligno enemigo, y se apodera de todo por no resistirle al principio.

Y quanto más tiempo fuere uno perezoso en resistir, tanto se hace cada dia más flaco, y el enemigo contra él más fuerte.

6. Algunos padecen graves tentaciones al principio de su conversión, y otros al fin.

Pero otros son molestados casi por toda su vida.

Algunos son tentados blandamente, segun la sabiduria y el juicio de la divina Providencia, que mide el estado y los méritos de los hombres, y todo lo tiene ordenado para la salvacion de sus escogidos.

7. Por eso no debemos desconfiar cuando somos tentados; sino ántes rogar á Dios con mayor fervor, que sea servido de ayudarnos en toda tribulacion; el cual, sin duda, segun el dicho de San Pablo, *nos dará el auxilio junto con la tentacion para que la podamos resistir.*

Humillemos, pues, nuestras almas bajo de la mano de Dios en toda tribulacion y tentacion, porque él salvará y engrandecerá los humildes de espíritu.

8. En las tentaciones y adversidades se vé cuanto uno ha aprovechado; y en ellas consiste el mayor merecimiento, y se conoce mejor la virtud.

No es mucho ser un hombre devoto y fervoroso, cuando no

siente pesadumbre; mas si en el tiempo de la adversidad se sufre con paciencia, esperanza es de gran provecho.

Algunos no se rinden á grandes tentaciones, y son vencidos á menudo en las menores y comunes, para que humillados nunca confíen de sí en cosas grandes, siendo flacos en las pequeñas.

Capítulo XIV.

Cómo se deben evitar los juicios temerarios.

Pon los ojos en tí mismo y guárdate de juzgar las obras ajenas. En juzgar á otro se ocupa uno en vano, yerra muchas veces y peca fácilmente; mas juzgando y examinándose á sí mismo, se emplea siempre con fruto.

Muchas veces juzgamos de las cosas, según el gusto ó disgusto que nos causan, pues fácilmente perdemos el verdadero juicio de ellas por el amor propio.

Si fuese Dios siempre el fin puramente de nuestro deseo, no nos turbaría tan presto la contradicción de nuestra sensualidad.

2. Muchas veces tenemos algo adentro escondido, ó de fuera se ofrece, cuya afición nos lleva tras sí.

Muchos buscan secretamente su propia comodidad en las obras que hacen, y son nécios que no lo entienden.

Tambien les parece estar en cumplida paz cuando se hacen las cosas á su voluntad y gusto; mas si de otra manera suceden, presto se alteran y entristecen.

Por la diversidad de los pareceres y opiniones, muchas veces se levantan discordias entre los amigos y vecinos, entre los religiosos y devotos.

3. La costumbre antigua con dificultad se quita, y ninguno deja de buena gana su propio parecer.

Si en tu razon é industria te apoyas más que en la virtud de la sujecion de Cristo, tarde y

pocas veces serás ilustrado porque quiere Dios que nos sujetemos á él perfectamente, y que prescindamos de toda razón, inflamados de su amor.

Capítulo XV.

De las obras hechas por caridad.

1. No se debe hacer lo que es malo por ninguna cosa del mundo, ni por amor de alguno; mas por el provecho de quien lo hubiere menester, alguna vez se puede interrumpir la buena obra, ó tambien emprender otra más perfecta.

De esta suerte no se deja de obrar bien, sino que se muda en mejor.

La obra exterior sin caridad no aprovecha; pero lo que se hace con caridad, por poco y despreciable que sea, se hace todo fructuoso.

Pues ciertamente más mira Dios al corazón que á la obra que se hace.

2. Mucho hace el que mucho ama.

Mucho hace el que todo lo hace bien.

Bien hace al que sirve más al bien comun que á su voluntad propia.

Muchas veces parece caridad lo que más es amor propio; porque la inclinacion de la naturaleza, la propia voluntad, la esperanza de la recompensa, el gusto de la comodidad, rara vez nos abandonan.

3. El que tiene verdadera y perfecta caridad, en ninguna cosa se busca á sí mismo, sino que desea que Dios sea glorificado en todas.

De nadie tiene envidia, porque no ama gusto alguno particular, ni se quiere gozar en sí; mas desea sobre todas las cosas gozar de Dios.

A nadie atribuye ningun bien, mas refiérelo todo á Dios, del

cual como de fuente manan todas las cosas, en el que finalmente todos los santos descansan con perfecto gozo.

!Oh! Quién tuviese una centella de verdadera caridad! Por cierto que sentiría estar todas las cosas llenas de vanidad.

Capítulo XVI.

Del sufrimiento de los defectos ajenos.

1. Lo que no puede un hombre enmendar en sí ni en los otros, débelo sufrir con paciencia hasta que Dios lo ordene de otro modo.

Piensa que por ventura te está así mejor para tu probacion y paciencia, sin la cual no son de mucha estimacion nuestros merecimientos.

Mas debes rogar á Dios por estos estorbos, porque tenga por bien de socorrerte para que buenamente los toleres.

2. Si alguno amonestado una vez ó dos no se enmendare, no porfies con él, sino encomiéndalo todo á Dios para que se haga su voluntad, y él sea honrado en todos sus siervos que sabe sacar de los males bienes.

Estudia y aprende á sufrir con paciencia cualesquiera defectos y flaquezas ajenas; pues que tú tambien tienes mucho en que te sufran los otros.

Si no puedes hacerte á tí cual deseas, ¿como quieres tener á otro á la medida de tu deseo?

De buena gana queremos á los otros perfectos, y no enmendamos los defectos propios.

3. Queremos que los otros sean castigados con rigor, y nosotros no queremos ser corregidos.

Parécenos mal si á los otros se les dá larga licencia, y nosotros no queremos que cosa alguna que pedimos, se nos niegue.

Queremos que los demás estén sujetos á las ordenanzas, pero nosotros no sufrimos que nos sea prohibida cosa alguna.

Así parece claro cuán pocas veces amamos al prójimo como á nosotros mismos.

Si todos fuesen perfectos ¿qué teníamos que sufrir por Dios de nuestros hermanos?

4. Pero así lo ordenó Dios para que aprendamos á llevar *recíprocamente nuestras cargas*; porque ninguno hay sin ellas, ninguno sin defecto, ninguno es suficiente ni cumplidamente sabio para sí: importa llevarnos, consolarnos, y juntamente ayudarnos unos á otros, instruarnos y amonestarnos.

De cuánta virtud sea cada uno, mejor se descubre en la ocasion de la adversidad.

Porque las ocasiones no hacen al hombre flaco, pero declaran lo que es.

Capítulo XVII.

De la vida monástica.

1. Conviene que aprendas á quebrantarte en muchas cosas si

quieres tener paz y concordia con otros.

No es poco morar en los monasterios y congregaciones, y allí conservar sin quejas, y perseverar fielmente hasta la muerte.

Bienaventurado es el que vive allí bien, y acaba dichosamente.

Si quieres estar bien y aprovechar, mírate como desterrado y peregrino sobre la tierra.

Conviene hacerte simple por Jesucristo si quieres seguir la vida religiosa.

2. El hábito y la corona poco hacen; mas la mudanza de las costumbres y la entera mortificación de las pasiones, hacen al hombre verdadero religioso.

El que busca algo fuera de Dios y la salvación de su alma, no hallará sino tribulación y dolor.

No puede estar mucho tiempo en paz el que no procura ser el menor y el más sujeto á todos.

3. Viniste á servir, no á mandar: persuádetes que fuiste llamado para trabajar y padecer, no para holgar y hablar.

Pues aquí se prueban los hombres como el oro en crisol.

Aquí no puede estar alguno, si no quiere de todo corazon humillarse por Dios.

Capítulo XVIII.

Del ejemplo de los santos padres.

1. Considera bien los heróicos ejemplos de los santos padres, en los cuales resplandece la verdadera perfeccion y religion, y verás cuán poco ó casi nada es lo que hacemos.

¡Ay de nosotros! ¿Qué es nuestra vida comparada con la suya?

Los santos y amigos de Cristo sirvieron al Señor en hambre, en sed, en frio y desnudez, en trabajos y fatigas, en vigiliass y ayunos, en oraciones y santas meditaciones, en persecuciones y muchos oprobios.

2. ¡Oh! Cuán graves y muchas tribulaciones padecieron los

apóstoles, mártires, confesores, vírgenes, y todos los demás que quisieron seguir las pisadas de Jesucristo!

Pues en esta vida *aborracieron sus vidas para poseer sus almas en la eterna.*

¡Oh! cuán estrecha y retirada vida hicieron los santos padres en el yermo! ¡cuán largas y graves tentaciones padecieron! ¡cuán de ordinario fueron atormentados del enemigo! ¡cuán continuas y fervientes oraciones ofrecieron á Dios! ¡cuán rigurosas abstinencias cumplieron! ¡cuán gran celo y fervor tuvieron en su aprovechamiento espiritual! ¡cuán fuertes peleas pasaron para vencer los vicios! ¡cuán pura y recta intencion tuvieron con Dios!

De dia trabajaban, y por la noche se ocupaban en larga oracion, y aunque trabajando no cesaban de la oracion mental.

3. Todo el tiempo gastaban bien; las horas les parecían cortas para darse á Dios, y por la gran dulzura de la contemplacion se

olvidaban de la necesidad del mantenimiento corporal.

Renunciaban todas las riquezas, honras, dignidades, parientes y amigos: ninguna cosa querían del mundo; apenas tomaban lo necesario para la vida, y les era pesado servir á su cuerpo aún en las cosas necesarias.

De modo que eran pobres de lo temporal; pero riquísimos en gracia y virtudes.

En lo de fuera eran necesitados: pero en lo interior estaban con la gracia y divinas consolaciones recreados.

4. Ajenos eran al mundo; mas muy allegados á Dios, del cual eran familiares y amigos.

Teníanse por nada cuanto á sí mismos, y para con el mundo eran despreciados; mas en los ojos de Dios eran muy preciosos y amados.

Estaban en verdadera humildad; vivían en sencilla obediencia; andaban en caridad y paciencia; y por eso cada dia crecían en

espíritu, y alcanzaban mucha gracia delante de Dios.

Fueron puestos por dechados á todos los religiosos; y más nos deben mover para aprovechar en el bien, que no la muchedumbre de los tibios para aflojar y relajarnos.

5. ¡Oh! cuán grande fué el fervor de de todos los religiosos al principio de sus sagrados institutos!

¡Cuánta la devocion de la oracion! ¡cuánto el celo de la virtud! ¡cuánta disciplina floreció! ¡cuánta reverencia y obediencia al superior hubo en todas las cosas!

Aun hasta ahora dan testimonio de ello las señales que quedaron, de que fueron verdaderamente varones santos y perfectos que, peleando tan esforzadamente, vencieron al mundo.

Ahora ya se estima en mucho aquel que no es trasgresor, y si con paciencia puede sufrirlo que aceptó por su voluntad.

6. ¡Oh tibieza y negligencia de nuestro estado, que tan presto

declinamos del fervor primero, y nos es molesto el vivir por nuestra flojedad y tibieza!

¡Plugiese á Dios que no durmiese en tí el aprovechamiento de las virtudes, pues viste muchas veces tantos ejemplos de devotos!

Capítulo XIX.

De los ejercicios del buen religioso.

1. La vida del buen religioso debe resplandecer en toda virtud, y que sea tal en lo interior cual parece de fuera.

Y con razon debe ser más lo interior que lo que se mira exteriormente, porque nos mira nuestro Dios, á quien debemos suma reverencia donde quiera que estuviéremos, y debemos andar tan puros como los ángeles en su presencia.

Cada dia debemos renovar nuestro propósito, y escitarnos á mayor fervor, como si hoy fuese el

primer día de nuestra conversión, y decir:

Señor, Dios mío, ayúdame en mi buen intento y en tu santo servicio, y dame gracia, para que comience hoy perfectamente, porque no es nada cuanto hice hasta aquí.

2. Según es nuestro propósito así es nuestro aprovechamiento, y quien quiere aprovecharse bien, ha menester ser muy diligente.

Si el que propone firmísimamente falta muchas veces, ¿qué será el que tarde ó nunca propone?

Acaece de diversos modos el dejar nuestro propósito. Y faltar de ligero en los ejercicios que se tienen de costumbre, no pasa sin algun daño. El propósito de los justos más pende de la gracia de Dios que del saber propio: en él confían siempre y en cualquier cosa que comienzan.

Porque el hombre propone, pero Dios dispone; y no está en mano del hombre su camino.

3. Si por piedad ó por provecho del prójimo se deja alguna

vez el ejercicio acostumbrado, despues se puede reparar con facilidad.

Empero si por fastidio del corazon ó por negligencia fácilmente se deja, muy culpable es, y se sentirá dañoso. Esforcémonos cuando pudiéremos, que aún así en muchas faltas caeremos fácilmente.

Pero alguna cosa determinada, debemos siempre proponernos, y principalmente se han de remediar las que más nos estorban.

Debemos examinar y ordenar todas nuestras cosas exteriores é interiores, porque todo conviene para nuestro aprovechamiento espiritual.

4. Si no puedes recogerte de continuo, házlo de cuando en cuando; y por lo menos una vez al dia por la mañana ó por la noche.

Por la mañana propon, á la noche examina tus obras: cuál ha sido este dia en palabras, obras y pensamientos: porque puede ser que hayas ofendido en esto á Dios y al prójimo muchas veces.

Armame como varon contra las malicias del demonio: refrena la gula, y fácilmente refrenarás toda inclinacion de la carne.

Nunca estés del todo ocioso, sino lee, escribe ó reza ó medita ó haz algo de provecho para la comunidad.

Pero los ejercicios corporales se deben tomar con discreccion, porque no son igualmente convenientes para todos.

5. Los ejercicios particulares no se deben hacer públicamente, porque con más seguridad se ejercen en secreto.

Guárdate empero no seas perezoso para lo comun, y pronto para lo particular; sino que cumplido muy bien lo que debes, y que te está encomendado, si tienes lugar éntrate dentro de tí como desea tu devocion.

No todos podemos ejercitar una misma cosa: unas convienen más á unos, y otras á otros.

Tambien, segun el tiempo, te son más á propósito diversos ejercicios; porque unos son más

acomodados para las fiestas, otros para los dias de trabajo.

Necesitamos de unos para el tiempo de la tentacion, y de otros para el de la paz y sosiego.

En unas cosas es bien pensar cuando estamos tristes, y en otras cuando alegres en el Señor.

6. En las fiestas principales debemos renovar nuestros buenos ejercicios, é invocar con mayor fervor la intercesion de los santos.

De una fiesta para otra debemos proponer algo, como si entónces hubiésemos de salir de este mundo, y llegar á la eterna festividad.

Por eso debemos prevenirnos con cuidado en los tiempos devotos, y conservar con mayor devocion, y guardar toda observancia más estrechamente, como quien ha de recibir en breve de Dios el premio de sus trabajos.

7. Y si se dilatare, creamos que no estamos preparados, y que aún somos indignos de tanta gloria como se declara en nosotros

acabado el tiempo de la vida; y estudiemos en prepararnos mejor para morir.

Bienaventurado el siervo (dice el evangelista San Lucas) á quien cuando viniere el Señor le hallare velando: en verdad os digo que le constituirá sobre todos sus bienes.

Capítulo XX.

Del amor, de la soledad y silencio.

1. Busca tiempo á propósito para estar contigo, y piensa con frecuencia en los beneficios de Dios:

Deja las cosas curiosas.

Lee tales materias que te den más compuncion que ocupacion.

Si te apartares de conversaciones supérfluas y de andar ocioso, y de oir novedades y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y á propósito para entregarte á santas meditaciones.

Los mayores santos evitaban cuanto podían las compañías de los hombres, y elegían el vivir para Dios en su retiro.

2. Dijo uno; *Cuantas veces estuve entre los hombres volvi menos hombre.* Lo cual experimentamos cada dia cuando hablamos mucho.

Mas fácil cosa es callar siempre, que hablar sin errar.

Más fácil es encerrarse en su casa, que guardarse del todo fuera de ella.

Por esto, al que quiere llegar á las cosas interiores y espirituales, le conviene apartarse de la gente con Jesucristo.

Ninguno se muestra seguro en público, sino el que se esconde voluntariamente.

Ninguno habla con acierto, sino el que calla de buena gana.

Ninguno preside dignamente, sino el que se sujeta con gusto.

Ninguno manda con razon, sino el que aprendió á obedecer sin replicar.

3. Nadie se alegra seguramente sino quien tiene el testimonio de labuena conciencia.

Pues la seguridad de los santos siempre estuvo llena del temor divino.

Nipor eso fueron menos solícitos y humildes en sí, aunque resplandecían en grandes virtudes y gracias.

Pero la seguridad de los malvados nace de la soberbia y presuncion, y al fin se convierte en su mismo engaño.

Nunca te tengas por seguro en esta vida, aunque parezcas buen religioso y devoto ermitaño.

4. Los muy estimados de los hombres por buenos, muchas veces han caído en graves peligros por su mucha confianza.

Por lo cuales utilísimo á muchos que no les falten del todo tentaciones y que sean muchas veces combatidos, porque no se aseguren demasiado de sí propios, porque no se levanten con soberbia, ni tampoco se entreguen demasiadamente á los consuelos exteriores.

¡Oh! quién nunca buscase alegría transitoria! ¡oh! quién nunca se ocupase en el mundo, y cuán buena conciencia guardaría!

¡Oh! quién quitára de sí todo vano cuidado, y pensase solamente en las cosas saludables y divinas, y pusiese toda su esperanza en Dios, cuánta paz y sosiego poseería!

5. Ninguno es digno de la consolacion celestial, si no se ejercitare con diligencia en la santa contricion.

Si quieres arrepentirte de corazon, entra en tu retraimiento y destierra de tí todo bullicio del mundo segun está escrito; *contristaos en vuestros aposentos*. En la celda hallarás lo que pierdes muchas veces por de fuera.

El retiro usado se hace dulce, y el poco usado causa hastio. Si al principio de tu conversion le frecuentares y guardares bien, te sera despues dulce amigo y agradable consuelo.

6. En el silencio y sosiego aprovecha el alma devota, y

aprende los secretos de las Escrituras.

Allí halla arroyos de lágrimas con que lavarse y purificarse todas las noches, para hacerse más familiar á su Hacedor cuanto más se desviare del tumulto del siglo.

Y así, el que se aparta de sus amigos y conocidos, consigue que se le acerque Dios y sus santos angeles.

Mejor es esconderse y cuidar de si que con descuido propio hacer milagros.

Loable es al hombre religioso salir fuera pocas veces, huir de que le vean, y no querer ver á los hombres.

7. ¿Para qué quieres ver lo que no te conviene tener?

El mundo pasa y sus deleites.

Los deseos sensuales nos llevan a pasatiempos; mas pasada aquella hora, ¿qué nos queda sino pesadumbre de conciencia y derramamiento de corazon?

La salida alegre causa muchas veces triste vuelta, y la alegre tarde una afligida mañana.

Así todo gozo carnal entra blandamente, mas al cabo muerde y mata. ¿Qué puedes ver en otra parte que aquí no lo veas? Aquí ves el cielo y la tierra y todos los elementos, y de estos fueron hechas todas las cosas.

8. ¿Qué puedes ver en algun lugar que permanezca mucho tiempo debajo del sol?

¿Piensas acaso satisfacer tu apetito? Pues no lo alcanzarás.

Si vieses todas las cosas delante de tí, ¿qué sería sino una vista vana?

Levanta tus ojos á Dios en el cielo, y ruega por tus pecados y negligencias.

Deja lo vano á los vanos, y tú ten cuidado de lo que te manda Dios.

Cierra tu puerta sobre tí, y llama en tu favor á Jesus tu amado.

Está con él en tu aposento, que no hallarás en otro lugar tanta paz.

Si no salieras, ni oyeras noticias, mejor perseverarás en tanta paz. Pues te huelgas de oír

algunas veces novedades, conviéndete sufrir inquietudes de corazón.

Capitulo XXI.

De la compuncion del corazon.

1. Si quieres aprovechar algo, consérvate en el temor de Dios, y no quieras ser demasiado libre; mas con severidad refrena todos tus sentidos, y no te entregues á vanos contentos.

Dáte á la compuncion del corazon, y te hallarás devoto.

La compuncion causa muchos bienes, que la disolucion suele perder en breve.

Maravilla es que el hombre pueda alegrarse alguna vez perfectamente en esta vida considerando su destierro, y pensando los muchos peligros de su alma.

2. Por la liviandad del corazon y por el descuido de nuestros defectos no sentimos los males de nuestra alma, pero muchas veces

reimos sin razon, quando con razon deberíamos llorar.

No hay verdadera libertad ni plácida alegría sino en el temor de Dios con buena conciencia.

Bienaventurado aquel que puede desviarse de todo estorbo de distraccion, y recogerse á lo interior de la santa compuncion.

Bienaventurado el que renunciare todas las cosas que pueden mancillar ó agravar su conciencia.

Pelea como varon; una costumbre vence á otra costumbre.

Si tú sabes dejar los hombres, ellos bien te dejarán hacer tus buenas obras.

3. No te ocupes en cosas ajenas, ni te entremetas en las causas de los mayores.

Mira siempre primero por tí, y amonéstate á tí mismo más especialmente que á todos cuantos quieres bien.

Si no eres favorecido de los hombres, no te entristezcas por eso, sino aflígete de que no te portas con el cuidado y circunspeccion

que convienen á un siervo de Dios y un devoto religioso.

Muy útil y seguro es que el hombre no tenga en esta vida muchas consolaciones, mayormente segun la carne.

Pero de no tener ó gustar rara vez las cosas divinas, nosotros tenemos la culpa; porque no buscamos la compuncion del corazon, ni desechamos del todo las vanas y exteriores.

4. Reconócese por indigno de la divina consolacion; antes bien créete digno de ser atribulado.

Cuando el hombre tiene perfecta contricion, entónces le es grave y amargo todo el mundo.

El que es bueno halla bastante materia para dolerse y llorar, porque ora se mire así, ora piense en su prójimo, sabe que ninguno vive aquí sin tribulaciones.

Y cuanto con más rectitud se mire, tanto más halla por qué dolerse.

Materia de justo dolor y entrañable contricion son nuestros pecados y vicios, en que estamos

tan caídos, que pocas veces podemos contemplar las cosas celestiales.

5. Si continuamente pensases más en tu muerte que en vivir largo tiempo, no hay duda que te enmendarías con mayor fervor.

Si pensases también de todo corazón en las penas futuras del infierno, ó del purgatorio, creo que de buena gana sufrirías cualquier trabajo y dolor, y no temerías ninguna austeridad; pero como estas cosas no pasan al corazón, y amamos siempre el regalo, permanecemos demasiadamente fríos y perezosos.

Muchas veces por falta de espíritu se queja el cuerpo miserable.

Ruega, pues, con humildad al Señor que te dé espíritu de contrición, y dí con el profeta: *Dáme Señor, á comer el pan de lágrimas, y á beber en abundancia el agua de mis lloros.*

Capítulo XXII

Consideracion de la miseria humana.

1. Miserable serás donde quiera que fueres y donde quiera que te volvieres, si no te convirtieres á Dios.

¿Por qué te afliges de que no te suceda lo que quieres y deseas? ¿Quién es el que tiene todas las cosas á medida de su voluntad? Ni yo, ni tú, ni hombre alguno sobre la tierra.

Ninguno hay en el mundo sin tribulación ó angustia, aunque sea rey ó papa.

Pues ¿quién es el que está mejor? Ciertamente el que puede padecer algo por Dios.

2. Dicen muchos flacos y enfermos: ¡Mirad cuán buena vida tiene aquel hombre! cuán rico! cuán grande! cuán poderoso y ensalzado!

Pero atiende á los bienes del cielo, y verás que todas estas

cosas temporales, nada son sino muy inciertas y gravosas; porque nunca se poseen sin cuidado y temor.

No está la felicidad del hombre en tener abundancia de lo temporal; bástale una medianía.

Por cierto que, miseria es vivir en la tierra.

Cuanto el hombre quisiere ser más espiritual, tanto más amarga se le hará la vida; porque conoce mejor, y ve más claro los defectos de la corrupcion humana.

Porque comer, beber, velar, dormir, reposar, trabajar, y estar sujeto á las demás necesidades naturales, en verdad es grande miseria y pesadumbre al hombre devoto, el cual desea ser desatado de este cuerpo, y libre de toda culpa.

3. Pues el hombre interior está muy agravado con las necesidades corporales en este mundo.

Por eso el Profeta ruega devotamente que le libre de ellas, diciendo: *Librame, Señor, de mis necesidades.*

Mas ¡ay de los que no conocen su miseria, y muchos más ¡ay de los que aman esta miserable y corruptible vida!

Porque hay algunos tan abrazados con ellas, que aunque con mucha dificultad trabajando ó mendigando tenga lo necesario, si pudiesen vivir aquí siempre no cuidarían del reino de Dios.

4. ¡Oh locos y duros de corazón los que tan profundamente se envuelven en la tierra, que nada gustan sino de las cosas carnales!

Mas en el fin sentirán gravemente cuán vil y nada era lo que amaron.

Los santos de Dios y todos los devotos amigos de Cristo no tenían cuenta de lo que agradaba á la carne, ni de lo que florecía en la vida temporal, sino que toda su esperanza é intencion suspiraba por los bienes eternos.

Todo su deseo se levantaba á lo duradero é invisible; porque no fuesen abatidos á las cosas bajas con el amor de lo visible.

No pierdas, hermano, la confianza de aprovechar en las cosas espirituales: aún tienes tiempo y ocasion.

5. ¿Por qué quieres dilatar tu propósito? Levántate y comienza en este momento, y dí: Ahora es tiempo de obrar, ahora es tiempo de pelear, ahora es tiempo conveniente para enmendarme.

Cuando no estás bueno y tienes alguna tribulacion, entónces es tiempo de merecer.

Conviene que pases por fuego y por agua antes que llegues al descanso.

Si no te hicieres fuerza, no vencerás el vicio.

Mientras estamos en este frágil cuerpo no podemos estar sin pecado, ni vivir sin tatiga y dolor.

De buena gana tendríamos descanso de toda miseria; pero como por el pecado perdimos la inocencia, hemos perdido tambien la verdadera felicidad.

Por eso nos importa tener paciencia, y esperar la misericordia de Dios hasta que se acabe la

malicia, y la muerte destruya esta vida.

6. ¡Oh! cuánta es la flaqueza humana que siempre está inclinada á los vicios!

Hoy confiesás tus pecados, y mañana vuelves á cometer lo confesado.

Ahora propones de guardarte, y de aquí á una hora obras como si nada hubieras propuesto.

Con mucha razon, pues, podemos humillarnos, y no sentir de nosotros cosa grande, pues somos tan flacos y tan mudables.

Presto se pierde por descuido lo que con mucho trabajo dificultosamente se ganó por gracia.

7. ¿Qué será de nosotros al fin, pues ya tan temprano estamos tÍbios?

¡Ay de nosotros si así queremos ir al descanso, como si yauviésemos paz y seguridad, cuando aún no parece señal de verdadera santidad en nuestra conversion!

Bien sería necesario que aún fuésemos instruidos otra vez como

dóciles novicios en las buenas costumbres, si por ventura hubiese esperanza de alguna futura enmienda, y de mayor aprovechamiento espiritual.

Capítulo XXIII.

De la meditacion de la muerte.

1. Muy presto será contigo este negocio; mira como te has de componer. Hoy es el hombre y mañana no parece.

En quitándolo de la vista, se vá presto tambien de la memoria.

¡Oh torpeza y dureza del corazon humano, que solamente piensa en lo presente, sin cuidado de lo porvenir!

Así habías de conducirte en toda obra y pensamiento, como si hoy hubieses de morir.

Si tuvieses buena conciencia, no temerías mucho la muerte.

Mejor fuera evitar los pecados que huir la muerte.

Si no estás dispuesto hoy, ¿cómo lo estarás mañana?

Mañana es día incierto: y ¿qué sabes si amanecerás mañana?

2. ¿Qué aprovecha vivir mucho, cuando tan poco nos enmendamos?

¡Ah la larga vida no siempre nos enmienda, antes muchas veces añade pecados.

¡Ojalá hubiéramos vivido siquiera un día bien en este mundo!

Muchos cuentan los años de su conversión, pero muchas veces es poco el fruto de la enmienda.

Si es temeroso el morir, puede ser que sea más peligroso el vivir mucho.

Bienaventurado el que tiene siempre la hora de la muerte delante de sus ojos, y se dispone cada día á morir.

Si has visto alguna vez morir un hombre, piensa que por aquella carrera has de pasar.

3. Cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás á la noche; y cuando fuere de noche, no te atrevas á prometer ver la mañana.

Por eso está siempre prevenido, y vive de tal manera, que nunca te halle la muerte desapercibido.

Muchos mueren de repente; *porque en la hora que no se piensa vendrá el Hijo del hombre.*

Cuando viniere aquella hora postrera, de otra suerte comenzarás á sentir de toda tu vida pasada, y te dolerás mucho de haber sido tan negligente y perezoso.

4. ¡Qué vienaventurado y prudente es el que vive de tal modo, cual desea le halle Dios en la hora de la muerte!

El perfecto desprecio del mundo, el ardiente deseo de aprovechar en las virtudes, el amor de la austeridad, el trabajo de la penitencia, la prontitud de la obediencia, el renunciarse á si mismo, la paciencia en toda adversidad por amor de nuestro Señor Jesucristo, gran confianza le darán de morir felizmente.

Muchas cosas buenas podrías hacer mientras estás sano; pero cuando enfermo no sé qué podrás.

Pocos se enmiendan con la enfermedad; y los que andan en muchas romerías tarde son santificados.

5. No confíes en amigos, ni en vecinos, ni dilates para despues tu salvacion; porque más presto de lo que piensas estarás olvidado de los hombres.

Mejor es ahora con tiempo prevenir algunas buenas obras que envíes adelante, que esperar en el socorro de otros.

Si tú no eres solícito para tí ahora, ¿quién tendrá cuidado de tí despues?

Ahora es el tiempo muy precioso; *ahora son los dias de salud; ahora es el tiempo aceptable.*

Pero ¡ay dolor! que lo gastas sin aprovecharte, pudiendo en él ganar para vivir eternamente.

Vendrá cuando desearás un dia ó una hora para enmendarte, y no sé si te será concedida.

6. ¡Oh hermano! de cuánto peligro te podrías librar, y de cuán grave espanto salir, si estuvieses siempre temeroso de la muerte y preparado para ella!

Trata ahora de vivir de modo que en la hora de la muerte puedas más bien alegrarte que temer.

Aprende ahora á morir al mundo, para que entónces comiences á vivir con Cristo.

Aprende ahora á despreciarlo todo, para que entónces puedas libremente ir á Cristo.

Castiga ahora tu cuerpo con penitencia, porque entónces puedas tener confianza cierta.

7. ¡Oh necio! ¿por qué piensas vivir mucho, no teniendo un dia seguro?

¿Cuántos que pensaban vivir mucho se han engañado, y han sido separados del cuerpo cuando no lo esperaban?

Cuántas veces oiste contar que uno murió á cuchillo, otro se ahogó, otro cayó de alto y se quebró la cabeza, otro comiendo se quedó pasmado, á otro jugando le vino su fin?

Uno murió con fuego, otro con hierro, otro de peste, otro pereció á manos de ladrones; y así la muerte es fenecimiento de todos,

y la vida de los hombres se pasa como sombra rápidamente.

8. ¿Quién se acordará de tí, y quién rogará por tí despues de muerto?

Haz ahora, hermano, lo que pudieres; que no sabes cuándo morirás, ni lo que te acaecerá despues de la muerte.

Ahora que tienes tiempo, atesora riquizas inmortales.

Nada pienses fuera de tu salvacion, y cuida solamente de las cosas de Dios.

Granjéate ahora amigos venerando á los santos de Dios, é imitando sus obras, para que cuando salieres de esta vida te reciban en las moradas eternas.

9. Trátate como huésped y peregrino sobre la tierra, á quien no le va nada en los negocios del mundo.

Guarda tu corazon libre y levantado á Dios, porque aquí no tienes domicilio permanente.

A él dirige tus oraciones y gemidos cada dia con lágrimas, porque merezca tu espíritu despues

de la muerte pasar dichosamente al descanso del señor. Amen.

Capítulo XXIV.

Del juicio y penas de los pecadores.

I. Mira el fin en todas las cosas, y de qué suerte estarás delante de aquel Juez justísimo, al cual no hay cosa encubierta, ni se amansa con dádivas, ni admite excusas, sino que juzgará justísimamente.

¡Oh ignorante y miserable pecador! ¿qué responderás á Dios, que sabe todas tus maldades, tú que temes á veces el rostro de un hombre airado?

¿Por qué no te previenes para el día del juicio, cuando no habrá quien defienda ni ruegue por otro, sino que cada uno tendrá bastante que hacer por sí?

Ahora tu trabajo es fructuoso, tu llanto aceptable, tus gemidos se oyen, tu dolor es satisfactorio y justificativo.

2. Aquí tiene grande y saludable purgatorio el hombre sufrido, que, recibiendo injurias, se duele más de la malicia del injuriador que de su propia ofensa; que ruega á Dios voluntariamente por sus contrarios, y de corazon perdona los agravios, y no se detiene en pedir perdon á cualquiera; que más fácilmente tiene misericordia que se indigna; que se hace fuerza muchas veces y procura sujetar del todo su carne al espíritu.

Mejor es purgar ahora los pecados y cortar los vicios, que dejar el purgarlos para lo venidero.

Por cierto nos engañamos á nosotros mismos por el amor desordenado que tenemos á la carne.

3. ¿En qué otra cosa se cebará aquel fuego sino en tus pecados?

Cuanto más te perdonas ahora á tí mismo, y sigues á la carne, tanto más gravemente serás despues atormentado, pues guardarás mayor materia para quemarte.

En lo mismo que más peca el hombre será más gravemente castigado.

Allí los perezosos serán punzados con agujones ardientes, y los golosos serán atormentados con gravísima hambre y sed.

Allí los lujuriosos y amadores de deleites, serán rociados con ardiente pez y ediondo azufre; y los envidiosos ahullarán de dolor como rabiosos perros.

4. No hay vicio que no tenga su propio tormento.

Allí los soberbios estarán llenos de confusion, y los avarientos serán oprimidos con miserable necesidad.

Allí será más grave pasar una hora de pena, que aquí cien años de penitencia amarga.

Allí no hay sosiego ni consolacion para los condenados; mas aquí cesan algunas veces los trabajos, y se goza del consuelo de los amigos.

Ten ahora cuidado y dolor de tus pecados, para que en el dia

del juicio estés seguro con los bienaventurados.

Pues entónces *estarán los justos con gran constancia contra los que les angustiaron y persiguieron.*

Entónces estará para juzgar el que aquí se sujetó humildemente al juicio de los hombres.

Entónces tendrá mucha confianza el pobre y humilde; mas el soberbio por todos los lados estremecerá.

5. Entónces se verá que el verdadero sábio en este mundo, fué aquel que aprendió á ser nécio y menospreciado por Cristo.

Entónces agradará toda tribulacion sufrida con paciencia, y toda maldad *no despegará los lábios.*

Entónces se alegrarán todos los devotos, y se entristecerán todos los disolutos.

Entónces se alegrará más la carne afligida, que la que siempre vivió en deleites.

Entónces resplandecerá el vestido despreciado, y parecerá vil el precioso.

Entónces será mas alabada la pobre casilla, que el ostentoso palacio.

Entónces ayudará más la constante paciencia, que todo el poder del mundo.

Entónces será más ensalzada la simple obediencia, que toda la sagacidad del siglo.

6. Entónces alegrará más la pura y buena conciencia que la docta filosofía.

Entónces se estimará más el desprecio de las riquezas, que todo el tesoro de los ricos de la tierra.

Entónces te consolarás más de haber orado con devocion, que de haber comido delicadamente.

Entónces te alegrarás más de haber guardado el silencio, que de haber conversado mucho.

Entónces te aprovecharán más las obras santas, que las palabras floridas.

Entónces agradará más la vida estrecha y la rigurosa penitencia, que todos los deleites terrenos.

Aprende ahora á padecer en lo poco, para que entónces seas libre de lo muy grave.

Prueba aquí primero lo que podrás despues.

Si ahora no puedes padecer levemente, ¿cómo podrás despues sufrir los tormentos eternos?

Si ahora una pequeña penalidad te hace tan impaciente, ¿qué hará entónces el infierno?

De verdad no puedes tener dos gozos, deleitarte en este mundo, y despues reinar en el cielo con Cristo.

7. Si hasta ahora hubieses vivido en honores y deleites, y te llegase la muerte, ¿qué te aprovecharía todo lo pasado?

Todo pues es vanidad, sino amar á Dios, y servirle á él solo.

Porque los que aman á Dios de todo corazon, no temen la muerte, ni el tormento, ni el juicio, ni el infierno; *pues el amor perfecto tiene segura entrada para Dios.*

Mas quien se deleita en pecar, no es maravilla que tema la muerte y el juicio.

Bueno es no obstante que si el amor no nos desvia de lo malo, por lo menos el temor del infierno nos refrene.

Pero el que pospone el temor de Dios, no puede durar mucho tiempo en el bien; sino que caerá muy presto en los lazos del demonio.

Capitulo XXV.

De la fervorosa enmienda de toda
nuestra vida.

I. Vela con mucha diligencia en el servicio de Dios, y piensa de ordinario á qué veniste, y por qué dejeste el mundo.

¿No es por ventura con el fin de vivir para Dios, y ser hombre espiritual?

Corre, pues, con fervor á la perfeccion, que presto recibirás el galardón de tus trabajos, y no habrá de ahí adelante temor ni dolor en tu fin.

Ahora trabajarás un poco, y hallarás despues gran descanso, y aún perpétua alegría.

Si permaneces fiel y fervoroso en obrar, sin duda será Dios fiel y rico en pagar.

Ten firme esperanza que alcanzarás victoria; mas no conviene tener seguridad, porque no aflojes ni te ensoberbezcas.

2. Se hallaba uno lleno de congoja luchando entre el temor y la esperanza y un dia cargado de tristeza entró en la Iglesia y se postró delante del altar en oracion, y meditando en su corazon varias cosas, dijo: ¡Oh! si supiese que había de perseverar! Y luego oyó en lo interior la divina respuesta: ¿Qué harías si eso supieses? Haz ahora lo que entónces quisieras hacer, y estarás seguro.

Y en aquel punto consolado y confortado se ofreció á la divina voluntad, y cesó su congojosa turbacion.

Y no quiso escudriñar curiosamente para saber lo que le había

de suceder, sino que anduvo con mucho cuidado de saber lo que fuese la voluntad de Dios, y á sus divinos ojos más agradable y perfecto, para comenzar y perfeccionar toda buena obra.

3. El Profeta dice: *Espera en el Señor, y haz bondad. y habita en la tierra, y serás apacentado en sus riquezas.*

Detiene á muchos del fervor de su aprovechamiento, el espanto de la dificultad, ó el trabajo de la pelea.

Ciertamente aprovechan más en las virtudes, aquellos que más varonilmente ponen todas sus fuerzas para vencer las que les son más graves y contrarias.

Porque allí aprovecha el hombre más y alcanza mayor gracia, á donde más se vence á sí mismo, y se mortifica el espíritu,

4. Pero no todos tienen igual ánimo, para vencer y mortificarse.

No obstante, el diligente y celoso de su aprovechamiento, más fuerte será para la perfeccion,

aunque tenga muchas pasiones, que el de buen natural, si pone poco cuidado en las virtudes.

Dos cosas especialmente ayudan mucho á enmendarse, es á saber: desviarse con esfuerzo de aquello á que le inclina la naturaleza viciosamente, y trabajar con fervor por el bien que más le falta.

Trabaja tambien en vencer y evitar lo que de ordinario te desagrade en tus prójimos.

5. Mira que te aproveches donde quiera; y si vieres y oyeres buenos ejemplos, ámate á imitarlos.

Mas si vieres alguna cosa digna de reprension, guárdate de hacerla; y si alguna vez la hiciste, procura enmendarte luego.

Así como tu miras á los otros, así los otros te miran á ti.

¡Oh! cuán alegre y dulce cosa es ver los devotos y fervorosos hermanos, con santas costumbres y en observante disciplina!

Cuán triste y penoso es verlos andar desordenados, y que no

hacen aquello á que son llamados por su vocacion!

¡Oh! cuan dañoso es ser negligentes en el propósito de su llamamiento, y ocuparse en lo que no les mandan!

6. Acuérdate de la profesion que tomaste y proponte por modelo al Crucificado.

Bien puedes avergonzarte mirando la vida de Jesucristo; porque aún no estudiaste á conformarte más con él, aunque ha muchos años que estás en el camino de Dios.

El religioso que se ejercita intensa y devotamente en la santísima vida y pasion del Señor, halla allí todo lo útil y necesario cumplidamente para sí: y no hay necesidad que busque cosa mejor fuera de Jesus.

¡Oh! si viniese á nuestro corazon Jesus crucificado, cuán presto y cumplidamente seríamos enseñados!

7. El fervoroso religioso acepta todo lo que le mandan, y lo llevan muy bien.

El negligente y tibio tiene tribulacion sobre tribulacion, y de todas partes padece angustia, porque carece de la consolacion interior, y no le dejan buscar la exterior.

El religioso que vive fuera de la observancia, cerca está de caer gravemente.

El que busca vivir más ancho y descuidado, siempre estará en angustias, porque lo uno ó lo otro le descontentará.

8. ¿Cómo lo hacen tantos religiosos que están encerrados en la observancia del monasterio?

Salen pocas veces, viven abstraídos, comen pobremente, visten ropa basta, trabajan mucho, hablan poco, velan largo tiempo, madrugan muy temprano, tienen continuas horas de oracion, leen á menudo y guardan en todo exacta disciplina.

Mira como los cartujos, los cistercienses, y los monjes y monjas de diversas órdenes se levantan cada noche á alabar al Señor.

Y por eso sería cosa torpe que tú emperezases en obra tan santa,

donde tanta multitud de religiosos comienzan á alabar á Dios.

9. ¡Oh! si nunca hubiésemos de hacer otra cosa sino alabar al Señor nuestro Dios con todo el corazon y con la boca!

¡Oh! si nunca tuvieses necesidad de comer, beber y dormir, sino que siempre pudieses alabar á Dios, y solamente ocuparte en cosas espirituales!

Entónces serías mucho más dichoso que ahora cuando sirves á la necesidad de la carne.

¡Pluguiese á Dios que no tuviésemos estas necesidades, sino solamente las refecciones espirituales, las cuales gustamos bien raras veces!

10. Cuando el hombre llega al punto de no buscar su consuelo en ninguna criatura, entónces comienza á gustar de Dios perfectamente, y está contento de todo lo que le sucede.

Entónces ni se alegra en lo mucho, ni se entristece por lo poco; mas pónese entera y fielmente en Dios, el cual le es todo en todas

las cosas, para quien ninguna parece ni muere, sino que todas viven y le sirven sin tardanza.

II. Acuérdate siempre del fin, y que el tiempo perdido jamás vuelve. Nunca alcanzarás las virtudes sin cuidado y diligencia.

Si comienzas á ser tibio, comenzará á irte mal.

Mas si te excites al fervor, hallarás gran paz, y sentirás el trabajo muy ligero por la gracia de Dios, y por el amor de la virtud.

El hombre fervoroso y diligente, á todo está dispuesto.

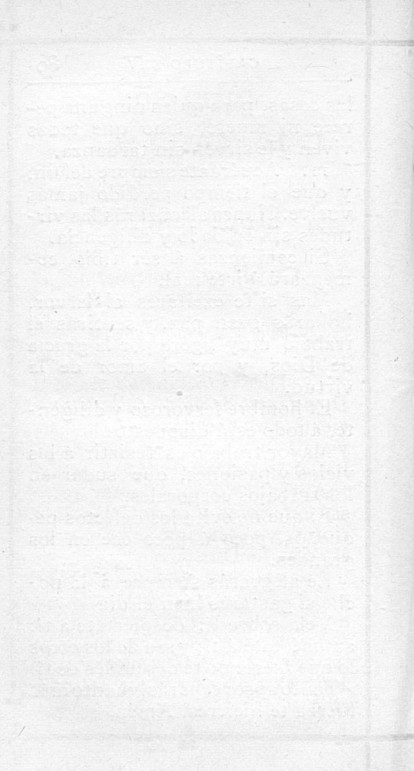
Mayor trabajo es resistir á los vicios y pasiones, que sudar en los trabajos corporales.

El que no evita los defectos pequeños, poco á poco cae en los grandes.

Le alegrarás siempre á la noche si gastares bien el dia.

Vela sobre tí; despiértate á tí; amonéstate á tí; y sea de los otros lo que fuere, no te descuides de tí.

Tanto aprovecharás, cuanto más fuerza te hicieres. Amen.



IMITACION DE CRISTO

LIBRO SEGUNDO

Capítulo primero.

De la conversacion interior.

1. Dice el Señor: *El reino de Dios dentro de vosotros está. Conviértete á Dios de todo corazon, y deja ese miserable mundo, y hallará tu alma reposo.*

Aprende á manospreciar las cosas exteriores y darte á las interiores, y verás que se viene á tí el reino de Dios:

Pues el reino de Dios es paz y gozo en el Espiritu Santo, que no se dá los malos.

Si preparas digna morada interiormente á Jesucristo, vendrá á tí, y te mostrará su consolacion.

Toda su gloria y hermosura está en lo interior, y allí se está complaciendo.

Su continua visitacion es con el hombre interior; con él habla dulcemente, tiene agradable consolacion, mucha paz y admirable familiaridad.

2. Ea, pues, alma fiel, prepara tu corazon á tu Esposo, para que quiera venirse á tí, y habitar contigo.

Porque él dice así: *Si alguno me ama guardará mi palabra, y vendremos á él, y haremos en él nuestra morada.*

Dá, pues, lugar á Cristo, y á todo lo demás cierra la puerta.

Si á Cristo tuvieres, estarás rico, y te bastará, Él será tu fiel procurador, y te proveerá de todo, de manera que no tendrás necesidad de esperar en los hombres.

Porque los hombres se mudan fácilmente, y desfallecen en breve: pero Jesucristo permanece para siempre y está firme hasta el fin.

3. No hay que poner mucha confianza en el hombre frágil y mortal, aunque sea útil y bien querido, ni has de tomar mucha pena si alguna vez fuere contrario ó no te atiende.

Los que hoy son contigo, mañana te pueden contradecir, y al contrario; porque muchas veces se vuelven como viento.

Pon en Dios toda tu esperanza, y sea él tu temor y tu amor. El responderá por tí, y lo hará bien, como mejor convenga.

No tienes aquí domicilio permanente: donde quiera que estuvieres serás extraño y peregrino, y no tendrás nunca reposo si no estuvieres íntimamente unido con Cristo.

4. ¿Qué miras aquí no siendo este el lugar de tu descanso?

En los cielos debe de ser tu morada, y como de paso has de mirar todo lo terrestre.

Todas las cosas pasan, y tú también con ellas.

Guárdate de pegarte á ellas, porque no seas preso y perezcas.

En el Altísimo pon tu pensamiento, y tu oracion sin cesar sea dirigida á Cristo.

Si no sabes contemplar las cosas altas y celestiales, descansa en la pasion de Cristo y habita gustosamente en sus sagradas llagas.

Porque si te acoges devotamente á las llagas y preciosas heridas de Jesus, gran consuelo sentirás en la tribulacion, y no harás mucho caso de los desprecios de los hombres, y fácilmente sufrirás las palabras de los maldicientes.

5. Cristo fué tambien en el mundo despreciado de los hombres, y entre grandes afrentas desamparado de amigos y conocidos, y en suma necesidad.

Cristo quiso padecer y ser despreciado, y tú ¿te atreves á quejarte de alguna cosa?

Cristo tuvo adversarios y murmuradores, y tú quieres tener á todos por amigos y bienhechores?

Con qué se coronará tu paciencia; si ninguna adversidad se te ofrece?

Si no quieres sufrir ninguna adversidad, ¿cómo serás amigo de Cristo?

Sufre con Cristo y por Cristo si quieres reinar con Cristo.

6. Si una vez entrases perfectamente en lo secreto de Jesus, y gustases un poco de su encendido amor, entónces no tendrías cuidado de tu propio provecho ó daño; ántes te holgarías más de las injurias que te hiciesen; porque el amor de Jesus hace al hombre despreciarse á sí mismo.

El amante de Jesus y de la verdad, y el hombre verdaderamente interior y libre de las aficiones desordenadas, se puede volver fácilmente á Dios, y levantarse sobre sí mismo en el espíritu, y descansar gozosamente.

7. Aquel á quien gustan todas las cosas como son, no como se dicen ó estimam, es verdaderamente sábio y enseñado más de Dios que de los hombres.

El que sabe andar dentro de sí, y tener en poco las cosas exteriores, no busca lugares, ni espera

tiempos para darse á ejercicios devotos.

El hombre interior presto se recoge; porque nunca se entrega todo á las cosas exteriores,

No le estorba el trabajo exterior, ni la ocupacion necesaria á tiempos; sino que así como suceden las cosas, se acomoda á ellas.

El que está interiormente bien dispuesto y ordenado, no cuida de los hechos famosos y perversos de los hombres.

Tanto se estorba el hombre y se distrae, cuanto atrae á sí las cosas de afuera.

8. Si fueses recto y puro, todo te sucedería bien y con provecho.

Por eso te descontentan y con-turban muchas cosas frecuentemente, porque aún no has muerto á tí, del todo, ni apartado de todas las cosas terrenas.

Nada mancilla ni embaraza tanto el corazon del hombre, quanto el amor desordenado de las criaturas.

Si desprecias las consolaciones de fuera, podrás contemplar las

cosas celestiales, y gozarte muchas veces dentro de tí.

Capítulo II.

De la humilde sumision.

1. No te importa mucho quien es por tí ó contra tí; sino busca y procura que sea Dios contigo en todo lo que haces.

Ten buena conciencia, y Dios te defenderá.

Al que Dios quiere ayudar, no le podrá dañar la malicia de alguno.

Si sabes callar y sufrir, sin duda verás el favor de Dios.

Él sabe el tiempo y el modo de librarte; y por eso te debes ofrecer á El.

A Dios pertenece ayudar y librar de toda confusion.

Algunas veces conviene mucho, para guardar mayor humildad, que otros sepan nuestros defectos y los reprendan.

2. Cuando un hombre se humilla por sus defectos, entónces fácilmente aplaca á los otros, y sin dificultad satisface á los que le odian.

Dios defiende y libra al humilde; al humilde ama y consuela; al hombre humilde se inclina; al humilde concede gracia, y despues de su abatimiento le levanta á gran honra.

Al humilde descubre sus secretos, y le trae dulcemente á sí y le convida.

El humilde, recibida la afrenta, está en paz; porque está en Dios y no en el mundo.

No pienses haber aprovechado algo, si no te estimas por el más inferior de todos.

Capitulo III.

Del hombre bueno y pacífico.

1. Ponte primero á tí en paz, y despues podrás apaciguar á los otros.

El hombre pacífico aprovecha más que el muy letrado.

El hombre apasionado, aún el bien convierte en mal, y de ligero cree lo malo.

El hombre bueno y pacífico todas las cosas echa á la buena parte.

El que está en buena paz, de ninguno sospecha.

El descontento y alterado, con diversas sospechas se atormenta; ni él sosiega ni deja descansar á los otros.

Dice mucha veces lo que no debiera, y deja de hacer lo que más le convendría.

Piensa lo que otros deben hacer, y deja él sus obligaciones.

Ten, pues, primero celo contigo, y despues podrás tener buen celo con el prójimo.

2. Tú sabes escusar y disimular muy bien tus faltas, y no quieres oír las disculpas ajenas.

Más justo sería que te acusases á tí, y escusases á tu hermano.

Sufre á los otros si quieres que te sufran.

Mira cuán léjos estás aún de la verdadera caridad y humildad, la cual no sabe desdeñar y airarse sino contra sí.

No es mucho conversar con los buenos y mansos, pues esto á todos dá gusto naturalmente; y cada uno de buena gana tiene paz, y ama á los que concuerdan con él.

Pero poder vivir en paz con los duros, perversos y mal acondicionados, y con quien nos contradice, grande gracia es, y accion varonil y loable.

3. Hay algunos que tienen paz consigo, y tambien con los otros.

Otros hay que ni la tienen consigo, ni la dejan tener á los demás: molestos para los otros, lo son más para sí mismos.

Y hay otros que tienen paz consigo, y trabajan en reducir á paz á los otros.

Pues toda nuestra paz en esta miserable vida, está puesta más en el sufrimiento humilde, que en dejar de sentir contrariedades.

El que sabe mejor padecer tendrá mayor paz. Este es el vencedor de sí mismo y Señor del mundo, amigo de Cristo y heredero del cielo.

Capitulo IV.

Del corazon puro y sencilla intencion.

1. Con dos alas se levanta el hombre de las cosas terrenas, que son sencillez y pureza.

La sencillez ha de estar en la intencion, y la pureza en la aficion.

La sencillez pone la intencion en Dios; la pureza le reconoce y gusta.

Ninguna buena otra te impedirá, si interiormente estuvieres libre de todo desordenado deseo.

Si no piensas ni buscas sino el beneplácito divino y el provecho del prójimo, gozarás de interior libertad.

Si fuese tu corazon recto, entonces te sería toda criatura

espejo de vida, y libro de santa doctrina.

No hay criatura tan baja ni pequeña, que no represente la bondad de Dios.

2. Si tú fueses bueno y puro en lo interior, luego verías y entenderías bien todas las cosas sin impedimento.

El corazon puro penetra al cielo y al infierno.

Cual es cada uno en el interior, tal juzga lo de fuera.

Si hay gozo en el mundo, el hombre de puro corazon le posee.

Y si en algun lugar hay tribulacion y congojas, es donde habita la mala conciencia.

Así como el hierro metido en el fuego pierde el orin y se pone todo resplandeciente; así el hombre que enteramente se convierte á Dios, se desentorpece y muda en nuevo hombre.

3. Cuando el hombre comienza á entibiarse, entónces teme el trabajo, aunque pequeño, y toma con gusto la consolacion exterior.

Mas cuando se comienza perfectamente á vencer y andar alentadamente en la carrera de Dios, tiene por ligeras las cosas que primero tenía por pesadas.

Capítulo V.



De la consideracion de si mismo.



1. No debemos confiar de nosotros grandes cosas, porque muchas veces nos falta la gracia y la discrecion.

Poca luz hay en nosotros, y presto la perdemos por nuestra negligencia.

Y muchas veces no sentimos cuán ciegos estamos en el alma.

Muchas veces tambien obramos mal, y lo escusamos peor.

A veces nos mueve la pasion y pensamos que es celo.

Reprendemos en los otros las cosas pequeñas, y tragamos las graves si son nuestras.

Muy presto sentimos y agravamos lo que de otro sufrimos; mas

no miramos cuánto enojamos á los otros.

El que bien y rectamente examinare sus obras, no tendrá que juzgar gravemente las ajenas.

2. El hombre recogido antepone el cuidado de sí mismo á todos los cuidados; y el que tiene verdadero cuidado de sí, poco habla de otros.

Nunca estarás recogido y devoto si no callares las cosas ajenas, y especialmente mirares á tí mismo.

Si del todo te ocupares en Dios y en tí, poco te moverá lo que sientes de fuera.

¿Dónde estás cuando no estás contigo? Y despues de haber discurrido por todas las cosas ¿qué has ganado si de tí te olvidaste?

Si has de tener paz y union verdadera, conviene que todo lo pospongas, y tengas á tí solo delante de tus ojos.

3. Mucho aprovecharás si te guardas libre de todo cuidado temporal.

Muy menguado serás, si alguna cosa temporal estimares.

No te parezca cosa alguna alta, ni grande, ni acepta, ni agradable sino Dios puramente, ó lo que sea de Dios.

Ten por vana cualquier consolacion que te viniere de alguna criatura.

El alma que ama á Dios, desprecia todas las cosas sin él.

Solo Dios eterno é inmenso que todo lo llena, es gozo del alma y alegría verdadera del corazon.

Capítulo VI.



La alegría de la buena conciencia.



1. La gloria del hombre bueno, es el testimonio de la buena conciencia.

Ten buena conciencia, y siempre tendrás alegría.

La buena conciencia muchas cosas puede sufrir, y muy alegre está en las adversidades.

La mala conciencia siempre está con inquietud y temor.

Suavemente descansarás, si tu corazón no te reprende.

No te alegres sino cuando obras bien.

Los malos nunca tienen alegría verdadera, ni sienten paz interior, porque dice el Señor: *No tienen paz los malos.*

Y si dijeren: En paz estamos: no vendrá mal sobre nosotros: ¿quién se atreverá á ofendernos? No los creas, porque de repente se levantará la ira de Dios y pararán en nada sus obras, y perecerán sus pensamientos.

2. No es dificultoso al que ama gloriarse en la tribulación; porque gloriarse de esta suerte, es gloriarse en la cruz del Señor.

Breve es la gloria que se dá y recibe de los hombres.

La gloria del mundo siempre vá acompañada de tristeza.

La gloria de los buenos está en sus conciencias, y no en la boca de los hombres.

La alegría de los justos es de Dios, y en Dios, y su gozo es la verdad.

El que desea la verdadera y eterna gloria, no hace caso de la temporal.

Y el que busca la gloria temporal, ó no la desprecia de corazón, señales que ama menos la celestial.

Gran quietud de corazón tiene el que no se le dá nada de las alabanzas ni de las afrentas.

3. Fácilmente estará contento y sosegado el que tiene la conciencia limpia.

No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te desprecien.

Lo que eres, eso eres; y por más que te estimen los hombres. no puedes ser ante Dios más grande de lo que eres.

Si miras lo que eres dentro de tí, no tendrás cuidado de lo que de tí hablen los hombres.

El hombre ve lo de fuera, más Dios, el corazón. El hombre considera las obras, y Dios pesa las intenciones.

Hacer siempre bien, y tenerse en poco, señal es de una alma humilde.

No querer consolacion de criatura alguna, señal es de gran pureza y de cordial confianza.

4. El que no busca la aprobacion de los hombres, claramente muestra que se entregó del todo á Dios.

Porque dice San Pablo: *No el que se alaba á sí mismo es aprobado, sino el que Dios alaba.*

Andar en lo interior con Dios, y no embarazarse de fuera con alguna aficion, estado es de varon espiritual.

Capitulo VII.



Del amor de Jesus sobre todas las cosas.



1. Bienaventurado el que conoce lo que es amar á Jesus, y despreciarse á sí mismo por Jesus.

Conviene dejar un amado por otro amado, porque Jesus quiere ser amado sobre todas las cosas.

El amor de la criatura es engañoso y mudable, el amor de Jesus es fiel y durable.

El que se llega á la criatura, caerá con lo caedizo; el que abraza á Jesus, afirmará en él para siempre.

Ama á Jesus y tenle por amigo, que aunque todos te desamparen, él no te desamparará ni te dejará perecer en el fin.

De todos has de ser desamparado alguna vez, ora quieras ó nó.

2. Ten fuertemente con Jesus viviendo y muriendo, y encomiéndate á su fidelidad, que él solo te puede ayudar, cuando todos te faltaren.

Tu amado es de tal condicion, que no quiere consigo admitir á otro, mas él solo quiere tener tu corazon y como rey sentarse en su propia silla.

Si tú supieses bien desocuparte de toda criatura, Jesus morará de buena gana contigo.

Hallarás casi todo perdido cuanto pusieres en los hombres, fuera de Jesus.

No confíes ni estribes sobre la caña vacía, porque toda carne es heno, y toda su gloria caerá como flor de heno.

3. Si mirares solamente la apariencia de fuera de los hombres, presto serás engañado.

Porque si tú buscas tu descanso y ganancia en otros, muchas veces sentirás daño: si en todo buscas á Jesus, hallarás de verdad á Jesus: mas si te buscas á tí mismo, tambien te hallarás, pero para tu daño.

Pues más se daña el hombre á sí mismo, si no busca á Jesus, que todo el mundo y todos sus enemigos le pueden dañar.

Capitulo VIII.

De la familiar amistad de Jesus.

1. Cuando Jesus está presente, todo es bueno, y no parece cosa difícil: mas cuando está ausente, todo es duro.

Cuando Jesus no habla dentro, vil es la consolacion: mas si Jesus habla una sola palabra, gran consolacion se siente.

¿No se levantó María Magdalen a luego del lugar donde lloró cuando le dijo Marta: El Maestro está aquí y te llama?

Oh bienaventurada hora, cuando el Señor Jesus llama de las lágrimas al gozo del espíritu.

¡Cuán seco y duro eres sin Jesus! ¡Cuán nécio y vano si codicias algo fuera de Jesus! Díme, ¿no es este peor daño que si todo el mundo perdieses?

2. ¿Qué puede dar el mundo sin Jesus? Estar sin Jesus es grave infierno: estar con Jesus es dulce paraíso.

Si Jesus estuviere siempre contigo, ningun enemigo podrá dañarte.

El que halla á Jesus, halla un buen tesoro, y de verdad bueno sobre todo bien. Y el que pierde á Jesus pierde muy mucho, y más que todo el mundo.

Pobrísimo es el que vive sin Jesus, y riquísimo es el que está bien con Jesus.

3. Muy grande arte es saber conversar con Jesus, y gran prudencia saber tener á Jesus.

Sé humilde y pacífico, y será contigo Jesus; sé devoto y sosegado, y permanecerá contigo Jesus.

Presto puedes echar de tí á Jesus, y perder su gracia, si te pegas á las cosas anteriores.

Si destierras de tí á Jesus y le pierdes, ¿á dónde irás? ¿A quién buscarás por amigo?

Sin amigo no puedes vivir contento, y si no fuere Jesus tu especialísimo amigo, estarás muy triste y desconsolado.

Pues locamente lo haces, si en otro alguno confías y te alegras.

Más se debe escoger tener todo el mundo contrario, que estar ofendido con Jesus.

Pues sobre todos tus amigos sea Jesus amado singularmente.

4. Ama á todos por amor de Jesus, y á Jesus por sí mismo:

solo Jesucristo se debe amar singularísimamente: porque él solo se halla bueno y fidelísimo, más que todos los amigos.

Por él y en él debes amar los amigos y los enemigos, y rogarle por todos, para que le conozcan y le amen.

Nunca codicies ser loado ni amado singularmente, porque eso á solo Dios pertenece, que no tiene igual; ni quieras que alguno se ocupe contigo en su corazon, ni tú te ocupes en amor de alguno; mas sea Jesus en tí, y en todo hombre bueno.

5. Sé puro y libre interiormente sin ocupacion de criatura alguna.

Es menester llevar á Dios un corazon desnudo y puro, si quieres descansar y ver cuán suave es el Señor.

Y verdaderamente no llegarás á esto, si no fueres prevenido y traído de su gracia, para que, dejadas y echadas fuera todas las cosas, seas unido con él solo.

Pues cuando viene la gracia de Dios al hombre, entónces se hace poderoso para toda cosa; y quando se vá, será pobre y enfermo, y como abandonado á las penas y castigos.

En estas cosas no debes desmayar ni desesperar, mas estar constante á la voluntad de Dios, y sufrir con igual ánimo todo lo que viniere á la gloria de Jesucristo.

Porque despues del invierno viene el verano, y despues de la noche vuelve el dia, y pasada la tempestad viene gran serenidad.

Capitulo IX.

Del carecimiento de toda consolacion.

1. No es grave cosa despreciar la humana consolación, quando tenemos la divina.

Gran cosa es y muy grande ser privado, y carecer de consuelo divino y humano, y querer sufrir

de gana destierro de corazon por la honra de Dios, y en ninguna cosa buscarse á sí mismo, ni mirar á su propio merecimiento.

¿Qué gran cosa es si estás alegre y devoto cuando viene la gracia de Dios? Esta hora todos la desean.

Muy suavemente camina aquel á quien lleva la gracia de Dios.

Y ¿qué maravilla si no siente carga el que es llevado del Omnipotente, y guiado por el soberano guiador?

2. Muy de gana tomamos algun pasatiempo, y con dificultad sedesnuda el hombre de sí mismo.

El mártir San Lorenzo venció al mundo y al afecto que tenía por su sacerdote, porque despreció todo lo que en el mundo parecía deleitable; y sufrió con paciencia, por amor de Cristo, que le fuese quitado Sixto, el sumo Sacerdote de Dios, á quien él amaba mucho.

Pues así con el amor de Dios venció el amor del hombre, y trocó el acontecimiento humano por el buen placer divino.

Así tú aprende á dejar algun pariente ó amigo por amor de Dios; y no te parezca grave quando te dejare tu amigo, sabiendo que es necesario que nos apartemos al fin unos de otros.

3. Mucho y de contínuo conviene que pelee el hombre consigo mismo, antes que aprenda á vencerse de todo, y traer á Dios cumplidamente todo su deseo.

Quando el hombre se está en sí mismo, de ligero se desliza en las consolaciones humanas.

Mas el verdadero amator de Cristo, y estudioso imitador de las virtudes, no se arroja á las consolaciones, ni busca tales dulzuras sensibles; mas ántes procura fuertes ejercicios, y sufrir por Cristo duros trabajos.

4. Así quando Dios te diere la consolacion espiritual, recíbela con hacimiento de gracias, mas entiende que es don de Dios, y no merecimiento tuyo.

No quieras ensalzarte, ni alegrarte demasiado, ni presumir vanamente, mas humíllate por el

don recibido, y sé más avisado y temeroso en todas tus obras: porque se pasará aquella hora y vendrá la tentacion.

Cuando te fuere quitada la consolacion, no desesperes luego, mas espera con humildad y paciencia la visitacion celestial: porque poderoso es Dios para tornarte mucha mayor consolacion.

Esto no es cosa nueva ni ajena de los que han experimentado el camino de Dios: porque en los grandes Santos y antiguos profetas acaeció muchas veces esta manera de mudanza.

5. Por esto decía uno cuando tenía presente la gracia: Yo dije en mi abundancia: no seré movido ya para siempre. Y ausente la gracia, añade lo que experimentó en sí, diciendo: Volvíste de mí tu rostro, y fui lleno de turbacion.

Mas por cierto entre estas cosas no desespera, sino con mayor instancia ruega á Dios, y dice: A tí, Señor, llamaré, y á mi Dios rogaré. Y al fin alcanza el fruto de su oracion, y confirma ser oido,

diciendo: Oyóme el Señor, y tuvo misericordia de mí: el Señor es hecho mi ayudador.

¿Mas en qué? Volvíste, dice, mi llanto en gozo, y cercásteme de alegría.

Y siasí se hizo con los grandes Santos, no debemos nosotros, enfermos y pobres, desconfiar si algunas veces estamos en fervor de devoción, y á veces tibios y frios.

Porque el espíritu se viene y se vá segun la divina voluntad.

Por eso dice el bienaventurado Job: Visítasle en la mañana, y súbito le pruebas.

6. Pues ¿sobre qué puedo esperar, ó en quién debo confiar, sino solamente en la gran misericordia de Dios, y en la esperanza de la gracia celestial?

Pues aunque esté cercado de hombres buenos, ó de hermanos devotos, ó de amigos fieles, ó de libros santos, ó tratados lindos, ó de cantos suaves é himnos, todo aprovecha poco, y tiene poco sabor, cuando soy desamparado de

la gracia, y dejado en mi propia pobreza.

Entónces no hay mejor remedio que la paciencia, y negándome á mí mismo, ponerme en la voluntad de Dios.

7. Nunca hallé hombre tan religioso y devoto que alguna vez no tuviese apartamiento de la consolacion divina, ó sintiese disminucion del fervor.

Ningun Santo fué tan altamente arrebatado y alumbrado, que ántes ó despues no haya sido tentado.

Pues no es digno de la alta contemplacion de Dios el que no es ejercitado en alguna tribulacion.

Porque suele ser la tentacion precedente señal que vendrá la consolacion.

Que á los aprobados en tentacion es prometida la consolacion celestial.

Al que venciere, dice, daré á comer del árbol de la vida.

8. Dáse tambien la divina consolacion, para que el hombre sea

más fuerte para sufrir las adversidades.

Y tambien se sigue la tentacion, porque no se ensoberbezca del bien.

El demonio no duerme, ni la carne está aún muerta: por esto no ceses de prepararte á la batalla. A la diestra y á la siniestra están los enemigos, que nunca descansan.

Capitulo X.

Del agradecimiento por la gracia de Dios.

1. ¿Para qué buscas descanso, pues naciste para el trabajo?

Ponte á paciencia más que á consolacion; y á llevar cruz más que á tener alegría.

¿Qué hombre del mundo no tomaría de muy buena gana la consolacion y alegría espiritual, si siempre la pudiese tener?

Porque las consolaciones espirituales exceden á todos los placeres del mundo, y á los deleites de la carne.

Porque todos los deleites del mundo, ó son torpes ó vanos; mas los deleites espirituales solos son alegres y honestos; engendrados de las virtudes, é infundidos de Dios en los corazones limpios.

Mas no puede ninguno usar de continuo de estas consolaciones divinas como quiere; porque el tiempo de la tentacion pocas veces cesa.

2. Muy contraria es la soberana visitacion, la falsa libertad del alma, y la gran confianza de sí.

Bien hace Dios dando la gracia de la consolacion, pero el hombre hace mal no atribuyéndolo todo á Dios, haciéndole gracias.

Y por esto no abunda en nosotros los dones de la gracia, porque somos ingratos al Hacedor, y no lo atribuimos todo á la fuente original.

Porque siempre se debe gracia al que dignamente es agradecido; y es quitado al soberbio lo que se suele dar al humilde.

3. No quiero consolacion que me quite la compuncion; ni deseo

contemplacion que me lleve en soberbia.

Pues no es santo todò lo alto, ni todo lo dulce, bueno; ni todo deseo, puro; ni todo lo que amamos, agradable á Dios.

De grado acepto yo la gracia que me haga más humilde y temeroso, y me disponga más á renunciarme á mí.

El enseñado con el don de la gracia, y avisado con el escarmiento de haberla perdido, no osará atribuirse á sí bien alguno; mas antes confesará ser pobre y desnudo.

Dá á Dios lo que es de Dios, y atribuye á tí lo que es tuyo: esto es, dá gracias á Dios por la gracia, y solo á tí atribuye la culpa, y conoce serte debida por la culpa dignamente la pena.

4. Ponte siempre en lo más bajo, y se te dará lo alto: porque no está lo muy alto sin lo más bajo. Los grandes Santos cerca de Dios, son pequeños cerca de sí; y cuanto más gloriosos, tanto en sí más humildes.

Los llenos de verdad y de gloria celestial, no son codiciosos de gloria vana.

Los que están fundados y confirmados en Dios, en ninguna manera pueden ser soberbios.

Y los que atribuyen á Dios todo cuanto bien reciben, no buscan ser loados unos de otros: mas quieren la gloria que de solo Dios viene, y codician que sea Dios glorificado sobre todos en sí mismo y en todos los Santos, y siempre tienen esto por fin.

5. Pues sé agradecido en lo poco, y serás digno de recibir cosas mayores.

Ten en muy mucho lo poco, y lo más despreciado por singular don.

Si miras á la dignidad del dador, ningun don te parecerá pequeño ó vil.

Por cierto no es poco lo que el soberano Dios dá.

Y aunque dá penas y castigos, se lo debemos agradecer, que siempre es para nuestra salud todo lo que permite que nos venga,

El que desea guardar la gracia de Dios, agradézcale la gracia que le ha dado, y sufra con paciencia cuando le fuere quitada.

Haga oracion continua, para que le sea tornada, y sea cauto y humilde, porque no le pierda.

Capítulo XI.

Cuán pocos son los que aman la Cruz
de Cristo.

1. Jesucristo tiene ahora muchos amadores de su reino celestial, mas muy pocos que lleven su cruz.

Tiene muchos que desean la consolacion, y muy pocos que quieran la tribulacion.

Muchos compañeros halla para la mesa, y pocos para la abstinencia.

Todos quieren gozar con él, mas pocos quieren sufrir algo por él.

Muchos siguen á Jesus hasta el partir del pan, más pocos hasta beber el cáliz de la pasion.

Muchos honran sus milagros, mas pocos siguen el vituperio de la cruz.

Muchos aman á Jesus cuando no hay adversidades.

Muchos le alaban y bendicen en el tiempo que reciben de él algunas consolaciones; mas si Jesus se escondiese y los dejase un poco, luego se quejarían ó desesperarían mucho.

2. Mas los que aman á Jesus por el mismo Jesus, y no por alguna propia consolacion suya, bendícenle en toda la tribulacion y angustia del corazon, tambien como en consolacion.

Y aunque nunca más les quisiese dar consolacion, siempre le alabarían, y le querrían dar gracias.

3. ¡Oh! cuánto puede el amor puro de Jesus sin mezcla del propio provecho ó amor.

¿No se pueden llamar propiamente mercenarios los que siempre buscan consolaciones?

¿No se aman á sí mismos más que á Cristo los que de continuo

piensan en sus provechos y ganancias?

¿Dónde se hallará alguno tal que quiera servir á Dios de balde?

4. Pocas veces se halla ninguno tan espiritual, que esté desnudo de todas las cosas.

Pues ¿quién hallará el verdadero pobre de espíritu y desnudo de toda criatura?

Es tesoro inestimable y de lejanas tierras.

Si el hombre diere su hacienda toda, aún no es nada.

Si hiciere gran penitencia, aún es poco.

Aunque tenga toda la ciencia, aún está léjos: y si tuviere gran virtud y muy ferviente devocion, aún le falta mucho; le falta la cosa que le es necesaria.

Y esta ¿cuál es? que, dejadas todas las cosas, deje á sí mismo y salga de sí del todo, y que no le quede nada de amor propio.

Y cuando ha hecho todo lo que conociere que debe hacer, aún piense no haber hecho nada.

5. No tenga en mucho que le puedan estimar por grande, mas llámese en la verdad siervo sin provecho, como dice Jesucristo.

Cuando hubiereis hecho todo lo que os está mandado, aún decid: Siervos somos sin provecho.

Y así podrás ser pobre y desnudo de espíritu, y decir con el profeta: porque uno solo y pobre soy.

Ninguno todavía hay más rico, ninguno más poderoso, ninguno más libre, que aquel que sabe dejarse á sí y á toda cosa, y ponerse en el más bajo lugar.

Capítulo XII.

Del camino real de la Santa Cruz.

1. Esta palabra parece dura á muchos. Niégate á tí mismo, toma tu cruz, y sigue á Jesús. Pero mucho más duro será oír aquella postrera palabra: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno. Pues los que ahora oyen y siguen de buena voluntad la palabra de

la cruz, no temerán entónces oír la palabra de la eterna condenacion.

Esta señal de la cruz estará en el cielo cuando el Señor vendrá á juzgar.

Entónces todos los siervos de la cruz, que se conformaron en la vida con el Crucificado, se llegarán á Cristo juez con gran confianza.

2. Pues que así es, ¿por qué temeis tomar la cruz, por la cual se vá al reino?

En la cruz está la salud, en la cruz la vida, en la cruz está la defensa de los enemigos; en la cruz está la infusion de la suavidad soberana, en la cruz está la fortaleza del corazon, en la cruz está el gozo del espíritu, en la cruz está la suma virtud, en la cruz está la perfeccion de la santidad.

No está la salud del alma, ní la esperanza de la vida eterna, sino en la cruz.

Toma, pues, tu cruz, y sigue á Jesus, é irás á la vida eterna.

Él vino primero, y llevó su cruz y murió en la cruz por tí; porque tú tambien la lleves, y desees morir en ella.

Porque si murieses juntamente con él, vivirás con él.

Y si fueres compañero de la pena, lo serás tambien de la gloria.

3. Mira que todo consiste en la cruz, y todo está en morir en ella.

Y no hay otra via para la vida, y para la verdadera entrañable paz, sino la via de la santa cruz y continúa mortificacion.

Vé donde quisieres, busca lo que quisieres, y no hallarás más alto camino en lo alto, ni más seguro en lo bajo, sino la via de la santa cruz.

Dispon y ordena todas las cosas segun tu querer y parecer, y no hallarás sino que has de padecer algo, ó de grado y por fuerza: y así siempre hallarás la cruz.

Pues ó sentirás dolor en el cuerpo, ó padecerás tribulacion en el espíritu.

4. A veces te dejará Dios, á veces te perseguirá el prójimo: y

lo que peor es, muchas veces te descontentarás de tí mismo, y no serás aliviado ni refrigerado con ningun remedio ni consuelo, mas conviene que sufras hasta cuando Dios quisiere.

Porque quiere Dios que aprendas á sufrir la tribulacion sin consuelo, y que te sujetes del todo á El, y te hagas más humilde con la tribulacion.

Ninguno siente así de corazon la pasion de Cristo, como aquel á quien acaece sufrir cosas semejantes.

Así que la cruz siempre está preparada, y te espera en cualquier lugar, no puedes huir donde quiera que estuvieres, porque donde quiera que huyas, llevas á tí contigo, y siempre hallarás á tí mismo.

Vuélvete arriba, vuélvete abajo, vuélvete fuera, vuélvete dentro, y en todo esto hallarás cruz.

Y es necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior, y merecer perpétua corona.

5. Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin deseado, adonde será el fin del padecer, aunque aquí no lo sea.

Si contra tu voluntad la llevas, cárgaste, y hácestela más pesada: y sin embargo conviene que la sufras.

Si desechas una cruz, sin duda hallarás otra, y puede ser que más grave.

6. ¿Piensas tú escapar de lo que ninguno de los mortales pudo?

¿Quién de los santos fué en el mundo sin cruz y tribulacion?

Nuestro Señor Jesucristo por cierto, en cuanto vivió en este mundo, no estuvo una hora sin dolor de pasion.

Porque convenía, dice, que Cristo padeciese, y resucitase de los muertos, y así entrase en su gloria.

Pues ¿cómo buscas tú otro camino sino este camino real, que es la vida de la santa cruz?

7. Toda la vida de Cristo fué cruz y martirio; y tú ¿buscas para tí holganza y gozo?

Yerras, te engañas si buscas otra cosa sino sufrir tribulaciones; porque toda esta vida mortal está llena de miseria, y de toda parte señalada de cruces. Y cuanto más altamente alguno aprovechar en espíritu, tanto más graves cruces hallará muchas veces, porque la pena de su destierro crece por el amor.

8. Mas este tal así afligido de tantas maneras, no está sin el alivio de la consolacion; porque siente el gran fruto que le crece con llevar su cruz.

Porque cuando se sujeta á ella de su voluntad, toda la carga de la tribulacion se convierte en confianza de la divina consolacion.

Y cuanto más se quebranta la carne por la afliccion, tanto más se esfuerza el espíritu por la gracia interior.

Y algunas veces tanto es confortado del afecto de la tribulacion y adversidad, por el amor y conformidad de la cruz de Cristo, que no quiere estar sin dolor y

tribulacion: porque se tiene por más acepto á Dios, cuanto mayores y más graves cosas pudiere sufrir por él.

Esto no es virtud humana, sino gracia de Cristo. que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo acometa y acabe con fervor de espíritu.

9. No es segun la humildad llevar la cruz, amar la cruz, castigar el cuerpo, ponerle en servidumbre; huir las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse á sí mismo, y desear ser despreciado; sufrir toda cosa adversa y dañosa, y no desear cosa de prosperidad en este mundo.

Si miras á tí, no podrás por tí cosa alguna de estas: mas si confías en Dios, El te enviará fortaleza del cielo, y hará que te estén sujetos el mundo y la carne.

Y no temerás al diablo tu enemigo, si estuvieses armado de fé, y señalado con la cruz de Cristo.

10. Disponte, pues, como buen y fiel siervo de Cristo, para llevar

varonilmente la cruz de tu Señor crucificado por tu amor.

Prepárate á sufrir muchas adversidades y diversas incomodidades en esta miserable vida; porque así estará contigo Jesus adonde quiera que fueres; y de verdad que le hallarás en cualquier parte que te escondas.

Así conviene que sea, y no hay otro remedio para evadirse del dolor y de la tribulacion de los males, sino sufrir.

Bebe afectuosamente el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo, y tener parte con él.

Remite á Dios las consolaciones, para que haga con ellas lo que más le agradare.

Pero tú disponte á sufrir las tribulaciones y estimarlas por grandes consuelos; porque no son condignas las pasiones de este tiempo para merecer la gloria venidera, aunque tú solos pudieses sufrirlas todas.

II. Cuando llegares á tanto que la afliccion te sea dulce y gustosa por amor de Cristo,

piensa entónces que te vá bien; porque hallaste el paraíso en la tierra.

Cuando te parece grave el padecer, y procuras huirlo, cree que te vá mal, y donde quiera que fueres te seguirá la tribulacion.

12. Si te dispones para hacer lo que debes, es á saber: sufrir y morir, luego te irá mejor, y hallarás paz.

Y aunque fueres arrebatado hasta el tercer cielo con San Pablo, no estarás por eso seguro de de no sufrir alguna contrariedad. Yo (dice Jesus) *le mostraré cuantas cosas le convendrán padecer por mi nombre.*

Debes, pues, padecer si quieres amar á Jesus, y servirle siempre.

13. ¡Ojalá que fueses digno de padecer algo por el nombre de Jesus! Cuán grande gloria te resultaría! cuánta alegría á todos los Santos de Dios! cuánta edificacion sería para el prójimo!

Todos alaban la paciencia, pero pocos quieren padecer.

Con razon debieras sufrir algo de buena gana por Cristo; pues hay muchos que sufren graves cosas por el mundo.

14. Ten por cierto que te conviene morir viviendo; y cuanto más muere cada uno á sí mismo, tanto más comienza á vivir para Dios.

Ninguno es suficiente para comprender cosas celestiales, si no se humilla á sufrir adversidades por Cristo.

No hay cosa á Dios más acepta, ni para tí en este mundo más saludable, que padecer de buena voluntad por Cristo.

Y si te diesen á escojer, más debieras desear padecer cosas adversas por Cristo, que ser recreado con muchas consolaciones: porque así le serías más semejante, y más conforme á todos los Santos.

No está, pues, nuestro merecimiento ni la perfeccion de nuestro estado en las muchas suavidades y consuelos, sino más bien en sufrir grandes penalidades y tribulaciones.

15. Porque si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salvacion de los hombres que el padecer, Cristo lo hubiera declarado con su doctrina y con su ejemplo.

Pues manifestamente exhorta á sus discípulos, y á todos los que desean seguirle, á que lleven la cruz, y dice: *Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.*

Así que leídas y bien consideradas todas las cosas, sea esta la postrera conclusion: *Que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios.*



IMITACION DE CRISTO



LIBRO TERCERO



Capítulo primero.

Del habla interior de Cristo al alma fiel.

EL ALMA.

1. *Oiré lo que habla el Señor Dios en mí.*

Bienaventurada el alma que oye al Señor que le habla, y de su boca recibe palabras de consolación.

Bienaventurados los oídos que perciben los raudales de las inspiraciones divinas, y no cuidan de las murmuraciones mundanas.

Bienaventurados los oídos que no escuchan la voz que oyen de

fuera, sino la verdad que enseña de dentro.

Bienaventurados los ojos que están cerrados á las cosas exteriores, y muy atento á las interiores.

Bienaventurados los que penetran las cosas interiores, y estudian con ejercicios continuos en prepararse cada dia más y más á recibir los secretos celestiales.

Bienaventurados los que se alegran de entregarse á Dios, y se desembarazan de todo impedimento del mundo.

¡Oh alma mia! considera bien esto, y cierra las puertas de tu sensualidad, para que puedas oir lo que te habla el Señor tu Dios.

2. Esto dice tu amado:

JESUCRISTO.

Yo soy tu salud, tu paz y tu vida.

Consérvate cerca de mí, y hallarás paz.

Deja todas las cosas transitorias, y busca las eternas.

¿Qué es todo lo temporal sino engañoso? y ¿qué te valdrán todas las criaturas, si fueres desamparado del Criador?

Por esto dejadas todas las cosas, hazte fiel y grata á tu Criador, para que puedas alcanzar la verdadera bienaventuranza.

Capítulo II.

Cómo la verdad habla dentro del alma
sin sonido de palabras.

EL ALMA.

1. Habla, Señor, porque tu siervo escucha. Yo soy tu siervo, dame entendimiento, para que sepa tus verdades.

Inclina mi corazon á las palabras de tu boca: descienda tu habla así como rocío.

Decían en otro tiempo los hijos de Israel á Moisés; *Háblanos tú y oiremos: no nos hable el Señor, porque quizás moriremos.*

No así Señor, no así te ruego: sino más bien como el Profeta

Samuel, con humildad y deseo te suplico: *Habla, Señor, pues tu siervo oye.*

No me hable Moisés; ni alguno de los Profetas; sino más bien hábleme tú, Señor Dios, inspirador y alumbrador de todos los Profetas: pues tú solo sin ellos me puedes enseñar perfectamente; pero ellos sin tí ninguna cosa aprovecharán.

2. Es verdad que pueden pronunciar palabras, más no dan espíritu.

Elegantemente hablan; mas callando tú, no encienden el corazón.

Dicen la letra; más tú abras el sentido.

Predican misterios; mas tú procuras su inteligencia.

Pronuncian mandamientos; pero tú ayudas á cumplirlos.

Muestran el camino; pero tú das esfuerzo para andarlo.

Ellos obran por de fuera solamente; pero tú instruyes y alumbras los corazones.

Ellos riegan la superficie; mas tú das la fertilidad.

Ellos dan voces; pero tú haces que el oído las perciba.

3. No me hable, pues, Moisés sino tú, Señor Dios mío, eterna verdad, para que por desgracia no muera y quede sin fruto, si solamente fuere enseñado de fuera y no encendido por adentro.

No me sea para condenación la palabra oída y no obrada, conocida y no amada, creída y no guardada.

Habla, pues, tú, Señor; pues tu siervo oye, ya que tienes palabras de vida eterna.

Háblame para dar algún consuelo á mi alma, para la enmienda de toda mi vida, y para eterna alabanza, honra y gloria tuya.

Capítulo III.

Que las palabras de Dios se deben oír con humildad, y cómo muchos no las consideran como deben.

JESUCRISTO.

1. Oye, hijo, mis palabras, palabras suavísimas que exceden

toda la ciencia de los filósofos y sábios de este mundo.

Mis palabras son espíritu y vida, y no se pueden ponderar por la razón humana. No se deben traer para vana complacencia, sino oírse en silencio, y recibirse con toda humildad y grande afecto.

EL ALMA.

2. Dijo David: Bienaventurado aquel á quien tú, Señor, instruyeres, y á quien mostrares tu ley; porque le guardes de los días malos, y no será desamparado en la tierra.

JESUCRISTO.

3. Yo, dice Dios, enseñaré á los Profetas desde el principio, y no ceso de hablar á todos hasta ahora, pero muchos son duros y sordos á mi voz.

Oyen con más gusto al mundo que á Dios; y más fácilmente siguen el apetito de su carne, que el beneplácito divino.

El mundo promete cosas temporales y pequeñas, y con todo eso le sirven con grande ánsia: yo prometo cosas grandes y eternas. y entorpécense los corazones de los mortales.

¿Quién me sirve á mí, y obedece en todo con tanto cuidado como al mundo y á sus señores se sirve? Avergüénzate, Sidon, dice el mar. Y si preguntas la causa oye el por qué.

Por un pequeño beneficio van los hombres largo camino, y por la vida eterna con dificultad muchos levantan una vez el pié del suelo.

Buscan los hombres viles ganancias; por una moneda pleitean á las veces torpemente; por cosas vanas, y por una corta promesa no temen fatigarse de noche y de dia.

4. Mas ¡ay dolor! que empezan de fatigarse un poco por el bien que no se muda, por el galardón que es inestimable, y por la suma gloria sin fin.

Avergüénzate, pues, siervo perezoso y descontentadizo, de que

aquellos se hallen más dispuestos para la perdicion que tú para la vida.

Alégranse ellos más por la vanidad que tú por la verdad.

Porque algunas veces les miente su esperanza; pero mi promesa á nadie engaña, ni deja frustrado al que confía en mí.

Daré lo que he prometido; cumpliré lo que he dicho, si alguno perseverare fiel en mi amor hasta el fin.

Yo soy remunerador de todos los buenos, y fuerte examinador de todos los devotos.

5. Escribe tú mis palabras en tu corazon, y considéralas con mucha diligencia; pues en el tiempo de la tentacion te serán muy necesarias.

Lo que no entiendes ahora cuando lo lees, conoceráslo en el dia de mi visitacion.

De dos maneras acostumbro á visitar á mis escogidos, esto es con tentacion y con alivio.

Y dos lecciones les doy cada dia; una reprendiendo sus vicios;

otra amonestándolas al adelantamiento de las virtudes.

El que entiende mis palabras y las desprecia, tiene quien le juzgue en el postrero día.

Oracion para pedir la gracia de la devocion.

6. Señor Dios mio, tú eres todos mis bienes. ¿Quién soy yo para que me atreva á hablarte?

Yo soy un pobrísimo siervécillo tuyo, y gusanillo desechado, mucho más pobre y despreciable de lo que yo sé y puedo decir.

Pero acuérdate, Señor, que soy nada, nada tengo y nada valgo.

Tú solo eres bueno, justo y santo; tú lo puedes todo, lo das todo dejando vacío solamente al pecador.

Acuérdate de tus misericordias, y llena mi corazon de gracia, pues no quieren que sean vacías, tus obras.

7. ¿Cómo podré sufrirme en esta miserable vida, si no me confortare tu gracia y misericordia.

No me vuelvas el rostro; no dilates tu visitacion; no desvies tu consuelo, porque no sea mi alma para tí como la tierra sin agua.

Señor, enséñame á hacer tu voluntad; enséñame á conservar delante de tí digna y humildemente, pues tú eres mi sabiduría, que en verdad me conoces, y conociste ántes que el mundo se hiciese, y yo naciese en el mundo.

Capítulo IV.

Debemos conversar delante de Dios
con verdad y humildad.

JESUCRISTO

1. Hijo, anda delante de mí en verdad, y búscame siempre con sencillez de corazon.

El que anda en mi presencia en verdad, será defendido de los malos encuentros, y la verdad le librará de los engañadores, y de

las murmuraciones de los malvados.

Si la verdad te librare, serás verdaderamente libre, y no cuidarás de las palabras vanas de los hombres.

EL ALMA

2. Verdad es, Señor: y así te suplico que lo hagas conmigo. Enséñeme tu verdad, y ella me guarde y me conserve hasta alcanzar mi salvacion.

Ella me libre de toda mala aficion y amor desordenado, y andaré contigo en gran libertad de corazon.

JESUCRISTO

3. Yo te enseñaré, dice la verdad, lo que es recto y agradable delante de mí.

Piensa en tus pecados con gran descontento y tristeza, y nunca te juzgues ser algo por tus buenas obras.

En verdad eres pecador, sujeto y enredado en muchas pasiones.

Por tí siempre vas á la nada; pronto caes, pronto eres vencido, presto te turbas, y presto desfalleces.

Nada tienes de que puedas alabarte; pero mucho de que humillarte; porque eres más flaco de lo que puedes pensar.

4. Por eso, no te parezca gran cosa, alguna de cuantas haces.

Nada tengas por grande, nada por precioso y admirable, nada estimes por digno de reputacion, nada por alto, nada por verdaderamente de alabar y codiciar sino lo que es eterno.

Agrádete sobre todas las cosas la verdad eterna, y desagrádete siempre sobre todo tu grandísima vileza.

Nada temas, ni desprecies, ni huyas cosa alguna tanto como tus vicios y pecados, los cuales te deben desagradar más que los daños de las cosas.

Algunos no andan sencillamente en mi presencia; sino que, guiados de cierta curiosidad y arrogancia, quieren saber mis

secretos, y entender las cosas altas de Dios, no cuidando de sí mismos, ni de su salvacion.

Estos muchas veces caen en grandes tentaciones y pecados por su soberbia y curiosidad, porque yo les soy contrario.

5. Teme los juicios de Dios; atemorízate de la ira del Omnipotente; no quieras escudriñar las obras del Altísimo; sino examina tus maldades, en cuantas cosas pecaste, y cuantas buenas obras dejaste de hacer por negligencia.

Algunos tienen su devocion solamente en los libros, otros en las imágenes; y otros en señales y figuras exteriores.

Algunos me traen en la boca; pero pocos en el corazon.

Hay otros que, alumbrados en el entendimiento y purgados en el afecto, suspiran siempre por las cosas eternas, oyen con pena las terrenas, y con dolor sirven á las necesidades de la naturaleza; y estos sienten lo que habla en ellos el espíritu de verdad.

Porque los enseña á despreciar lo terrestre y amar lo celestial, aborrecer el mundo y desear el cielo de dia y de noche.

Capítulo V.

Del maravilloso efecto del divino amor.

EL ALMA

1. Bendígote, Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, que tuviste por bien acordarte de este pobre.

¡Oh Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion! gracias te doy porque á mí indigno de todo consuelo, algunas veces recreas con tu consolacion.

Bendígote y te glorifico siempre con tu Unigénito Hijo, con el Espíritu Santo consolador por los siglos de los siglos.

¡Oh Señor Dios, amador santo mio! cuando tú vinieres á mi corazón, se alegrarán todas mis entrañas.

Tu eres mi gloria y la alegría de mi corazon.

Tú eres mi esperanza y refugio en el dia de mi tribulacion.

2. Mas porque soy aún flaco en el amor é imperfecto en la virtud, por eso tengo necesidad de ser fortalecido y consolado por tí.

Por eso visítame, Señor, más veces, é instrúyeme con santas doctrinas.

Líbrame de mis malas pasiones, y sana mi corazon de todas mis aficiones desordenadas, porque sano y bien purgado en lo interior, sea apto para amarte, fuerte para sufrir, y firme para perseverar.

3. Gran cosa es el amor, y bien sobremanera grande: él sólo hace ligero todo lo pasado, y lleva con igualdad todo lo desigual.

Pues lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo.

El amor noble de Jesus nos anima á hacer grandes cosas, y mueve á desear siempre lo más perfecto.

El amor quiere estar en lo más alto, y no ser detenido de ninguna cosa baja.

El amor quiere ser libre, y ajeno de toda afición mundana; porque no se impida su vista, ni se embaraze en ocupaciones de provecho temporal, ó caiga por algun daño.

No hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más ancho, nada más alegre, nada más lleno, ni mejor en el cielo ni en la tierra; porque el amor nació de Dios, y no puede aquietarse con todo lo criado, si no con el mismo Dios.

4. El que ama, vuela, corre y se alegra, es libre y no embarazado.

Todo lo dá por todo; y todo lo tiene en todo; porque descansa en un Sumo Bien sobre todas las cosas, del cual maña y procede todo bien.

No mira á los dones, sino que se vuelve al dador sobre todos los bienes.

El amor muchas veces no guarda modo, mas se enardece sobre todo modo.

El amor no siente la carga, ni hace caso de los trabajos; desea más de lo que puede; no se queja que le manden lo imposible; porque cree que todo lo puede y le conviene.

Pues para todos es bueno, y muchas cosas ejecuta y pone por obra, en las cuales el que no ama desfallece y cae.

5. El amor siempre vela, y durmiendo no duerme.

Fatigado no se cansa; angustiado no se angustia; espantado no se espanta: sino como viva llama y ardiente luz sube á lo alto y se remonta con seguridad.

Si alguno ama, conoce lo que dice esta voz.

Grande clamor es en los oídos de Dios el abrasado afecto del alma que dice: Dios mio, amor mio, tú todo mio, y yo todo tuyo.

6. Dilátame en el amor, para que aprenda á gustar con la boca interior del corazón, cuán suave

es amar y derretirse y nadar en el amor.

Sea yo cautivo del amor, saliendo de mí por el grande fervor y admiracion.

Cante yo cánticos de amor, sígate, amado mio, á lo alto, y desfallezca mi alma en tu alabanza, alegrándome por el amor.

Amete yo más que á mí, y no me ame á mí sino por tí, y en tí á todos los que de verdad te aman como manda la ley del amor, que emana de tí como un resplandor de tu divinidad.

7. El amor es diligente, sincero, piadoso, alegre y deleitable, fuerte, sufrido, fiel, prudente, magnánimo, varonil, y nunca se busca á sí mismo; porque quando alguno se busca á sí mismo, luego cae del amor.

El amor es muy mirado, humilde y recto; no es regalon, liviano, ni entiende en cosas vanas; es sóbrio, casto, firme, quieto y recatado contra todos los sentidos.

El amor es sumiso y obediente á los superiores, vil y despreciado

para sí; para Dios devoto y agradecido, confiando y esperando siempre en él, aun cuando no le regala, porque no vive ninguno en amor sin dolor.

8. El que no está dispuesto á sufrirlo todo, y á hacer la voluntad del amado, no es digno de llamarse amante.

Conviene al que ama abrazar de buena voluntad por el amado todo lo duro y amargo, y no apartarse de él para cosa contraria que acaezca.

Capitulo VI.

De la prueba del verdadero amor.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no eres aún fuerte y prudente amador.

AL ALMA.

2. ¿Por qué, Señor?

JESUCRISTO.

3. Porque por una contradicción pequeña faltas en lo comenzado, y buscas la consolación ansiosamente.

El constante amador está fuerte en las tentaciones, y no cree á las persuaciones engañosas del enemigo.

Como yo le agrado en las prosperidades, así no le descontento en las adversidades.

4. El discreto amador no considera tanto el don del amante, cuanto el amor del que dá.

Antes mira á la voluntad que á la merced; y todas las dádivas estima menos que el amado.

El amador noble no descansa en el don, sino en mí sobre todo don.

Por eso, si algunas veces no gustas de mí ó de mis Santos tan bien como deseas, no está todo perdido.

Aquel tierno y dulce afecto que sientes algunas veces, obra es de la presencia de la gracia, y gusto anticipado de la pátria celestial,

sobre lo cual no se debe estrivar mucho, porque vá y viene.

Pero pelear contra las perturbaciones incidentes del ánimo, y menospreciar la sugestion del diablo, señal es de virtud y de gran merecimiento.

5. No te turben, pues, las imaginaciones extrañas de diversas materias que te ocurrieren.

Guarda tu firme propósito y la intencion recta para con Dios.

Ni tengas á engaño que de repente te arrebaten alguna vez á lo alto, y luego te tornes á las pequeñeces acostumbradas del corazon.

Porque más las sufres contra tu voluntad que las causas; y mientras te dan pena y las contradices, mérito es y no pérdida.

6. Persuádete que el enemigo antiguo de todos modos se esfuerza para impedir tu deseo en el bien, y apartarte de todo ejercicio devoto, como es honrar á los santos, la piadosa memoria de mi pasión, la útil contricion de los pecados, la guarda del

propio corazon, el firme propósito de aprovechar en la virtud.

Te trae muchos pensamientos malos para disgustarte y atemorizarte, para desviarte de la oracion y de la leccion sagrada.

Desagrádale mucho la humilde confesion; y si pudiese, haría que dejases de comulgar.

No le creas, ni hagas caso de él, aunque muchas veces te arme lazos para seducirte.

Cuando te trajere pensamientos malos y torpes, atribúyelos á él, y díle:

Véte de aquí, espiritu inmundo avergüenzate, desventurado muy súcio eres, pues me traes tales cosas á la imaginacion.

Apártate de mí, malvado engañador; no tendrás parte alguna en mí; mas Jesus estará conmigo como invencible capitan, y tú estarás confundido.

Más quiero morir y sufrir cualquier pena, que condescender contigo.

Calla y enmudece; no te oiré ya aunque más me importunes. *El*

Señor es mi luz y mi salud. ¿á quién temeré?

Aunque se oponga contra mi un ejército, no temerá mi corazón. El Señor es mi ayuda y mi Redentor.

7. Pelea como buen soldado; y si alguna vez cayeres por flaqueza de corazón, procura cobrar mayores fuerzas que las primeras, confiando de mayor favor mío, y guárdate mucho del vano contentamiento y de la soberbia.

Por esto muchos están engañados, y caen algunas veces en ceguedad casi incurable.

Sírvate de aviso y de perpétua humildad la caída de los soberbios, que locamente presumen de sí.

Capítulo VII.

Cómo se ha de encubrir la gracia bajo el velo de la humildad.

JESUCRISTO.

1. Hijo, te es más útil y más seguro encubrir la gracia de la

devocion, y no ensalzarte ni hablar mucho de ella ni estimarla mucho; sino despreciarte á tí mismo, y temer porque te se ha dado sin merecerla.

No es bien estar muy pegado á esta afeccion; porque se puede mudar presto en otra contraria.

Piensa cuando estás en gracia, cuán miserable y pobre sueles ser sin ella.

Y no está solo el aprovechamiento de la vida espiritual en tener gracia de consolacion, sino en que con humildad, abnegacion y paciencia lleves á bien que se te quite; de suerte que entónces; no aflojes en el cuidado de la oracion, ni dejes del todo las demás buenas obras que sueles hacer ordinariamente.

Mas como mejor pudieres y entendieres, haz de buena gana cuando está en tí, sin que por la sequedad ó angustia del espíritu que sientes, te descuides del todo.

2. Porque hay muchos que cuando las cosas no les suceden á

su placer, se hacen impacientes ó desidiosos.

Porque no está siempre en la mano del hombre su camino, sino que á Dios pertenece el dar y consolar cuando quiere y cuanto quiere, y á quien quiere, segun le agradare, y no más.

Algunos indiscretos se destruyeron á sí mismos por la gracia de la devocion; porque quisieron hacer más de lo que pudieron, no mirando la medida de su pequeñez, y siguiendo más el deseo de su corazon que el juicio de la razon.

Y porque se atrevieron á mayores cosas que Dios quería, por esto perdieron pronto la gracia.

Se hallaron pobres, y quedaron viles los que pusieron en el cielo su nido, para que humillados y empobrecidos aprendan á no volar con sus alas, sino á esperar debajo de las nias.

Los que aún son nuevos é inespertos en el camino del Señor, si no se gobiernan por el consejo de

discretos, fácilmente pueden ser engañados y perderse.

3. Si quieren más seguir su parecer que creer á los ejercitados, les será peligroso el fin, y si se niegan á ceder de su propio juicio.

Los que se tienen por sabios, rara vez sufren con humildad que otros los dirija.

Mejor es saber poco con humildad, y poco entender, que grandes tesoros de ciencia con vano contento.

Más te vale tener poco, que mucho con que te puede ensoberbecer.

No obra discretamente el que se entrega todo á la alegría, olvidando su primitiva miseria, y el casto temor del Señor, que recela perder la gracia concedida.

Ni tampoco sabe mucho de virtud el que en tiempo de adversidad y de cualquiera molestia se desanima demasiado, y no piensa ni siente de mí con la debida confianza,

4. El que quisiere estar muy seguro en tiempo de paz, se encontrará abatido y temeroso en tiempo de guerra.

Si supieses permanecer siempre humilde y pequeño para contigo, y moderar y regir bien tu espíritu, no caerías tan presto en peligro ni pecado.

Buen consejo es que pienses cuando estás con fervor de espíritu lo que puede ocurrir con la ausencia de la luz.

Cuando esto acaeciére, piensa que otra vez puede volver la luz, que para tu seguridad y gloria mia te quité por algun tiempo.

5. Más aprovecha muchas veces esta prueba, que si tu vieses de continuo á tu voluntad las cosas que deseas.

Porque los merecimientos no se han de calificar por tener muchas visiones ó consolaciones, ó porque sea uno entendido en la Escritura, ó por estar levantado en dignidad más alta.

Sino que consisten en estar fundado en verdadera humildad

y lleno de caridad divina en buscar siempre pura y enteramente la honra de Dios, en reputarse á sí mismo por nada, y verdaderamente despreciarse, y en desear más ser abatido y despreciado, que honrado de otros.

Capítulo VIII.

De la baja estimacion de si mismo ante los ojos de Dios.

EL ALMA.

1. *¿Hablaré á mi Señor, siendo yo polvo y ceniza?* Si por más me reputare, tú estás contra mí y mis maldades dan verdadero testimonio que no puede contradecir.

Mas si me humillare y anonadare, y dejare toda propia estimacion, y me volviere polvo (como lo soy), será favorable para mí tu gracia y tu luz se acercará á mi corazon, y toda estimacion,

por poca que sea, se hundirá en el valle de mi miseria, y perecerá para siempre.

Allí me haces conocer á mí mismo lo que soy, lo que fuí y en lo que he parado; porque soy nada y no lo conocí.

Abandonado á mis fuerzas, soy nada y todo flaqueza; pero al punto que tú me miras, luego me hago fuerte, y me lleno de gozo nuevo.

Y es cosa maravillosa por cierto como tan de repente soy levantado sobre mí, y abrazado de tí con tanta benignidad; siendo así que yo, segun mi propio peso, siempre voy á lo bajo.

2. Esto hace tu amor gratuitamente, anticipándose y socorriéndome en tanta multitud de necesidades, guardándome tambien de graves peligros; y librándome de males verdaderamente innumerables.

Porque yo me perdí amándome desordenadamente; pero buscándote á tí solo, y amándote puramente, me hallé á mí no menos

que á tí; y por el amor me anonadé más profundamente.

Porque tú, oh dulcísimo Señor, haces conmigo mucho más de lo que merezco y más de lo que me atrevo á esperar y pedir.

3. Bendito seas, Dios mio, que aunque soy indigno de todo bien, todavía tu liberalidad é infinita bondad nunca cesa de hacer bien aun á los desagradecidos y apartados lejos de tí.

Vuélvenos á tí para que seamos agradecidos, humildes y devotos; pues tú eres nuestra salud, virtud y fortaleza.

Capítulo IX.

Todas las cosas se deben referir á Dios como á último fin.

JESUCRISTO.

1. Hijo, yo debo ser tu supremo y último fin, si deseas de verdad ser bienaventurado.

Con este propósito se purificará tu deseo, que vilmente se abate

muchas veces á sí mismo, y á las criaturas.

Porque si en algo te buscas á tí mismo, luego desfalleces, y te quedas árido.

Atribúyelo, pues, todo principalmente á mí, que soy el que todo lo he dado.

Así, considera cada cosa como venida del Soberano Bien, y por esto todas las cosas se deben reducir á mi como á su origen.

2. De mí sacan agua como de fuente viva el pequeño y el rico; y los que me sirven de buena voluntad y libremente recibirán gracia por gracia.

Pero el que se quiere ensalzar fuera de mí ó deleitarse en algun bien particular, no será confirmado en el verdadero gozo, ni dilatado en su corazon, sino que estará impedido y angustiado de muchas maneras.

Por eso no te apropies á tí alguna cosa buena, ni atribuyas á algun hombre la virtud, sino refiérelo todo á Dios, sin el cual nada tiene el hombre.

Yo lo dí todo, yo quiero que se me vuelva todo; y con todo rigor exijo que se me den gracias por ello.

3. Esta es la verdad con que se destruye la vanagloria.

Y si la gracia celestial y la caridad verdadera entraren en el alma, no habrá envidia alguna ni quebranto de corazón, ni te ocupará el amor propio.

La caridad divina lo vence todo, y dilata todas las fuerzas del alma.

Si bien lo entiendes, en mí solo te has de alegrar, y en mí solo has de esperar; porque ninguno es bueno sino solo Dios, el cual es de alabar sobre todas las cosas, y debe ser bendito en todas ellas.

Capítulo X.

En despreciando el mundo, es dulce cosa servir á Dios.

EL ALMA.

1. Otra vez hablaré, Señor, ahora, y no callaré. Diré en los

oidos de mi Dios, mi Señor y mi Rey que está en el cielo:

¡Oh Señor, cuán grande es la abundancia de tu dulzura, que escondiste para los que te temen! Pero ¿qué eres para los que te aman? y ¿qué para los que te sirven de todo corazón?

Verdaderamente es inefable la dulzura de tu contemplacion, la cual das á los que te aman.

En esto me has mostrado singularmente tu dulce caridad, en que cuando yo no existía me criaste, y cuando erraba lejos de tí, me convertiste para que te sirviese, y me mandaste que te amase.

2. ¡Oh fuente de amor perenne! ¿qué diré de tí?

¿Cómo podré olvidarme de tí, que te dignaste de acordarte de mí, aun despues que yo me perdí y perecí?

Usaste de misericordia con tu siervo sobre toda esperanza, y sobre todo merecimiento me diste tu gracia y amistad.

¿Qué te volveré yo por esta gracia? Porque no se concede á

todos que, dejadas todas las cosas, renuncien al mundo y escojan vida retirada.

¿Por ventura es gran cosa que yo te sirva, cuando toda criatura está obligada á servirte?

No me debe parecer mucho servirte, sino más bien me parece grande y maravilloso que tú te dignaste de recibir por siervo á un tan pobre é indigno, y unirle con tus amados siervos.

3. Tuyas son, pues, todas las cosas que tengo y con que te sirvo.

Pero por el contrario, tú me sirves más á mí que yo á tí.

El cielo y la tierra que tu criaste para el servicio del hombre, están prontos, y hacen cada dia todo lo que les has mandado; y esto es poco, pues aún has destinado los ángeles para servicio del hombre.

Mas á todas estas cosas excede el que tú mismo te dignaste de servir al hombre, y le prometiste que te darías á tí mismo.

4. ¿Qué te daré yo por tantos millares de beneficios? ¡Oh! si

pudiese yo servirte todos los dias de mi vida!

¡Oh! si pudiese solamente, si- quiera un solo dia, hacerte algun digno servicio!

Verdaderamente tú solo eres digno de todo servicio, de toda honra y de alabanza eterna.

Verdaderamente tú solo eres mi Señor, y yo soy un pobre siervo tuyo, que estoy obligado á servirte con todas mis fuerzas, y nunca debo cansarme de alabarte.

Así lo quiero, así lo deseo; y lo que me falta, ruégote que tú lo suplas.

5. Grande honra y gran gloria es servirte, y despreciar todas las cosas por tí.

Por cierto grande gracia tendrán los que de toda voluntad se sujetaren á tu santísimo servicio.

Hallarán la suavísima consolacion del Espíritu Santo los que por amor tuyo despreciaren todo deleite carnal.

Alcanzarán gran libertad de corazon los que entran por senda

estrecha por amor tuyo, y por él desechan todo cuidado del mundo.

6. ¡Oh agradable y alegre servidumbre de Dios, con la cual se hace al hombre verdaderamente libre y santo!

¡Oh sagrado estado de la profesion religiosa, que hace al hombre igual á los ángeles, apacible á Dios, terrible á los demonios, y recomendable á todos los fieles!

¡Oh esclavitud digna de ser abrazada y siempre deseada, por la cual se merece el Sumo Bien, y se adquiere el gozo que durará sin fin.

Capítulo XI.

Los deseos del corazon se deben examinar y moderar.

JESUCRISTO

1. Hijo, aún te conviene aprender muchas cosas que no has entendido bien.

EL ALMA

2. ¡Qué cosas son estas, Señor!

JESUCRISTO

3. Que pongas tu deseo totalmente en sola mi voluntad, y no seas amador de tí mismo, sino afectuoso celador de lo que á mí me agrada.

Los deseos te encienden muchas veces, y te impelen con vehemencia; pero considera si te mueves por mi honra ó por tu provecho.

Si yo soy la causa, bien te contentarás de cualquier modo que yo lo ordenare; pero si algo tienes escondido de amor propio, con que siempre te buscas, mira que eso es lo que mucho te impide y agrava.

4. Guárdate, pues, no confíes demasiado en el deseo que tuviste sin consultarlo conmigo; porque puede ser que despues te arrepientas, y te descontente lo que primero te agradaba, y que por parecerte mejor lo deseaste.

Porque no se puede seguir luego cualquier deseo que parece bueno, ni tampoco huir á la primera vista toda aficion que parece contraria.

Conviene algunas veces reprimir el ímpetu, aun en los buenos ejercicios y deseos, porque no caigas por inoportunidad en distraccion del alma, y porque no causes escándalo á otros con tu indiscrecion, ó por la contradiccion de otros te turbes luego y deslices.

5. Tambien algunas veces conviene usar de fuerza, y de contradecir varonilmente al apetito sensitivo, y no cuidar de lo que la carne quiere ó no quiere, sino andar más solícito, para que esté sujeta al espíritu, aunque le pese.

Y debe ser castigada y obligada á sufrir la servidumbre hasta que esté pronta para todo, aprenda á contentarse con lo poco y holgarse con lo sencillo, y no murmurar contra lo que le es amargo.

Capítulo XII.

Declárase qué cosa sea paciencia,
y la lucha contra el apetito.

EL ALMA

1. Señor Dios, álo que yo echo de ver, la paciencia me es muy necesaria; porque en esta vida acaecen muchas adversidades.

Pues de cualquier suerte que ordenare mi paz, no puede estar mi vida sin batalla y dolor.

JESUCRISTO

2. Así es, hijo; pero no quiero que busques tal paz, que carezca de tentaciones, y no sienta contrariedades.

Antes cuando fueres ejercitado en diversas tribulaciones, y probado en muchas contrariedades, entónces piensa que has hallado la paz.

Si dijeres que no puedes padecer mucho, ¿cómo sufrirás el fuego del Purgatorio?

De dos males siempre se ha de escojer el menor.

Por eso, para que puedas escapar de los tormentos eternos, estudia sufrir con paciencia por Dios los males presentes.

¿Piensas tú que sufren poco ó nada los hombres del mundo? No lo creas, aunque sean los más regalados.

3. Pero dirás que tienen muchos deleites y siguen sus apetitos, y por esto se les dá poco de algunas tribulaciones.

4. Mas aunque fuese así, que tengan cuanto quisieren, dime, ¿cuánto les durará?

Mira que los muy sobrados y ricos en el siglo desfallecerán como humo, y no habrá memoria de los gozos pasados.

Pues aún mientras viven no se huelgan en ellos sin amargura, congoja y miedo.

Porque de la misma cosa que se recibe el deleite, de allí

frecuentemente reciben la pena del dolor.

Justamente se procede con ellos; porque así como desordenadamente buscan y siguen los deleites, así los disfrutan con amargura y confusion.

¡Oh! cuán breves, cuán falsos, cuán desordenados y torpes son todos!

Mas por estar embriagados y ciegos no discurren; sino á la manera de estúpidos animales, por un poco de deleite de la vida corruptible, caen en la muerte del alma.

Por eso tú hijo, no sigas tus apetitos y quebranta tu voluntad.

Deléitate en el Señor, y te dará lo que le pidiere tu corazon.

5. Porque si quieres tener verdadero gozo, y ser consolado por mí abundantísimamente, tu suerte y bendicion estará en el desprecio de todas las cosas del mundo, y en cortar de tí todo deleite terreno, y así se te dará copiosa consolacion.

Y cuanto más te desviare de todo consuelo de las criaturas. tanto hallarás en mí más suaves y poderosas consolaciones.

Mas no las alcanzarás sin alguna pena, ni sin el trabajo de la pelea.

La costumbre te será contraria; pero la vencerás con otra costumbre mejor.

La carne resistirá; pero la refrenarás con el fervor del espíritu.

La serpiente antigua te instigará y exasperará; pero se ahuyentará con la oracion, y con el trabajo provechoso le cerrarás del todo la puerta.

Capitulo XIII.

De la obediencia del súbdito humilde á ejemplo de Jesucristo.

JESUCRISTO.

1. Hijo el que procura sustraerse de la obediencia, él mismo se aparta de la gracia; y el que

quiere tener cosas propias, pierde las comunes.

El que no se sujeta de buena gana á su superior, señal es que su carne aún no le obedece perfectamente, sino que muchas veces se resiste y murmura.

Aprende, pues á sujetarte prontamente á tu superior, si deseas tener tu carne sujeta.

Porque tanto más presto se vence el enemigo exterior, cuanto no estuviere debilitado el hombre interior.

No hay enemigo peor ni más dañoso para el alma que tu mismo, si no estás bien avenido con el espíritu.

Necesario es que tengas verdadero desprecio de tí mismo, si quieres vencer la carne y la sangre.

Porque aún te amas muy desordenadamente, por eso temes sujetarte del todo á la voluntad de otros.

2. Pero ¿qué mucho es que tú, polvo y nada, te sujetes al hombre por Dios, cuando yo, Omnipotente

y Altísimo, que crié todas las cosas de la nada, me sujeté al hombre humiltemente por tí.

Me hice el más humilde y abatido de todos, para que vencieses tu soberbia con mi humildad.

Aprende, polvo, á obedecer; aprende tierra y lodo, á humillarte y á postrarse á los piés de todos.

Aprende á quebrantar tus inclinaciones, y rendirte á toda sujecion.

3. Enójate contra tí; y no sufras que viva en tí el orgullo; sino hazte tan sumiso y pequeño, que puedan todos ponerse sobre tí, y pisarte como el lodo de las calles.

¿Qué tienes, hombre despreciable de que quejarte?

¿Qué puedes contradecir, sordido pecador, á los que te maltratan, pues tantas veces ofendiste á tu Criador, y muchas mereciste el infierno?

Pero te perdonaron mis ojos, porque tu alma fué preciosa delante de mí, para que conocieses

mi amor, y fueses siempre agradecido á mis beneficios.

Y para que te dieses continuamente á la verdadera humildad y sujecion, y sufrieses con paciencia tu propio menosprecio.

Capítulo XIV.

Cómo se han de considerar los secretos juicios de Dios, para que no nos envanezcamos.

EL ALMA.

1. Tus juicios, Señor, me aterroran como un espantoso trueno, estremeciéndose todos mis huesos penetrados de temor y temblor, y mi alma queda despavorida.

Estoy atónito, considero que los cielos no son limpios en tu presencia.

Si en los ángeles hallaste maldad y no les perdonaste, ¿qué será de mí?

Cayeron las estrellas del cielo; y yo, que soy polvo, ¿qué presumo?

Aquellas cuyas obras parecían muy dignas de alabanza, cayeron al profundo; y los que comían pan de ángeles, ví deleitarse con el manjar de animales inmundos.

2. No hay, pues, santidad, si tú, Señor, apartas tu mano.

No aprovechará discrecion, si dejas de gobernar.

No hay fortaleza que ayude, si dejas de conservarla.

No hay castidad segura, si no la defiendes.

Ninguna propia guarda aprovecha, si nos falta tu santa vigilancia.

Porque en dejándonos tu, luego nos vamos á fondo y perecemos; pero visitados de tí, nos levantamos y vivimos.

Mudables somos; pero por tí estamos firmes; nos entiviamos, más tú nos enciendes.

3. ¡Oh! cuán vil y bajamente debo sentir de mí! ¡cuánto debo reputar por nada lo poco que acaso parezca tener de bueno!

¡Oh Señor! cuán profundamente me debo anegar en el

abismo de tus juicios, donde no me hallo ser otra cosa que nada y más que nada!

¡Oh peso inmenso! ¡oh piélago insondable, donde nada hallo de mí, sino ser nada en todo! ¿Pues dónde se esconde el fundamento de la vanidad? ¿dónde la confianza de mi propia virtud?

Anegase toda vanagloria en la profundidad de tus juicios sobre mí.

4. ¿Qué es toda carne en tu presencia?

Por ventura, ¿podrá gloriarse el lodo contra el que lo trabaja?

¿Cómo se puede engreir con vanas alabanzas el corazón que está verdaderamente sujeto á Dios?

Todo el mundo no ensoberbecerá á aquel á quien sujeta la verdad, ni se moverá por mucho que le alaben el que tiene firme toda su esperanza en Dios.

Porque todos los que hablan son nada, y con el sonido de las palabras fallecerán; pero la verdad del Señor permanece para siempre.

Capítulo XV.

Cómo se debe uno haber y decir en todas las cosas que deseare.

JESUCRISTO.

1. Hijo, en cualquier cosa dí así; Señor, si te agradare, hágase esto así.

Señor, si es honra tuya, hágase esto en tu nombre.

Señor, si vieres que me conviene, y hallares serme provechoso, concédemelo para que se use de ello á honra tuya.

Mas si conocieres que me sería dañoso, y nada provechoso á la salvacion de mi alma, desvía de mi tal deseo.

Porque no todo deseo procede del Espíritu Santo, aunque parezca justo y bueno al hombre.

Difícil es juzgar si te incita buen espíritu ó malo á desear esto ó aquello, ó si te mueve tu propio espíritu.

Muchos se hallan engañados al fin, que al principio parecían inspirados por buen espíritu.

2. Por eso siempre se debe desear y pedir con temor de Dios y humildad de corazón cualquier cosa apetecible que ocurriere al pensamiento, y sobre todo con propia resignación encomendarlo todo á mí diciendo:

Señor, tú sabes lo que es mejor: haz esto ó aquello, según te agradare.

Dá lo que quisieres, y cuanto quisieres, y cuando quisieres.

Haz conmigo como sabes, y como más te agradare, y fuere mayor honra tuya.

Pónme dónde quisieres, dispon de mí libremente en todo.

En tu mano estoy; vuélme y revuélveme á la redonda.

Ve aquí tu siervo dispuesto á todo; porque no deseo, Señor, vivir para mí sino para tí, ¡ojalá que viva digna y perfectamente!

Oracion para conseguir la voluntad
de Dios.

3. Concédeme, benignísimo Jesus, tu gracia para que esté conmigo, y obre conmigo, y persevere conmigo hasta el fin.

Dáme que desee y quiera siempre lo que te es más acepto y agradable á tí.

Tu voluntad sea la mía, y mi voluntad siga siempre la tuya, y se conforme en todo con ella.

Tenga yo un querer y no querer contigo; y no pueda querer ni no querer sino lo que tú quieres y no quieres.

4. Dáme, Señor, que muera á todo lo que hay en el mundo; y dáme que desee por tí ser despreciado y olvidado en este siglo.

Dáme, sobre todo lo que se puede desear, descansar en tí y aquietar mi corazon en tí.

Tú eres la verdadera paz del corazon; tú el único descanso: fuera de tí todas las cosas son molestas é inquietas,

En esta paz permanente, esto es, en tí, sumo y eterno bien, dormiré y descansaré. Amen.

Capítulo XVI.

En solo Dios se debe buscar el verdadero consuelo.

EL ALMA.

1. Cualquiera cosa que puedo desear ó pensar para mi consuelo no la espero aquí, sino en la otra vida.

Pues aunque yo solo tuviese todos los gustos del mundo, y pudiese usar de todos sus deleites, cierto es que no podrían durar mucho.

Así que no podrás, alma mía, estar cumplidamente consolada, ni perfectamente recreada sino en Dios, que es consolador de los pobres, y recibe los humildes.

Espera un poco, alma mía, espera la promesa divina, y tendrás

abundancia de todos los bienes en el cielo.

Si deseas desordenadamente estas cosas presentes, perderás las eternas y celestiales.

Sean las temporales para el uso: las eternas para el deseo.

No puedes saciarte de ningun bien temporal, porque no eres criada para gozar de lo caduco.

2. Aunque tengas todos los bienes criados, no puedes ser dichosa y bienaventurada; mas es Dios, que crió todas las cosas, consiste toda tu bienaventuranza y tu felicidad.

No como la que admiran y alaban los nécios amadores del mundo; sino como la que esperan los buenos y fieles discípulos de Cristo, y algunas veces la gustan los espirituales y limpios de corazón, cuya conversacion está en los cielos.

Vano es y breve todo consuelo humano.

El dichoso y verdadero consuelo es aquel que la verdad hace percibir interiormente.

El hombre devoto en todo lugar lleva consigo á su consolador Jesus, y le dice: Ayúdame, Señor, en todo lugar y tiempo.

Sea, pues, mi consolacion carecer de buena gana de todo humano consuelo.

Y si tu consolacion me faltare, sea me mayor consuelo tu voluntad y justa probacion.

Porque no estarás airado perpetuamente, ni enojado para siempre.

Capítulo XVII.



Toda nuestra atencion se ha de poner
en solo Dios.

JESUCRISTO.

1. Hijo, déjame hacer contigo lo que quiero; pues yo sé lo que te conviene.

Tú piensas como hombre, y sientes en muchas cosas como te sugiere el afecto humano.

EL ALMA.

2. Señor, verdad es lo que dices: mayor es el cuidado que tú tienes de mí, que todo el cuidado que yo puedo poner en mirar por mí.

Muy á peligro de caer está el que no pone toda su atencion en tí.

Señor, esté mi voluntad firme y recta contigo, y haz de mí lo que te agradare.

Que no puede ser sino bueno todo lo que tú hicieres de mí.

Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas; y si quieres que esté en luz, seas tambien bendito.

Si te dignares de consolarme, bendito seas; y si me quieres atribular, tambien seas bendito para siempre.

JESUCRISTO.

3. Hijo, así debes hacer si deseas andar conmigo.

Tan pronto debes estar para padecer como para gozar,

Tan de grado debes ser pobre y menesteroso, como abundante y rico.

EL ALMA.

4. Señor, de buena gana padeceré por tí todo lo que quisieres que venga sobre mí.

Indiferentemente quiero recibir de tu mano lo bueno y lo malo, lo dulce y lo amargo, lo alegre y lo triste; y te daré gracias por todo lo que me sucediere.

Guárdame de todo pecado, y no temeré la muerte ni el infierno.

Con tal que no me apartes de tí para siempre, ni me borres del libro de la vida, no me dañará cualquier tribulacion que venga sobre mí.

Capítulo XVIII.

Que se sufran con serenidad de ánimo las miserias temporales, á ejemplo de Cristo.

JESUCRISTO.

1. Hijo, yo bajé del cielo por tu salvacion; abracé tus miserias,

no por necesidad, sino por la caridad que me movía, para que aprendieses paciencia, y sufrieses sin enojo las miserias temporales.

Porque desde la hora en que nací, hasta la muerte en la cruz, no me faltaron dolores que sufrir.

Tuve mucha falta de las cosas temporales; oí muchas veces grandes quejas de mí, sufrí benignamente sinrazones y afrentas. Por beneficios recibí ingratiitudes, por milagros blasfemias, y por la doctrina reprensiones.

EL ALMA.

2. Señor. si tú fuiste paciente en tu vida, principalmente cumpliendo en esto el mandato de tu padre, justo es que yo, miserable pecador, sufra con paciencia segun tu voluntad, y mientras tú quisieres lleve por mí salvacion la carga de una vida corruptible.

Pues aunque la vida presente se siente ser pesada, ya ésta se ha hecho por tu gracia muy

meritoria, y más tolerable y esclarecida para los flacos por tu ejemplo y el de tus santos.

Y aún de mucho más consuelo de lo que fué en tiempo pasado, bajo la ley antigua, cuando estaba cerrada la puerta del cielo, y el camino parecía tan oscuro, que eran raros los que tenían cuidado de buscar el reino de los cielos.

Pero aún los que entónces eran justos, y se habían de salvar, no podían entrar en el reino celestial, hasta que llegase tu pasión, y la satisfacción de tu sagrada muerte.

3. ¡Oh! cuántas gracias debo darte, porque te dignastes de mostrarme á mi y á todos los fieles, el camino derecho y bueno de tu eterno reino!

Porque tu vida es nuestro camino, y por la santa paciencia vamos á tí, que eres nuestra corona.

Si tú no nos hubieras precedido y enseñado, ¿quién cuidaría de seguirte?

¡Ay! cuántos quedarían léjos y muy atrás, sino mirasen tus heroicos ejemplos!

Si con todo eso aún estamos tibios, despues de haber oido tantas maravillas y lecciones tuyas, ¿qué haríamos si nouviésemos tanta luz para seguirte?

Capítulo XIX.

De la tolerancia de las injurias, y cómo se prueba el verdadero paciente.

JESUCRISTO.

1. Hijo, ¿qué es lo que dices? Cesa de quejarte, considerando mi pasion y la de los santos.

Aún no has resistido hasta derramar sangre.

Poco es lo que padeces, en comparacion de lo que padecieron tantos, tan fuertemente tentados, tan gravemente atribulados, probados y ejercitados de tan diversos modos.

Conviénete, pues, traer á la memoria las cosas muy graves de otros para que fácilmente sufras tus pequeños trabajos.

Y si no te parecen pequeños, mira no lo cause tu impaciencia.

Pero sean grandes ó pequeños, procura llevarlos todos con paciencia.

2. Cuanto más te dispones para padecer, tanto más cuerda-mente obras, y más mereces, y lo llevarás tambien más ligera-mente si preparas con diligencia tu ánimo, y lo acostumbras á esto.

No digas: No puedo sufrir esto de aquel hombre, ni debo aguantar semejantes cosas; porque me injurió gravemente, y me levanta cosas que nunca pensé; mas de otro sufriré de grado, y segun me pareciere se debe sufrir.

Indiscreto es tal pensamiento, que no considera la virtud de la paciencia, ni mira quien la ha de galardonar; antes se ocupa en hacer caso de las personas, y de las injurias que le hacen.

3. No es verdadero paciente el que no quiere padecer sino lo que le acomoda, y de quien le parece.

El verdadero paciente no mira quien le ofende, si es superior, igual ó inferior; si es hombre bueno y santo, ó perverso é indigno.

Sino que cualquier adversidad que le venga de cualquier criatura indiferentemente y en cualquier tiempo, la recibe de buena gana, como de la mano de Dios, y la estima por mucha ganancia.

Porque nada de cuanto se padece por Dios, por poco que sea, puede pasar sin mérito ante su divino acatamiento.

4. Está pues, preparado para la batalla, si quieres conseguir la victoria.

Sin pelear no puedes alcanzar la corona de la paciencia.

Si no quieres padecer, rehusa ser coronado, pero si deseas ser coronado, pelea varonilmente, sufre con paciencia.

Sin trabajo no se llega al descanso, ni sin pelear se consigue la victoria.

EL ALMA.

5. Hazme, Señor, posible por la gracia, lo que me parece imposible por mi naturaleza.

Tú sabes cuán poco puedo yo padecer, y que presto desfallezco á la más leve adversidad.

Séame por tu nombre amable y deseable cualquier ejercicio de paciencia; porque el padecer y ser atormentado por tí, es de gran salud para mi alma.

Capítulo XX.

De la confesion de la propia flaqueza
y de las miserias de esta vida.

EL ALMA.

1. Confesaré, Señor, contra mí mismo mi iniquidad; te confesaré mi flaqueza.

Muchas veces es una cosa bien pequeña la que me abate y entristece.

Propongo pelear varonilmente; mas en viniendo una pequeña tentacion me lleno de angustia.

Algunas veces de la cosa más despreciable me viene una grave tentacion.

Y cuando me creo algun tanto seguro, cuando no lo advierto, me hallo á veces casi vencido y derribado de un ligero soplo.

2. Mira, pues, Señor, mi bajeza y fragilidad, que te es bien conocida.

Compadécete, y sácame del lodo, porque no sea atollado, y quede dasamparado del todo.

Esto es lo que continuamente me acobarda y confunde delante de tí; ver que tan deleznable y flaco soy para resistir á las pasiones.

Y aunque no me induzcan enteramente al consentimiento, sin embargo me es molesto y pesado el domarlas, y muy tedioso el vivir así siempre en combate. En

esto conozco yo mi flaqueza, en que las abominables imaginaciones más fácilmente vienen sobre mí que se van.

3. ¿Ojalá, fortísimo Dios de Israel, celador de las almas fieles, mires el trabajo y dolor de tu siervo, y le asistas en todo lo que emprendiere!

Fortifícame con fortaleza celestial, de modo que ni el hombre viejo, ni la carne miserable, aún no bien sujeta al espíritu, pueda señorearme: contra la cual conviene pelear en tanto que vivimos en este miserabilísimo mundo.

¡Ay! ¡Cuál es esta vida, donde no faltan tribulaciones y miserias, donde todas las cosas están llenas de lazos y enemigos!

Porque en faltando una tribulacion ó tentacion viene otra; y aún antes que se acabe el combate de la primera, sobrevienen otras muchas no esperadas.

4. Y ¿cómo se puede amar una vida llena de tantas amarguras, sujeta á tantas calamidades y miserias?

Y cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y pestes?

Con todo esto se ama, y muchos la quieren para deleitarse en ella.

Muchas veces nos quejamos de que el mundo es engañoso y vano; mas no por eso lo dejamos fácilmente; porque los apetitos sensuales nos señorean demasiado.

Unas cosas nos incitan á amar al mundo, y otras á despreciarlo.

Nos incitan á amarlo la sensualidad, la codicia y la soberbia de la vida; pero las penas y miserias que les siguen, causan tédio y aversion al mundo.

5. Pero ¡oh dolor! que vence el deleite al alma que está entregada al mundo, y tiene por gusto estar envuelta en espinas: porque ni vió ni gustó la suavidad de Dios, ni el interior gozo de la virtud.

Mas los que perfectamente desprecian el mundo, y trabajan en vivir para Dios en santa vigilancia, saben que está prometida la

divina dulzura á quien de veras se renunciare á sí mismo, y ven más claro cuán gravemente yerra el mundo, y de muchas maneras se engaña.

Capítulo XXI.

Solo se ha de descansar en Dios
sobre todas las cosas.

EL ALMA.

1. Alma mia, descansa sobre todas y en todas las cosas siempre en Dios, que es el eterno descanso de los santos.

Concédeme tú, dulcísimo y amantísimo Jesús, que descansen en tí sobre todas las cosas criadas; sobre toda salud y hermosura; sobre toda gloria y honra; sobre todo poder y dignidad; sobre toda ciencia y sutileza; sobre todas las riquezas y artes; sobre toda alegría y gozo; sobre toda fama y alabanza; sobre toda suavidad y

consolacion; sobre toda esperanza y promesa; sobre todo merecimiento y deseo; sobre todos los dones y regalos que puedes dar y enviar; sobre todo gozo y dulzura que el alma puede recibir y sentir; y en fin sobre todos los ángeles y arcángeles, y sobre todo el ejército celestial; sobre todo lo visible é invisible; y sobre todo lo que no es lo que eres tú, Dios mio!

2. Porque tú, Señor Dios mio, eres bueno sobre todo; tú solo altísimo; tú solo potentísimo; tu solo sufficientísimo y llenísimo; tú solo suavísimo y agradabilísimo.

Tú solo hermosísimo y amantísimo; tú solo nobilísimo y gloriosísimo sobre todas las cosas, en quien están, estuvieron y estarán todos los bienes junta y perfectamente.

Por eso es poco é insuficiente cualquier cosa que me das ó prometes, ó me descubres de tí mismo no viéndote ni poseyéndote cumplidamente.

Porque no puede mi corazon descansar del todo y contentarse verdaderamente, si no descansa en tí trascendiendo todos los dones y todo lo criado.

3. ¡Oh esposo mio amantísimo Jesucristo, amador purísimo, señor de todas las criaturas! ¿quién me dará alas de verdadera libertad para volar y descansar en tí?

¡Oh! ¿Cuándo me será concedido ocuparme en tí cumplidamente, y ver cuán suave eres, Señor Dios mio?

¿Cuándo me recogeré del todo en tí, que ni me sienta á mí por tu amor, sino á tí solo sobre todo sentido y modo, y de un modo no manifiesto á todos?

Pero ahora muchas veces gimo y llevo mi infelicidad con dolor.

Porque en este valle de miserias acaecen muchos males que me turban á menudo, me entristecen y anublan; muchas veces me impiden y distraen, halagan y embarazan para que no tenga libre la entrada á tí y no goce de tus

suaves abrazos, los cuales sin impedimento gozan los espíritus bienaventurados.

Muévante mis suspiros, y la grande desolacion que hay en la tierra.

4. ¡Oh Jesus, resplandor de la eterna gloria, consolacion del alma que anda peregrinando.

Delante de tí está mi boca muda, y mi silencio te habla.

¿Hasta cuándo tarda en venir mi Señor?

Venga á mí, pobrecito suyo, y lléname de alegría. Extienda su mano, y libre á este miserable de toda angustia.

Yen, ven; pues sin tí ningun dia ni hora será alegre; porque tú eres mi gozo, y sin tí está vacía mi mesa.

Miserable soy, y como encarcelado y preso con grillos, hasta que tú me recrees con la luz de tu presencia, y me pongas en libertad, y muestres tu amigable rostro.

5. Busquen otros lo que quisieren en lugar de tí, que á mí

ninguna otra cosa me agrada, ni agradará sino tú, Dios mio, esperanza mía, salud eterna.

No callaré, ni cesaré de clamar hasta que tu gracia vuelva y me hables interiormente.

JESUCRISTO.

6. Aquí estoy, á tí he venido, pues me llamaste. Tus lágrimas, y el deseo de tu alma, y tu humildad, y la contricion de tu corazon me han inclinado y traído á tí.

EL ALMA.

7. Y dije: Señor, yo te llamé, y deseé gozar de tí, dispuesto á menospreciarlo todo por tí.

Pero tú primero me despertaste para que te buscasse.

Seas, pues, bendito, Señor, que hiciste con tu siervo este beneficio, segun la muchedumbre de tu misericordia.

¿Qué tiene más que decir tu siervo delante de tí sino humillarse mucho en tu acatamiento,

acordándose siempre de su propia maldad y vileza?

Porque no hay semejante á tí en todas las maravillas del cielo y de la tierra.

Tus obras son perfectísimas, tus juicios verdaderos, y por tu providencia se rige el universo.

Por eso alabanza y gloria á tí, ¡oh sabiduría del Padre! Alábate y bendígate mi boca, mi alma, y juntamente todo lo criado.

Capítulo XXII.

De la memoria de los innumerables beneficios de Dios.

EL ALMA.

1. Abre, Señor, mi corazón á tu ley, y enséñame á andar en tus mandamientos.

Cencédeme que conozca tu voluntad, y con gran reverencia y diligente consideracion tenga en la memoria tus beneficios, así generales como especiales, para que

pueda de aquí adelante darte dignamente gracias.

Mas yo sé y confieso que no puedo darte las debidas alabanzas y gracias por el más pequeño de tus beneficios.

Yo soy menor que todos los bienes que me has hecho; y cuando miro tu generosidad, desfallece mi espíritu á vista de su grandeza.

2. Todo lo que tenemos en el alma y en el cuerpo, y cuantas cosas poseemos en lo interior ó en lo exterior, natural ó sobrenaturalmente, son beneficios tuyos, y te engrandecen, como bienhechor, piadoso y bueno, de quien recibimos todos los bienes

Y aunque uno reciba más y otro menos, todo es tuyo, y sin tí no se puede alcanzar la menor cosa.

El que más recibió, no puede gloriarse de su merecimiento, ni estimarse sobre los demás, ni desdeñar al menor; porque aquel es mayor y mejor que menos se atribuye á sí, y es

más humilde, devoto y agradecido.

Y el que se tiene por más vil que todos, y se juzga por más indigno, está mas dispuesto para recibir mayores dones

3. Mas el que recibió menos, no se debe entristecer, indignarse. ni envidiar el que tiene más; antes debe reverenciarte, y engrandecer sobremanera tu bondad, que tan copiosa, gratuita y liberalmente reparte tus beneficios, sin acepcion de personas.

Todo procede de tí, y por lo mismo en todo debes ser alabado.

Tú sabes lo que conviene darse á cada uno. Y por qué tiene uno menos y otros más, no nos toca á nosotros discernirlo, sinó á tí, que sabes determinadamente los merecimientos de cada uno.

4. Por eso, Señor Dios, tengo tambien por grande beneficio no tener muchas cosas de las cuales me alaben y honren los hombres; de modo que cualquiera que considerare la pobreza, y vileza de su persona, no solo no recibirá

pesadumbre, ni tristeza, ni abatimiento, sino más bien consuelo y grande alegría.

Porque tú, Dios, escogiste para familiares domésticos tuyos á los pobres, bajos y despreciados de este mundo.

Testigos son tus mismos apóstoles, á quienes constituiste príncipes sobre toda la tierra.

Mas conversaron en el mundo sin queja y fueron tan humildes y sencillos; viviendo tan sin malicia ni fraude, que se alegraban de padecer injurias por tu nombre, y abrazaban con grande afecto lo que el mundo aborrece.

5. Por eso ninguna cosa debe alegrar tanto al que te ama y reconoce tus beneficios, como tu voluntad para con él, y el beneplácito de tu eterna disposicion.

Lo cual le ha de consolar de manera que quiera tan voluntariamente ser el menor de todos como desearía otro ser el mayor.

Y así tan pacífico y contento debe estar en el último lugar como en el primero; y tan de

buena gana sufrir verse despreciado y desechado, y no tener nombre y fama, como si fuese el más honrado y mayor del mundo.

Porque tu voluntad y el amor de tu honra ha de ser sobre todas las cosas; y más se debe consolar y contentar una persona con esto, que con todos los beneficios recibidos, ó que puede recibir.

Capítulo XXIII.

Cuatro cosas que causan gran paz.

JESUCRISTO.

1. Hijo, ahora te enseñaré el camino de la paz y de la verdadera libertad.

EL ALMA.

2. Haz, Señor, lo que dices, que me alegro mucho de oirlo.

JESUCRISTO.

3. Procura, hijo, hacer antes la voluntad de otro que la tuya.

Escoge siempre tener menos que más.

Busca siempre el lugar más bajo, y está sujeto á todos.

Desea siempre, y ruega que se cumpla en tí enteramente la divina voluntad.

Así entrarás en los términos de la paz y descanso.

EL ALMA.

4. Señor, este tu breve sermón mucha perfeccion contiene en sí.

Corto es en las palabras, pero lleno de sentido y de copioso fruto.

Que si lo pudiese yo fielmente guardar, no había de entrar en mí la turbacion tan facilmente.

Porque cuantas veces me siento inquieto y agravado, hallo haberme apartado de esta doctrina.

Mas tú que todo lo puedes, y buscas siempre el provecho del alma, dame gracia más abundante para que pueda cumplir tu

doctrina, y hacer lo que importa para mi salvacion.

Oraçion contra los malos pensamientos.

5. Señor, Dios mio, no te alejes de mí: Dios mio, cuida de ayudarme, pues se han levantado contra mí varios pensamientos y grandes temores que afligen mi alma.

¿Cómo saldré sin daño? Cómo los desecharé?

6. Yo, dices, iré delante de tí, y humillaré los soberbios de la tierra. Abriré las puertas de la cárcel, y te revelaré los secretos de las cosas escondidas.

7. Haz, Señor, como lo dices, y huyan de tu presencia todos los malos pensamientos.

Esta es mi esperanza y única consolacion, acudir á tí en toda tribulacion, confiar en tí, invocarte de veras, y esperar constantemente que me consueles.

Oracion pidiendo la luz del entendimiento.

8. Alúmbrame, buen Jesus, con la claridad de tu lumbre interior, y quita de la morada de mi corazon toda tiniebla.

Refrena mis muchas distracciones, y quebranta las tentaciones que me hacen violencia.

Pelea fuertemente por mí, y ahuyenta las malas bestias, que son los apetitos halagüeños, para que venga la paz con tu virtud, y resuene la abundancia de tu alabanza en el santo palacio; esto es, en la conciencia limpia.

Manda á los vientos y tempestades. Dí al mar: Sosiégate; y al cierzo: No soples; y habrá gran bonanza.

9. Envía tu luz y tu verdad para que resplandezcan sobre la tierra, por que soy tierra vana y vacía hasta que tú me alumbres.

Derrama de lo alto tu gracia; riega mi corazon con el rocío celestial; concédeme las aguas de la devocion para sazonar la

superficie de la tierra; porque produzca fruto bueno y perfecto.

Levanta el ánimo oprimido con el peso de los pecados, y emplea todo mi deseo en las cosas del cielo; porque despues de gustada la suavidad de la felicidad celestial me sea enfadoso pensar en la terrestre.

10. Apártame y líbrame de la transitoria consolacion de las criaturas; porque ninguna cosa criada basta para aquietar y consolar cumplidamente mi apetito.

Uneme á tí con el vínculo inseparable del amor; porque tú solo bastas al que te ama, y sin tí todas las cosas son despreciables.

Capitulo XXIV.

Cómo se ha de evitar la curiosidad de saber las vidas ajenas.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no quieras ser curioso, ni tener cuidados impertinentes.

¿Qué te va á tí de esto ó de lo otro? Sígueme tú.

¿Qué te importa que aquel sea tal ó cual; ó que éste viva ó hable de éste ó del otro modo?

No necesitas tú responder por otros, sino dar razon de tí mismo. ¿Pues por qué te ocupas en eso?

Mira que yo conozco á todos; veo cuanto pasa debajo del sol, y sé de qué manera está cada uno, qué piensa, qué quiere, y á qué fin dirige su intencion.

Por eso se deben encomendar á mí todas las cosas; pero tú consérvate en santa paz, y deja al bullicioso hacer cuanto quisiere.

Sobre él vendrá lo que hiciere, porque no puede engañarme.

2. No tengas cuidado de la autoridad y gran nombre, ni de la familiaridad de muchos, ni del amor particular de los hombres.

Porque esto causa distracciones y grandes tinieblas en el corazon.

De buena gana te hablaría mi palabra y te revelaría mis secretos, si tu esperases con diligencia

mi venida, y me abrieses la puerta del corazon.

Está apercebido, y vela en oracion, y humíllate en todo.

Capitulo XXV.

En qué consiste la paz firme del corazon, y el verdadero aprovechamiento.

JESUCRISTO.

1. Hijo, yo dije: *La paz os dejo, mi paz os doy; y no la doy como la dá el mundo.*

Todos desean la paz; mas no tienen todos cuidado de las cosas que pertenecen á la verdadera paz.

Mi paz está con los humildes y mansos de corazon. Tu paz la hallarás en la mucha paciencia.

Si me oyeres y siguieres mi voz, podrás gozar de mucha paz.

EL ALMA.

2. ¿Pues qué haré?

JESUCRISTO.

3. Mira en todas las cosas lo que haces y lo que dices, y dirige toda tu intencion al fin de agradarme á mí solo, y no desear ni buscar nada fuera de mí.

Ni juzgues temerariamente de los hechos ó dichos ajenos, ni te entremetas en lo que no te han encomendado: con esto podrá ser que poco ó tarde te turbes.

Porque el no sentir alguna tribulacion, ni sufrir alguna fatiga en el corazon ó en el cuerpo, no es de este siglo, sino propio del eterno descanso.

No juzgues, pues, haber hallado la verdadera paz, porque no sientas alguna pesadumbre; ni que ya es todo bueno, porque no tengas ningun adversario; ni que está la perfeccion en que todo te suceda segun tú quieres.

Ni entónceste reputes por grande ó digno especialmente de amor, porque tengas gran devocion y dulzura; porque en estas cosas

no se conoce el verdadero amador de la virtud, ni consiste en ellas el provecho y perfeccion del hombre.

EL ALMA.

4. ¿Pues en qué consiste, Señor?

JESUCRISTO.

5. En ofrecerte de todo tu corazon á la divina voluntad, no buscando tu interés en lo poco, ni en lo mucho, ni en lo temporal, ni en lo eterno.

De manera que con rostro igual, des gracias á Dios en las cosas prósperas y adversas, pesándolo todo con un mismo peso.

Si fueres tan fuerte y firme en la esperanza que, quitándote la consolacion interior, aún esté dispuesto tu corazon para padecer mayores penas, y no te justifiques, diciendo que no debieras padecer tales ni tantas cosas, sino que me tuvieses por justo y alabares por santo en todo lo que yo

ordenare, cree entónces que andas en el recto y verdadero camino de la paz, y podrás tener esperanza cierta de ver nuevamente mi rostro con júbilo.

Y si llegares al perfecto menosprecio de tí mismo, sábete que entónces gozarás de abundancia de paz, cuanto cabe en este destierro.

Capitulo XXVI.

De la elevacion del espíritu libre, la cual se alcanza mejor con la oracion humilde que con la lectura.

EL ALMA.

1. Señor, obra es de varon perfecto no entibiar nunca el ánimo en la consideracion de las cosas celestiales, y entre muchos cuidados pasar casi sin cuidado, no á la manera de un estúpido, sino con la prerogativa de un alma libre, que no pone desordenado afecto en criatura alguna.

2. Ruégote, piadosísimo Dios mio, que me aparte de los cuidados de esta vida, para que no me embarace demasiado en ellos; para que no me deje llevar del deleite ni de las muchas necesidades del cuerpo; para que no pierda el fruto con los muchos obstáculos y molestias del alma.

No hablo de las cosas que la vanidad mundana desea con tanto afecto; sino de aquellas miserias que penosamente agravan y detienen el alma de tu siervo, con la comun maldicion de los mortales; para que no pueda alcanzar la libertad del espíritu cuantas veces quisiere.

3. ¡Oh Dios mio, dulzura infame! Conviérteme en amargura todo consuelo carnal, que me aparta del amor de los eternos, lisonjeándome torpemente con la vista de bienes temporales que deleitan.

No me venza, Dios mio, no me venza la carne y la sangre; no me engañe el mundo y su breve

gloria; no me derribe el demonio y su astucia.

Dáme fortaleza para resistir, paciencia para sufrir, constancia para perseverar.

Dáme en lugar de todas las consolaciones del mundo la suavísima unción de tu espíritu; y en lugar del amor carnal infúndeme el amor de tu nombre.

4. Porque muy embarazosas son para el espíritu fervoroso la comida, la bebida, el vestido, y todas las demás cosas necesarias para sustentar el cuerpo.

Concédeme usar de todo lo necesario templadamente, y que no me ocupe en ello con sobrado afecto.

No es lícito dejarlo todo, porque se ha de sustentar la naturaleza; pero la ley santa prohíbe buscar lo supérfluo y lo que más deleita; porque de otro modo la carne se rebelará contra el espíritu.

Ruégote, Señor, que me rija y enseñe tu mano en estas cosas para que en nada me exceda.

Capítulo XXVII.

El amor propio nos desvía mucho del bien eterno.

JESUCRISTO.

1. Hijo, conviene que lo des todo por el todo; y no ser nada de tí mismo.

Sabe que el amor propio te daña más que ninguna cosa del mundo.

Segun fuere el amor y aficion que tienes á las cosas, estarás más ó menos ligado á ellas.

Si tu amor fuere puro, sencillo y bien ordenado, no serás esclavo de ninguna.

No codicies lo que no te conviene tener.

Ni quieras tener cosa que te pueda impedir y quitar la libertad interior.

Es de admirar que no te entregues á mí de lo íntimo del corazón, con todo lo que puedes tener ó desear.

2. ¿Por qué te consumes con vana tristeza? ¿Por qué te fatigas con superfluos cuidados?

Está á mi voluntad, y no sentirás daño alguno.

Si buscas esto ó aquello, y quisieres estar aquí ó allí por tu provecho y propia voluntad, nunca tendrás quietud, ni estarás libre de cuidados; porque en todas las cosas hay alguna falta, y en cada lugar habrá quien te ofenda.

5. Y así, no cuàlquier cosa alcanzada ó multiplicada exteriormente aprovecha; sino más bien la despreciada y desarraigada del corazon.

No entiendas eso solamente de las posesiones y de las riquezas; sino tambien de la ambicion de la honra, y deseo de vanas alabanzas, todo lo cual pasa con el mundo.

Importa poco el lugar si falta el fervor del espíritu; ni durará mucho la paz buscada por defuera si falta el verdadero fundamento de la disposicion del corazon; quiero decir, si no estuvieses en

mí, puedes mudarte, pero no mejorarte.

Porque en llegando y agradando la ocasion, hallarás lo mismo que huías, y más.

Oracion para pedir la limpieza de corazon;
y la sabiduria celestial.

EL ALMA.

4. Confírmame, Señor, en la gracia del Espíritu Santo.

Dáme esfuerzo para fortalecerme en mi interior, y desocupar mi corazon de toda inútil solicitud y congoja, y para que no me lleven tras sí, tan varios deseos por cualquier cosa vil ó preciosa; sino que las mire todas como pasajeras, y á mí mismo como que he de pasar con ellas.

Porque nada hay permanente debajo del sol, adonde todo es vanidad y afliccion de espíritu. ¡Oh! cuán sábio es el que así piensa!

5. Dáme, Señor, sabiduría celestial, para que aprenda á buscar y hallarte sobre todas las

cosas, gustarte y amarte sobre todas y entender lo demás como es, segun el órden de tu sabiduría.

Dáme prudencia para desviarme del lisongero, y sufrir con paciencia el adversario.

Porque esta es muy gran sabiduría, no moverse á todo viento de palabras, ni tampoco dar oídos á la engañosa sirena, pues así se anda con seguridad el camino del cielo.

Capítulo XXVIII.



Contra las lenguas maldicientes.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no te enojés si algunos tuvieren mala opinion de tí, y dijeren lo que no quisieras oír.

Tú debes sentir de tí peores cosas, y tenerte por el más flaco de todos.

Si andas dentro de tí, no apreciarás mucho las palabras que vuelan.

No es poca prudencia callar en el tiempo adverso, y volverse á mí corazon, sin turbarse por los juicios humanos.

2. No esté tu paz en la boca de los hombres; pues si pensaren de tí bien ó mal no serás por eso hombre diferente.

¿Dónde está la verdadera paz y la verdadera gloria sino en mí?

Y el que no desea contentar á los hombres, ni teme desagradarlos, gozará de mucha paz.

Del desordenado amor y vano temor nace todo desasosiego del corazon, y la distraccion de los sentidos.

Capitulo XXIX.

Cómo debemos llamar á Dios y bendecirle en el tiempo de la tribulacion.

EL ALMA.

1. Sea tu nombre, Señor, para siempre bendito, que quisiste que viniese sobre mí esta tentacion y tribulacion.

Yo no puedo huirla; sino que necesito acudir á tí, para que me ayudes, y me la conviertas en provecho.

Señor, ahora estoy atribulado, y no le va bien á mi corazon; si no que me atormenta mucho esta pasion.

Y ¿qué diré ahora, Padre amado? rodeado estoy de angustias. Sálvame en esta hora.

Mas he llegado á este trance, para que seas tú glorificado cuando yo estuviere muy humillado y fuere librado por tí.

Dígnate, Señor, librarme; porque yo, pobre, ¿qué puedo hacer, y á donde iré sin tí?

Dáme paciencia, Señor, tambien en este trance.

Ayúdame, Dios mio, y no temeré por más atribulado que me halle.

2. Y entre estas congojas, ¿qué diré ahora?

Hágase, Señor, tu voluntad. Bien he merecido yo ser atribulado y angustiado.

Aún me conviene sufrir; y jojalá sea con paciencia, hasta que

pase la tempestad y haya bonanza!

Pues poderosa es tu mano omnipotente para quitar de mí esta tentacion, y amansar su furor, porque del todo no caiga; así como antes lo has hecho muchas veces conmigo, Dios mio, misericordia mía.

Y cuanto para mí es más difícil, tanto es para tí fácil esta mudanza de la diestra del Altísimo.

Capítulo XXX.



Cómo se ha de pedir el favor divino, y de la confianza de recobrar la gracia.

JESUCRISTO.

1. Hijo, yo soy el Señor, que conforta en el día de la tribulacion.

Ven á mí, cuando no te hallares bien.

Lo que más impide la consolacion celestial, es que muy tarde vuelves á la oracion.

Porque antes de orar con atencion, buscas muchas consolaciones, y te recreas en lo exterior.

De aquí viene que todo te aprovecha poco, hasta que conozcas que yo soy el que libro á los que esperan en mí; y fuera de mí no hay auxilio eficaz, consejo provechoso, ni remedio durable.

Mas recobrado el aliento despues de la tempestad, esfuérzate á la luz de mis misericordias; porque cerca estoy (dice el Señor) para reparar todo lo perdido, no solo cumplida, sino abundante y colmadamente.

2. ¿Por ventura hay cosa difícil para mí? ¿O seré yo como el que dice y no hace?

¿Donde está tu fé? Ten firmeza y perseverancia.

Sé varon fuerte y magnánimo, y á su tiempo te llegará el consuelo.

Espérame, espera; yo vendré y te curaré.

Tentacion es la que te atormenta, y vano temor el que te espanta.

¿Qué aprovecha el cuidado de lo que está por venir sino para tener tristeza sobre tristeza? *Bás-tale á cada dia su molestia.*

Vana cosa es y sin provecho entristecerse ó alegrarse de lo venidero, que quizás nunca acacerá.

3. Pero es propio de la humana flaqueza engañarse con tales imaginaciones; y tambien es señal de poco ánimo dejarse burlar tan ligeramente del enemigo.

Pues él no cuida que sea verdadero ó falso aquello con que nos burla ó engaña; ó si derribará con el amor de lo presente, ó con el temor de lo futuro.

No se turbe, pues, ni tema tu corazon.

Cree en mí, y ten confianza en mi misericordia.

Cuando piensas que estás lejos de mí, estoy más cerca de tí regularmente.

Cuando piensas que está todo casi perdido, entónces muchas veces está cerca la ganancia del merecer.

No está todo perdido cuando alguna cosa te sucede contraria.

No debes juzgar como sientes ahora, ni embarazarte ni acongojarte con cualquier contrariedad que te venga, como si no hubiese esperanza de remedio.

4. No te tengas por desamparado del todo, aunque te envíe á tiempos alguna tribulacion, ó te prive del consuelo deseado; porque de este modo se llega al reino de los cielos.

Y sin duda te conviene más á tí, y á los demás siervos míos, ser ejercitados en adversidades, que si todo os sucediese á vuestro gusto.

Yo penetro los secretos; y sé que te conviene mucho para tu bien, que algunas veces te deje desconsolado; para que no te ensoberbezcas en los sucesos prósperos, ni quieras complacerte en tí mismo por lo que no eres.

Lo que yo te dí te lo puedo quitar, y volvértelo cuando me agradare.

5. Cuando te lo diere, mio es: cuando te lo quitáre, no tomo

cosa tuya, pues *mia es cualquier dádiva buena, y todo don perfecto.*

Si te enviare pesadumbre, ó alguna contrariedad, no te indignes, ni desfallezca tu corazon.

Presto puedo levantarte, y mudar toda pena en gozo.

Justo soy, y digno de ser alabado, cuando así me porto contigo.

6. Si bien lo entiendes y lo miras á la luz de la verdad, nunca te debes entristecer, ni descaecer tanto por las adversidades; sino antes holgarte más y darme gracias.

Y tener por único gozo el ver que afligiéndote con dolores, no te contemplo.

Así como me amó el Padre, yo os amo, dije á mis amados discípulos, los cuales no envié á gozos temporales, sino á grandes peleas; no á honras, sino á desprecios; no á ocio, sino á trabajos; no al descanso, sino á recoger grandes frutos de paciencia. Acuérdate, hijo mio, de estas palabras.

Capítulo XXXI.

Del desprecio de todas las criaturas para
hallar al Criador.

EL ALMA.

1. Señor, necesaria me es aún mayor gracia, si tengo de llegar á donde nadie ni criatura alguna me puedan embarazar.

Porque mientras que alguna cosa me detiene, no puedo volar á tí libremente.

Deseaba volar libremente el que decía: *Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?*

¿Qué cosa hay más quieta que la pura intencion? Y ¿quién más libre que el que nada desea en la tierra?

Por eso conviene levantarse sobre todo lo criado, y olvidarse totalmente de sí mismo, elevándose, y quedando suspenso para ver que tú, Criador de todo, no

tienes semejanza con las criaturas.

Y el que no se desocupare de lo criado, no podrá libremente entender en lo divino.

Por esto, pues, se hallan pocos contemplativos, porque son raros los que saben desasirse del todo de las criaturas y de lo perecedero.

2. Para eso es menester gran gracia, que levante el alma y la suba sobre sí misma.

Pero si no eleve el hombre levantado en espíritu y libre de todo lo criado, y todo unido á Dios, de poca estima es cuanto sabe y cuanto tiene.

Mucho tiempo será niño y mundano el que estima alguna cosa por grande, sino solo en el único, inmenso y eterno bien

Y lo que Dios no es, nada es, y por nada se debe contar.

Hay gran diferencia entre la sabiduría del varon iluminado y devoto, y la ciencia del letrado y del estudioso clérigo.

Mucho más noble es la doctrina que emana de la influencia

divina, que la que se alcanza con trabajo por el ingenio humano.

3. Se hallan muchos que desean la contemplacion: pero no procuran ejercitar las cosas que para ella se requieren.

Es grande impedimento fijarse en las cosas exteriores y sensibles, y de descuidar la verdadera mortificacion.

No sé qué es, ni qué espíritu nos lleva, ni qué esperamos los que parece somos llamados espirituales, cuando tanto trabajo y solicitud ponemos en las cosas transitorias y viles, y con dificultad y muy tarde nos recogemos del todo á considerar nuestro interior.

4. ¡Oh dolor! que al momento que nos hemos recogido, un poco, nos distraemos y no escudriñamos nuestras obras con riguroso examen.

No miramos donde tenemos nuestras aficiones, ni lloramos cuán manchadas están todas nuestras cosas.

Toda carne había corrompido su camino, y por eso se siguió el gran diluvio.

Porque nuestro afecto interior estando corrompido, es necesario que la obra que de él dimana (señal de la privacion de la virtud interior) tambien se corrompa.

Del corazon puro procede el fruto de la buena vida.

5. Se examina cuanto hace alguno; pero no indagamos de cuánta virtud proceden sus acciones.

Se averigua si alguno es valiente, rico, hermoso, hábil ó buen escritor, buen cantor, buen artista; pero poco se habla de cuán pobre sea de espíritu, cuán paciente y manso, cuán devoto y recogido.

La naturaleza mira las cosas exteriores del hombre; más la gracia se ocupa en las interiores. Aquélla muchas veces se engaña. y ésta espera en Dios para no engañarse.

Capítulo XXXII.

De la abnegacion de sí mismo, y
abdicacion de todo apetito.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no puedes poseer libertad perfecta si no te niegas del todo á tí mismo.

En prisiones están todos los ricos y amadores de sí mismos, los codiciosos, ociosos y vagamundos, y los que buscan siempre las cosas de gusto, y no las de Jesucristo; sino que antes componen é inventan muchas veces lo que no ha de durar.

Por que todo lo que no procede de Dios perecerá.

Imprime en tu alma esta breve y perfectísima máxima: Déjalo todo, y lo hallarás todo; deja tu apetito, y hallarás sosiego.

Reflexiona bien esto; y cuando lo cumplieres lo entenderás todo.

EL ALMA.

2. Señor, no es esta obra de un día, ni juego de niños; antes en tan breve sentencia se encierra toda la perfeccion religiosa.

JESUCRISTO.

3. Hijo, no debes volver atrás, ni decaer presto en oyendo el camino de los perfectos; antes debes esforzarte para cosas más altas, ó á lo menos aspirar á ellas con deseo.

¡Ojalá hubieses llegado á tanto que no fueses amator de tí mismo, y estuvieses dispuesto puramente á mi voluntad y á la del superior que te he dado! Entónces me agradarías sobre manera, y toda tu vida correría gozosa y pacífica.

Aún tienes mucho que dejar, que si no lo renuncias enteramente, no alcanzarás lo que pides.

Para que seas rico, te aconsejo que compres de mí oro acendrado, esto es, la sabiduría celestial que desprecia todo terreno.

Pospon la sabiduría terrena, y toda humana y propia complacencia.

4. Yo te dije que las cosas más viles al parecer humano se deben comprar con las preciosas y altas.

Porque muy vil y pequeña parece la verdadera sabiduría celestial, puesta casi en olvido entre los hombres. Ella no sabe grandezas de sí, ni quiere ser engrandecida en la tierra. Está en la boca de muchos, pero muy lejos de sus obras, siendo ella una perla preciosísima, escondida para los más.

Capitulo XXXIII.

De la inconstancia del corazon,
y que la intencion final se ha de
dirigir á Dios.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no creas á tu deseo; pues el que ahora es, presto se te mudará en otro.

Mientras vivieres estás sujeto á mudanzas, aunque no quieras, porque ya te hallarás alegre, ya triste; ya sosegado; ya turbado; ya devoto, ya indevoto, ya diligente, ya perezoso; ahora pesado, ahora liviano.

Mas el sábio bien instruido en el espíritu, es superior á estas mudanzas: no mirando lo que experimenta dentro de sí, ni de qué parte sopla el viento de la instabilidad; sino á dirigir toda la intencion de su espíritu al debido y deseado fin.

Porque así podrá permanecer siempre él mismo é ileso en tan varios casos, dirigiendo á mí sin cesar la mira de su sencilla intencion.

2. Y cuando más pura fuere, tanto estará más constante entre las diversas tempestades.

Pero en muchas cosas se oscurecen los ojos de la pura intencion, porque se mira fácilmente á lo que se presenta como deleitable.

Así es que rara vez se halla quien esté enteramente libre del lunar de su propio interés.

De este modo los judíos en otro tiempo vinieron á casa de Marta y María en Betania, no solo por Jesus, sí tambien para ver á Lázaro.

Débense, pues, limpiar los ojos de la intencion, para que sea sencilla y recta, y se enderece á mí, sin detenerse en los medios.

Capitulo XXXIV.

Que Dios es para quien lo ama más
delicioso que todo, y en todo.

EL ALMA.

1. ¡Oh mi Dios y mi todo!
¿Qué más quiero, y qué mayor
dicha puedo apetecer? ¡Oh sabro-
sa y dulce palabra! pero para
quien ama á Dios, y no al mundo
ni á lo que en él está.

Mi Dios y mi todo. Al que en-
tiende basta lo dicho; y repetirlo
muchas veces es deleitable al que
ama.

Porque estando tú presente, todo es agradable; mas estando ausente, todo fastidioso.

Tú haces el corazon tranquilo, y dás gran paz y alegría festiva.

Tú haces sentir bien de todo, y que te alaben todas las cosas. No puede cosa alguna deleitar mucho tiempo sin tí; pero si ha de agradar y gustarse de veras, conviene que tu gracia la presencie, y tu sabiduría la sazone.

2. A quien tú eres sabroso, ¿qué no le sabrá bien?

Y á quien de tí no gusta, ¿qué le podrá agradar?

Mas los sábios del mundo, y los que lo son segun la carne, no tienen idea de tu sabiduría; en aquellos se encuentra mucha vanidad, y en estos la muerte.

Pero los que te siguen, despreciando al mundo y mortificando su carne, estos son verdaderos sábios, porque pasan de la vanidad á la verdad, y de la carne al espíritu.

A estos es Dios sabroso, y cuanto bien hallan en las criaturas,

todo lo refieren á gloria de su Criador.

Pero diferente y muy diferente es el sabor del criador y el de la criatura, de la eternidad y del tiempo, de la luz increada y de la luz creada.

3. ¡Oh luz perpétua, que estás sobre toda luz creada! Envía desde lo alto tal resplandor, que penetre todo lo secreto de mi corazón.

Purifica, alegra, clarifica y vivifica mi espíritu y sus potencias, para que se una contigo con exceso de júbilo.

¡Oh! cuándo vendrá esta dichosa y deseada hora, para que tú me hartes con tu presencia, y me seas todo en todas las cosas!

Entretanto que esto no se me concediere, no tendré gozo cumplido.

Mas ¡ay dolor! que vive aún el hombre viejo en mí; no está del todo crucificado, ni perfectamente muerto.

Aún codicia vivamente contra el espíritu; mueve guerras

interiores, y no consiente que esté quieto el dominio del alma.

4. Mas tú, que señoreas el poderío del mar y amansas el movimiento de sus ondas, levántate y ayúdame.

Destruye las gentes que buscan guerras; quebrántalas con tu virtud.

Ruégete que muestres tus maravillas, y que sea glorificada tu diestra, porque no tengo otra esperanza ni otro refugio sino á tí, Señor Dios mio.

Capitulo XXXV.

En esta vida no hay seguridad de carecer de tentaciones.

JESUCRISTO.

1. Hijo, nunca estás seguro en esta vida; porque mientras vivieres tienes necesidad de armas espirituales.

Entre enemigos andas; á diestra y á siniestra te combaten.

Si pues no te vales del escudo de la paciencia á cada instante, no estarás mucho tiempo sin herida.

Demás de esto, si no pones tu corazon fijo en mí, con pura voluntad de sufrir por mí todo cuando viniere, no podrás pasar esta recia batalla ni alcanzar la palma de los bienaventurados. Conviénete, pues, romper varonilmente con todo, y pelear con mucho esfuerzo contra lo que viniere.

Porque al vencedor se dá el maná, y al perezoso le aguarda mucha miseria.

2. Si buscas descanso en esta vida, ¿cómo hallarás entónces la eterna bienaventuranza?

No procures mucho descanso, sino mucha paciencia.

Busca la verdadera paz, no en la tierra, sino en el cielo; no en los hombres ni en las demás criaturas, sino en Dios solo.

Por amor de Dios debes padecer de buena gana todas las cosas adversas, como son trabajos,

dolores, tentaciones, vejaciones, congojas, necesidades, dolencias, injurias, murmuraciones, reprensiones, humillaciones, confusiones, correcciones y menosprecios.

Estas cosas aprovechan para la virtud; estas prueban al nuevo soldado de Cristo; estas fabrican la corona celestial.

Yo daré eterno galardón por breve trabajo, y gloria infinita por la confusión pasajera.

3. Piensas tener siempre consolaciones espirituales al sabor de tu paladar?

Mis santos no siempre las tuvieron, sino muchas pesadumbres, diversas tentaciones y grandes desconsuelos.

Pero las sufrieron todas con paciencia, y confiaron más en Dios que en sí; porque sabían que no son equivalentes todas las penas de esta vida para merecer la gloria venidera.

¿Quieres hallar de pronto lo que muchos después de copiosas lágrimas y trabajos con dificultad alcanzaron?

Espera en el Señor, trabaja y esfuérzate varonilmente; no desconfíes, no huyas; mas ofrece el cuerpo y el alma por la gloria de Dios con gran constancia.

Yo te lo pagaré muy cumplidamente. Yo estaré contigo en toda tribulacion.

Capítulo XXXVI.

Contra los vanos juicios de los hombres.

JESUCRISTO.

1. Hijo, pon tu corazon fijamente en Dios, y no temas los juicios humanos cuando la conciencia no te acusa.

Bueno es y dichoso tambien padecer de esta suerte; y esto no es duro al corazon humilde que confía más en Dios que en sí mismo.

Los más hablan demasiadamente, y por eso se les debe dar poco crédito.

Y tambien satisfacer á todos no es posible.

Aunque San Pablo trabajó en contentar á todos en el Señor, y fué todo para todos; sin embargo, en nada tuvo el ser juzgado del mundo.

2. Mucho hizo por la salud y edificacion de los otros trabajando cuanto pudo y estaba de su parte; pero no se pudo librar de que le juzgasen y despreciasen algunas veces.

Por eso lo encomendó todo á Dios, que lo conoce todo, y con paciencia y humildad se defendía de las malas lenguas, y de los que piensan vanidades y mentiras, y las dicen como se les antoja.

Y tambien respondió algunas veces, porque no se escandalizasen algunas débiles en verle callar.

3. ¿Quién eres tú para que temas al hombre mortal? Hoy es, y mañana no parece.

Teme á Dios, y no te espantes de los hombres.

¿Qué te puede hacer el hombre con palabras ó injurias? Más bien se daña á sí mismo que á tí; y cualquiera que sea, no podrá huir el juicio de Dios.

Ten presente á Dios, y no contiendas con palabras de queja.

Y si ahora quedas debajo, al parecer, y sufres la humillacion que no mereciste, no te indignes por eso, ni por la impaciencia disminuyas tu victoria.

Sino mírame á mí en el cielo, que puedo librar de toda confusion é injuria, y dar á cada uno segun sus obras.

Capítulo XXXVII.

De la pura y entera renuncia de sí mismo para alcanzar la libertad del corazón.

JESUCRISTO.

1. Hijo, déjate á tí y me hablarás á mí.

Vive sin voluntad ni amor propio, y ganarás siempre.

Porque al punto que te renunciares sin reserva, se te dará mayor gracia.

EL ALMA.

2. Señor ¿cuántas veces me renunciaré, y en qué cosas me dejaré?

JESUCRISTO.

3. Siempre, y cada hora, así en lo poco como en lo mucho. Nada exceptúo, sino que en todo te quiero hallar desnudo.

De otro modo ¿cómo podrás ser mio y yo tuyo, si no te despojas de toda voluntad interior y exteriormente?

Cuanto más presto hicieres esto, tanto mejor te irá; y cuánto más pura y cumplidamente, tanto más me agradarás, y mucho más ganarás.

4. Algunos se renuncian, pero con alguna excepcion no confían en Dios del todo, y por eso trabajan en mirar por sí.

Tambien algunos al principio lo ofrecen todo; pero despues,

combatidos de alguna tentacion, se vuelven á sus comodidades, y por eso no aprovechan en la virtud.

Estos nunca llegarán á la verdadera libertad del corazon puro ni á la gracia de mi suave familiaridad, si no se renuncian antes haciendo del todo cada dia sacrificios de sí mismos, sin lo cual no están ni estarán en la union con que se goza de mí.

5. Muchas veces te dije, y ahora te lo vuelvo á decir: *Déjate á tí, renúnciate y gozarás de grande paz interior.*

Dalo todo por el todo: nada busques, nada exijas; está puramente y sin dudar en mí, y me poseerás.

Serás libre de corazon, y no te ofuscaran las tinieblas.

Encamina todos tus esfuerzos, deseos y oraciones al fin de despojarte de todo apego, para seguir así desnudo á Jesus desnudo, morir para tí, y vivir para mí eternamente.

Entónces se desvanecerán todas las vanas imaginaciones, las

perturbaciones malas, y los cuidados superfluos.

Entónces tambien desaparece-
rá el temor excesivo y morirá el
amor desordenado.

Capituo XXXVIII.

Del buen régimen en las cosas exteriores
y del recurso á Dios en los peligros.

JESUCRISTO.

1. Hijo, con diligencia debes
mirar que en cualquier lugar y
en toda ocupacion exterior, estés
muy dentro de tí, libre y señor de
tí mismo; y que todas las cosas
estén debajo de tí; y no tú debajo
de ellas.

Para que seas señor y director
de tus obras, no siervo ni esclavo
venal; sino más bien libre y ver-
dadero israelita que pasa á la
suerte y libertad de los hijos de
Díos.

Los cuales desprecian las co-
sas presentes y atienden á las
eternas.

Miran lo transitorio con el ojo izquierdo, y con el derecho lo celestial.

Y no los atraen las cosas temporales para estar asidos á ellas; antes ellos las atraen más para servirse bien de ellas, segun están ordenadas por Dios, é instituidas por el supremo Artífice, que no hizo cosa en lo criado sin orden.

2. Si en cualquier acontecimiento estás firme, y no juzgas de él segun la apariencia exterior, ni miras con la vista del sentido lo que oyes y vés; antes luego por cualquier causa entras á lo interior, como Moisés en el tabernáculo á pedir consejo al Señor, oirás algunas veces la respuesta divina, y volverás instruido de muchas cosas presentes y venideras.

Pues siempre recurrió Moisés al tabernáculo, para determinar las dudas y dificultades, y tomó el auxilio de la oracion para librar de los peligros y maldades á los hombres.

A este modo debes tú entrar en el secreto de tu corazón, pidiendo con eficacia el socorro divino.

Por eso se lee, que Josué y los hijos de Israel fueron engañados de los Gabaonitas, porque no consultaron primero con el Señor; sino que creyendo fácilmente las blandas palabras, fueron con falsa piedad engañados.

Capítulo XXXIX.

Que el hombre no sea importuno
en los negocios.

JESUCRISTO.

1. Hijo, encomiéndame siempre tus negocios, y yo los dispondré bien y oportunamente.

Espera mi voluntad, y sentirás provecho.

EL ALMA.

2. Señor, de muy buena gana te encomiendo todas las cosas, porque poco puede aprovechar mi cuidado.

¡Ojalá que no me ocupasen mucho los acontecimientos que me pueden venir, sino que me ofreciese sin tardanza á tu voluntad!

JESUCRISTO.

3. Hijo, muchas veces el hombre negocia con ahinco lo que desea; mas cuando ya lo alcanza, comienza á pensar de otro modo, porque las aficiones no duran mucho cerca de una misma cosa; sino que nos llevan de una á otra.

Por lo cual no es poco dejarse á sí mismo, aun en las cosas pequeñas.

4. El verdadero aprovechar es negarse á sí mismo; y el hombre negado á sí es muy libre y está seguro.

Mas el enemigo antiguo y adversario de todos los buenos no cesa de tentar; sino que de dia y de noche pone graves asechanzas para precipitar, si pudiere, al incauto en el lazo del engaño.

Velad y orad, dice el Señor, para que no entreis en tentacion.

Capítulo XL.

Que ningun bien tiene el hombre de suyo,
ni cosa alguna de que alabarse.

EL ALMA.

1. Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, ó el hijo del hombre para que les visites?

¿Qué ha merecido el hombre para que le dieses tu gracia?

Señor ¿de qué me puedo quejar si me desamparas? ó ¿cómo justamente podré contender contigo, si no hicieres lo que pido?

Por cierto, una cosa puedo yo pensar y decir con verdad: *Nada soy, Señor, nada puedo, nada bueno tengo de mí; mas en todo me hallo vacío, y camino siempre á la nada.*

Y si no soy ayudado é instruido interiormente por tí, me vuelvo enteramente túbio y disipado.

2. Mas tú, Señor, eres siempre el mismo, y permaneces eternamente, siempre bueno, justo y santo, haciendo todas las cosas bien, justa y santamente, y ordenándolas con sabiduría.

Pero yo, que soy más inclinado á caer que á aprovechar, no persevero siempre en un estado, y me mudo siete veces cada dia.

Mas luego me vá mejor cuando te dignas alargarme tu mano auxiliadora; porque tú solo, sin humano favor, me puedes socorrer y fortalecer, de manera que no se mude más mi semblante, sino que á tí solo se convierta, y en tí descansa mi corazon.

3. Por lo cual si yo supiese bien desechar toda consolacion humana, ya sea por alcanzar devocion ó por la necesidad que tengo de buscarte, porque no hay hombre que me consuele, entonces con razon podría yo esperar en tu gracia, y alegrarme con el don de la nueva consolacion.

4. Gracias sean dadas á tí, de quien viene todo, siempre que me sucede algun bien.

Porque delante de tí yo soy vanidad y nada, hombre mudable y flaco.

¿De dónde, pues, me puedo gloriar, ó por qué deseo ser estimado?.

¿Por ventura de la nada? Esto es vanísimo.

Verdaderamente la gloria frívola es una mala peste, y grandísima vanidad; porque nos aparta de la verdadera gloria, y nos despoja de la gracia celestial.

Porque contentándose un hombre á sí mismo, te descontenta á tí: cuando desea las alabanzas humanas, es privado de las virtudes verdaderas.

5. La verdadera gloria y alegría santa consiste en gloriarse en tí, y no en sí; gozarse en tu nombre, y no en su propia virtud, ni deleitarse en criatura alguna sino por tí.

Sea alabado tu nombre, y no el mio; engrandecidas sean tus

obras, y no las mias; bendito sea tu santo nombre, y no me sea á mi atribuida parte alguna de las alabanzas de los hombres.

Tú eres mi gloria; tú la alegría de mi corazon.

En tí me gloriaré y ensalzaré todos los dias: mas de mi parte no hay de qué, sino de mis flaquezas.

6. Busquen los hombres la gloria que se dán recíprocamente: yo buscaré la gloria que viene solamente de Dios.

Porque toda la gloria humana, toda honra temporal, toda la alteza del mundo, comparada con tu eterna gloria es vanidad y necedad.

¡Oh verdad mia y misericordia mia, Dios mio, Trinidad bienaventurada; á tí sola sea alabanza, honra, virtud y gloria para siempre jamás!

Capítulo XLI.

Del desprecio de toda honra temporal.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no te pese si vieres honrar y ensalzar á otros, y tú ser despreciado y abatido.

Levanta tu corazon á mí en el cielo, y no te entristecerá el desprecio humano en la tierra.

EL ALMA.

2. Señor, en gran ceguedad estamos, y la vanidad presto nos engañá.

Si bien me miro, nunca se me ha hecho injuria por criatura alguna; por lo cual no tengo de qué quejarme justamente de tí.

Mas porque yo muchas veces pequé gravemente contra tí, con razon se arman contra mí todas las criaturas.

Justamente, pues, se me debe la confusion y desprecio; y á tí alabanza, honor y gloria.

Y si no me dispusiere de modo que huelgue mucho ser de cualquiera criatura despreciado y abandonado, y ser tenido por nada, no podré estar interiormente pacificado y asegurado, ni recibir la luz espiritual, ni unirme á tí perfectamente.

Capítulo XLII.

Que nuestra paz no debe depender de los hombres.

JESUCRISTO.

1. Hijo, si buscas la paz en el trato con alguno para tu entretenimiento y compañía, siempre te hallarás inconstante y embarazado.

Pero si vás á buscar la verdad que siempre vive y permanece, no te entristecerás por el amigo que se fuere ó se muriere.

En mí ha de estar el amor del amigo, y por mí se debe amar

cualquiera que en esta vida te parece bueno y muy amable.

Sin mí no vale ni durará la amistad, ni es verdadero ni limpio el amor en que yo no intervengo.

Tan muerto debes estar á las aficiones de los amigos, que habías de desear (por lo que á tí toca) vivir lejos de todo trato humano.

Tanto más se acerca el hombre á Dios, cuanto se desvía de todo gusto terreno.

Y tanto más alto sube á Dios, cuanto más bajo descende en sí, y se tiene por más vil.

2. El que se atribuye á sí mismo algo bueno, impide que la gracia de Dios venga sobre él; porque la gracia del Espíritu Santo siempre busca el corazón humilde.

Si te supieses perfectamente anonadar y desviar de todo amor criado, yo entonces te llenaría de abundantes gracias.

Cuando tú miras á las criaturas, apartas la vista del Criador.

Aprende á vencerte en todo por el Criador, y entónces podrás llegar al conocimiento divino.

Cualquier cosa, por pequeña que sea, si se ama ó mira desordenadamente, nos estorba gozar del sumo bien, y nos daña.

Capitulo XLIII.

Cóntra la ciencia vana del mundo.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no te muevan los dicho agunos y limados de los hombres; porque no consiste el reino de Dios en palabras, sino en virtud.

Mira mis palabras, que encienden los corazones, y alumbran los entendimientos, provocan á compuncion, y traen muchas consolaciones.

Nunca leas cosas para mostrarte más letrado ó sábio.

Estudia en mortificar los vicios; porque más te aprovechará

esto que saber muchas cuestiones dificultosas.

2. Cuando hubieres acabado de leer y saber muchas cosas, te conviene venir á un solo principio.

Yo soy el que enseño al hombre la ciencia, y doy más claro entendimiento á los pequeños que ningun hombre puede enseñar.

Aquel á quien yo hablo, luego será sábio y aprovechará mucho en el espíritu.

¡Ay de aquellos que quieren aprender de los hombres curiosidades, y cuidan muy poco del camino de servirme á mí!

Tiempo vendrá cuando aparecerá el Maestro de los maestros, Cristo, Señor de los ángeles, á oír las lecciones de todos, esto es, á examinar la conciencia de cada uno.

Y entónces escudriñará á Jerusalem con candelas, y serán descubiertos los secretos de las tinieblas, y callarán los argumentos de las lenguas.

3. Yo soy el que levanto en un instante al humilde entendimiento, para que entienda más razones de la verdad eterna, que si hubiese estudiado diez años en las escuelas.

Yo enseño sin ruido de palabras, sin confusion de pareceres, sin fausto de honra, sin alteracion de argumentos.

Yo soy el que enseño á despreciar lo terreno y aborrecer lo presente, buscar y saber lo eterno; huir las honras, sufrir los estorbos, pōner toda la esperanza en mí, y fuera de mí no desear nada, y amarme ardientemente sobre todas las cosas.

4. Y así uno, amándose entrañablemente aprendió cosas divinas, y hablaba maravillas.

Más aprovechó con dejar todas las cosas que con estudiar sutilezas.

Pero á unos hablo cosas comunes, á otros especiales.

A unos me muestro dulcemente con señales y figuras, y á otros revelo misterios con mucha luz.

Una cosa dicen los libros; más no enseñan igualmente á todos; porque yo soy doctor interior de la verdad, escudriñador del corazon, conocedor de los pensamientos, promovedor de las acciones, repartiendo á cada uno segun juzgo ser digno.

Capitulo XLIV.

No se deben buscar las cosas
exteriores.

JESUCRISTO

1. Hijo, en muchas cosas te conviene ser ignorante, y estimarte como muerto sobre la tierra, y á quien todo el mundo esté crucificado.

A muchas cosas te conviene tambien hacerte sordo, y pensar más lo que conviene para tu paz.

Más útil es apartar los ojos de lo que no te agrada, y dejar á cada uno en su parecer, que ocuparte en porfías.

Si estás bien con Dios y miras su juicio, fácilmente te darás por vencido.

EL ALMA.

2. ¡Oh Señor, á qué hemos llegado! Lloramos los daños temporales, por una pequeña ganancia trabajamos y corremos; y el daño espiritual se pasa en olvido, y apenas tarde vuelve á la memoria.

Por lo que poco ó nada vale, se mira mucho; y por lo que es muy necesario, se pasa con descuido, porque todo hombre se vá á lo exterior, y si presto no vuelve en sí, con gusto se está envuelto en ello.

Capitulo XLV.

No se debe creer á todos; y como fácilmente se resbala en las palabras.

EL ALMA

1. Señor, ayúdame en la tribulacion, porque es vana la seguridad del hombre.

¿Cuántas veces no hallé fidelidad donde pensé que la había?

Cuántas veces también la hallé donde menos lo pensaba?

Por eso es vana la esperanza en los hombres; mas la salud de los justos está en tí, mi Dios.

Bendito seas, Señor, Dios mio, en todas las cosas que nos sucedan.

Flacos somos y mudables: presto somos engañados, y nos mudamos.

2. Qué hombre hay que se pueda guardar con tanta cautela y discrecion en todo, que alguna vez no caiga en algun engaño ó perplejidad?

Más el que confía en tí, Señor, y te busca con sencillo corazon, no resbala tan fácilmente.

Y si cayere en alguna tribulacion, de cualquier manera que estuviere en ella enlazado, presto será librado por tí, ó consolado; porque no desamparas para siempre al que en tí espera.

Raro es el fiel amigo que persevera en todos los trabajos de su amigo.

Tú, Señor, tú, solo eres fidelísimo en todo, y fuera de tí no hay otro semejante.

3. ¡Oh, cuán bien lo entendía aquella alma santa que dijo: *Mi alma está asegurada y fundada en Jesucristo!*

Si yo estuviese así no me acongojaría tan presto el temor humano, ni me moverían las palabras injuriosas.

¿Quién puede preverlo todo? ¿Quién es capaz de precaver los males venideros?

Si lo que hemos previsto con tiempo nos daña muchas veces, ¿qué hará lo no prevenido, sino perjudicarnos gravemente?

Pues ¿por qué, miserable de mí, no me previne mejor? ¿Por qué creí de ligero á otros?

Pero somos hombres, y hombres flacos y frágiles, aunque por muchos seamos estimados y llamados ángeles.

Señor, ¿á quién creeré, á quién sinó á tí? Eres la verdad, que no puede engañar ni ser engañada.

El hombre, al contrario, es falaz, flaco, mudable y resbaladizo, especialmente en palabras; de modo que con muy gran dificultad se debe creer lo que parece recto á la primera vista.

4. Cuán prudentemente nos avisaste que nos guardásemos de los hombres; que los enemigos del hombre son los de su casa, y que no diésemos crédito al que nos dijese: *A Cristo miralo aquí, ó miralo allí.*

He escarmentado en mí mismo: ¡ojalá sea para mi mayor cautela, y no para continuar en mi imprudencia!

Cuidado, me dice uno, cuidado, reserva lo que te digo. Y mientras yo lo callo, y creo que está oculto, él no pudo callar el secreto que me confió, sino que me descubrió á mí y así mismo, y se marchó.

Defiéndeme, Señor, de estas ficciones, y de hombres tan indiscretos, para que nunca caiga en sus manos, ni yo incurra en semejantes cosas.

Pon en mi boca palabras verdaderas y fieles, y desvía lejos de mí las lenguas astutas.

De lo que no quiero sufrir, me debo guardar mucho.

5. ¡Oh, cuán bueno y de cuánta paz es callar de otros, y no creerlo todo fácilmente, ni hablarlo despues con ligereza: descubrirse á pocos, buscarte siempre á tí, que miras al corazon, y no moverse por cualquier viento de palabras, sino desear que todas las cosas interiores y exteriores se acaben y perfeccionen segun el beneplácito de tu voluntad!

¡Cuán seguro es para conservar la gracia celestial huir la vana apariencia, y no codiciar las cosas visibles que causan admiracion, sino seguir con toda diligencia las cosas que dán fervor y enmienda de vida!

¡A cuántos ha dañado la virtud descubierta y alabada antes de tiempo!

¡Cuán provechosa fué siempre la gracia guardada en silencio en

esta vida frágil, que toda es malicia y tentacion!

Capitulo XLVI.

De la confianza que se dede tener en Dios cuando nos dicen injurias.

JESUCRISTO.

1. Hijo, está firme y espera en mí. ¿Qué son las palabras sino palabras? Vuelan por el aire, mas no mellan una piedra.

Si estás culpado, determina enmendarte.

Si no hallas en tí culpa, llévalo con gusto por Dios.

Muy poco es el que sufras alguna vez siquiera malas palabras, ya que aun no puedes tolerar grandes golpes.

Y ¿por qué tan pequeñas cosas te llegan al corazon, sino porque aún eres carnal, y miras mucho más á los hombres de lo que conviene?

Porque temes ser despreciado, por esto no quieres ser reprendido de tus faltas, y buscas la sombra de las excusas.

2. Considérate mejor, y conocerás que aún vive en tí el amor del mundo, y el deseo vano de agradar á los hombres.

Porque en huir de ser abatido y confundido por tus defectos, se muestra muy claro que no eres humilde verdadero, ni estás del todo muerto al mundo, ni el mundo está á tí crucificado.

Mas oye mis palabras, y no cuidarás de cuantas te dijeren los hombres.

Dime: Si se dijese contra tí todo cuanto maliciosamente se pudiese fingir, ¿qué te dañaría si lo dejases pasar y lo despreciases enteramente? Por ventura, ¿te podría arrancar un cabello?

3. Mas el que no está dentro de su corazon, ni me tiene á mí delante de sus ojos, presto se mueve por una palabra de menosprecio; pero el que confía en

mí, y no desea su propio parecer, vivirá sin temer á los hombres.

Porque yo soy el juez, y conozco todos los secretos; yo sé cómo pasan las cosas; yo conozco muy bien al que hace la injuria, y tambien al que la sufre.

De mí sale esta palabra; permitiéndolo yo acaece esto, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

Yo juzgo al culpado y al inocente; pero quise probar primero al uno y al otro con juicio secreto.

4. El testimonio de los hombres muchas veces engaña: mi juicio es verdadero, firme, y no se revoca.

Muchas veces está escondido, y pocos lo penetran en todo: pero nunca yerra, ni puede errar, aunque á los ojos de los nécios no parezca recto.

A mí, pues, habeis de recurrir en cualquier juicio, y no confiar en el propio saber.

Porque el justo no se turbará por cosas que Dios envíe sobre

él; y si algun juicio fuere dicho contra él injustamente, no se inquietará por ello.

Ni se ensalzará vanamente si otros le defendieren con razon.

Porque sabe que yo soy quien escudriño los corazones y los pensamientos, y que no juzgo segun el exterior y apariencia humana.

Antes muchas veces se halla á mis ojos culpable el que al juicio humano parece digno de alabanza.

EL ALMA.

5. Señor Dios, justo juez, fuerte y paciente, que conoces la flaqueza y maldad de los hombres, sé tú mi fortaleza y toda mi confianza, pues no me basta mi conciencia.

Tú sabes lo que yo no sé: por eso me debo humillar en cualquier reprension, y llevarla con mansedumbre.

Perdóname también, Señor piadoso, todas las veces que no lo hice así, y dame gracia de mayor sufrimiento para otra vez.

Porque mejor me está tu misericordia copiosa para alcanzar perdón, que mi presumida justificación para defender lo oculto de mi conciencia.

Y aunque ella nada me acuse, no por esto me puedo tener por justo; porque quitada tu misericordia no será justificado en tu acatamiento ningún viviente.

Capítulo XLVII.

Todas las cosas pesadas se deben padecer por la vida eterna.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no te quebranten los trabajos que has tomado por mí, ni te abatan del todo las tribulaciones; más mi promesa te esfuerce y consuele en todo lo que viniere.

Yo basto para galardonarte sobre toda manera y medida.

No trabajarás aquí mucho tiempo, ni serás agravado siempre de dolores.

Espera un poquito, y verás cuán presto se pasan los males.

Vendrá una hora cuando cesará todo trabajo é inquietud.

Poco y breve es todo lo que pasa con el tiempo.

2. Atiende á tu negocio, trabaja fielmente en mi viña, que yo seré tu galardón.

Escribe, lee, canta, suspira, calla, ora, sufre varonilmente lo adverso; la vida eterna digna es de esta y de otras mayores peleas.

Vendrá la paz un día que el Señor sabe, el cual no se compondrá de día y noche como en esta vida temporal, sino de luz perpétua, claridad infinita, paz firme y descanso seguro.

No dirás entónces: *¿Quién me librará de este cuerpo mortal?* Ni clamarás: *¡Ay de mí, que se ha dilatado mi destierro!* porque la muerte estará destruida, y la salud vendrá sin defecto; ninguna congoja habrá ya, si no bienaventurada alegría, compañía dulce y hermosa.

5. ¡Oh! si vieses las coronas eternas de los santos en el cielo, y de cuánta gloria gozan ahora los que eran en este mundo despreciados, y tenidos por indignos de vivir.

Por cierto luego te humillarías hasta la tierra, y desearías más estar sujeto á todos, que mandar á uno solo.

Y no codiciarías los dias placenteros de esta vida; sino antes te alegrarías de ser atribulado por Dios, y tendrías por grandísima ganancia ser tenido por nada entre los hombres.

4. ¡Oh! si gustases aquestas cosas, y las rumiases profundamente en tu corazon, ¿cómo te atreverías á quejarte ni una sola vez?

¿No te parece que son de sufrir todas las cosas trabajosas por la vida eterna?

No es cosa de poco momento ganar ó perder el reino de Dios.

Levanta pues tu rostro al cielo; mirame á mí, y conmigo á todos mis santos, los cuales tuvieron

grandes combates en este siglo; ahora se regocijan, y están consolados y seguros; ahora descansan en paz, y permanecerán conmigo sin fin en el reino de mi Padre.

Capítulo XLVIII.

Del día de la eternidad, y de las angustias de esta vida.

EL ALMA.

r. ¡Oh bienaventurada mansion de la ciudad soberana! ¡Oh día clarísimo de la eternidad, que no le oscurece la noche, sino que siempre le alumbra la suma verdad, día siempre alegre, siempre seguro, y siempre sin mudanza!

¡Oh, si ya amaneciese este día, y se acabasen todas estas cosas temporales!

Alumbra por cierto á los santos con una perpétua claridad, mas

no así á los que están en esta peregrinacion, sino de lejos, y como en figura.

2. Los ciudadanos del cielo saben cuán alegre sea aquel dia; los desterrados hijos de Eva gimen de ver que este sea tan amargo y lleno de tédio.

Los dias de este mundo son pocos y malos, llenos de dolores y angustias, donde el hombre se ve manchado con muchos pecados; enredado en muchas pasiones, angustiado de muchos temores, ocupado con muchos cuidados, distraido con muchas curiosidades, complicado en muchas vanidades, envuelto en muchos errores, quebrantado con muchos trabajos; las tentaciones lo acosan, los placeres lo afeminan, la pobreza le atormenta.

3. ¡Oh, cuando se acabarán todos estos males! ¡Cuándo me veré libre de la miserable servidumbre de los vicios!

¡Cuándo me acordaré, Señor, de tí solo! ¡Cuándo me alegraré cumplidamente en tí!

¡Cuánde estaré sin ningun impedimento en verdadera libertad, y sin ninguna molestia de alma y cuerpo!

Cuándo tendré firme paz, paz imperturbable y segura; paz por dentro y por fuera; paz del todo permanente!

¡Oh buen Jesus! ¡Cuándo estaré para verte! ¡Cuándo contemplaré la gloria de tu reino! ¡Cuándo me serás todo en todas las cosas!

¡Cuándo estaré contigo en tu reino, el cual preparaste desde la eternidad para tus escogidos!

Me han dejado acá, pobre y desterrado en tierra de enemigos, donde hay continuas peleas y grandes calamidades.

4. Consuela mi destierro, mitiga mi dolor, porque á tí suspira todo mi deseo. Todo el placer del mundo es para mí pesada carga.

Deseo gozarte íntimamente; mas no puedo conseguirlo.

Deseo estar unido con las cosas celestiales; pero me abaten las

temporales y las pasiones no mortificadas.

Con el espíritu quiero elevarme sobre todas las cosas; pero la carne me violenta á estar debajo de ella.

Así yo, hombre infeliz, peleo conmigo, y me soy enfadoso á mí mismo, viendo que el espíritu busca lo de arriba, y la carne lo de abajo.

5. ¡Oh Señor, cuánto padezco cuando revuelvo en mi pensamiento las cosas celestiales, y luego se me ofrece un tropel de cosas del mundo! Dios mio, no te alejes de mí, ni te desvíes con ira de tu siervo.

Resplandezca un rayo de tu claridad, y destruye estas tinieblas; envía tus saetas, y contúrbense todas las asechanzas del enemigo.

Recoge todos mis sentidos en tí; házme olvidar todas las cosas mundanas; otórgame desechar y apartar de mí aun las sombras de los vicios.

Socórreme, Verdad eterna, para que no me mueva vanidad alguna.

Ven, suavidad celestial, y huya de tú presencia toda torpeza.

6. Perdóname tambien y mírame con misericordia todas cuantas veces pienso en la oracion alguna cosa fuera de tí.

Pues confieso ingénuamente que acostumbro estar muy distraído.

De modo que muchas veces no estoy allí donde se halla mi cuerpo en pié ó sentado, sino más bien allá donde me lleva mi pensamiento.

Allí estoy donde está mi pensamiento; allí está mi pensamiento á menudo donde está lo que amo.

Al punto me ocurre lo que naturalmente deleita ó agrada por la costumbre.

7. Por lo cual tú, Verdad eterna, digiste: *Donde está tu tesoro, allí está tu corazon.*

Si amo el cielo, con gusto pienso en las cosas celestiales.

Si amo el mundo, alégrome con sus prosperidades, y me entristezco con sus adversidades.

Si amo la carne, muchas veces pienso en las cosas carnales.

Si amo el espíritu, recreóme en pensar cosas espirituales.

Porque de todas las cosas que amo, hablo y oigo con gusto, y llevo conmigo á mi casa las ideas de ellas.

Pero bienaventurado aquel que por tu amor dá repudio á todo lo criado, que hace fuerza á su natural, y crucifica los apetitos carnales con el fervor del espíritu, para que, serenada su conciencia, te ofrezca oracion pura, y sea digno de estar entre los coros angelicos, desechadas dentro y fuera de sí todas las cosas terrenas.

Capitulo XLIX.

Del deseo de la vida eterna, y cuantos bienes están prometidos á los que pelean.

JESUCRISTO.

1. Hijo, cuando sientes en tí algun deseo de la eterna bienaventuranza, y deseas salir de la

cárcel del cuerpo, para poder contemplar mi claridad sin sombra de mudanzas, dilata tu corazon, y recibe con todo amor esta santa inspiracion.

Dá muchas gracias á la soberana bondad que así se digna favorecerte, visitarte con clemencia, moverte con eficacia, sostenerte con vigor, para que no te deslices por tu propio peso á las cosas terrenas.

Porque esto no lo recibes por tu diligencia ó fuerzas, sino por solo el querer de la gracia soberana y del agrado divino, para que aproveches en virtudes y en mayor humildad, y te prepares para los combates que te han de venir, y trabajos por llegarte á mí de todo corazon, y servirme con ardiente voluntad.

2. Hijo, muchas veces arde el fuego, pero no sube la llama sin humo.

Así los deseos de algunos se encienden á las cosas celestiales; mas aún no están libres del amor carnal.

Y por eso no obran solo por la honra de Dios puramente, aun en lo que con tan gran deseo me piden.

Tal suele ser algunas veces tu deseo, el cual mostraste con tanta importunidad.

Pues no es puro ni perfecto lo que vá inficionado de propio interés.

3. Pide, no lo que es para tí deleitable y provechoso, sino lo que es para mí aceptable y honroso; porque, si rectamente juzgas, debe seguir y anteponer mi voluntad á tu deseo y á cualquiera cosa deseada.

Conozco tu deseo, y he oido tus continuos gemidos.

Ya quisieras estar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios; ya te delita la casa eterna, y la pátria celestial te llena de gozo; pero aún no es venida esa hora, aún resta otro tiempo, tiempo de guerra, tiempo de trabajo y de prueba.

Deseas gozar del sumo bien; mas no lo puedes alcanzar ahora

Yo soy: espérame; dice el Señor, hasta que venga el reino de Dios.

4. Has de ser probado aún en la tierra, y ejercitado en muchas cosas.

Algunas veces serás consolado, pero no te será dada satisfacción cumplida.

Esfuérzate, pues, y alientate así á hacer como á padecer cosas repugnantes á la naturaleza.

Convienes que te vistas de un hombre nuevo, y te vuelvas un varon constante.

Es preciso hacer muchas veces lo que no quieres, y dejar lo que quieres.

Lo que agrada á otros, progresará; lo que á tí te contenta, no se hará.

Lo que dicen otros, será oído; lo que dices tú, será reputado por nada.

Pedirán otros, y recibirán; tú pedirás; y no alcanzarás.

5. Otros serán grandes en boca de los hombres; de tí no se hará cuenta.

A otros se encargará éste ó aquel negocio; tú serás tenido por inútil.

Por esto se contristarás alguna vez la natureleza; y no harás poco si lo sufrieres callando.

En estas y otras cosas semejantes es probado el siervo fiel del Señor, para ver cómo sabe negarse y mortificarse en todo.

Apenas se hallará cosa en que más necesites morir á tí mismo, que en ver y sufrir cosas repugnantes á tu voluntad, principalmente cuando parece conforme y menos útil lo que te mandan hacer.

Y porque tú, siendo inferior, no osas resistir á la voluntad de tu superior, por eso te parece cosa dura andar pendiente de la voluntad de otro, y dejar tu propio parecer.

6. Mas considera, hijo, el fin cercano de estos trabajos, el fruto de ellos y su grandísimo premio; y no te serán pesados, sino un gran consuelo de tu paciencia.

Pues por esta poca voluntad, que ahora dejas de grado, poseerás para siempre tu voluntad en el cielo.

Allí, pues, hallarás todo lo que quisieres, y cuanto pudieres desear.

Allí tendrás en tu poder todo el bien, sin miedo de perderlo.

Allí tu voluntad, unida con la mía para siempre, no apetecerá cosa alguna contraria ó propicia.

Allí ninguno te resistirá, ninguno se quejará de tí, nadie te embarazará, nada se te opondrá sino que todas las cosas que desearas las disfrutarás juntas, y llenarán y colmarán tus deseos.

Allí te daré honor por la afrenta padecida, vestidura de gloria por la aflicción, y por el ínfimo lugar la silla del reino eterno.

Allí se verá el fruto de la obediencia, aparecerá muy alegre el trabajo de la penitencia, y la humilde sumisión será gloriosamente coronada.

7. Inclínate, pues, humildemente bajo la mano de todos, y

no cuides de mirar quién lo dijo, ó quién lo mandó.

Sino procura con gran cuidado que, ya sea superior, ó inferior, ó igual el que algo te exigiere ó insinuare, todo lo tengas por bueno, y cuides de cumplirlo con sincera voluntad.

Busque cada uno lo que quisiere; gloriése éste en esto, y aquel en lo otro, y sea alabado mil millares de veces; mas tú no te alegres ni en esto ni en aquello, sino en el desprecio de tí mismo, y en sola mi voluntad y honra.

Una cosa debes desear, y es que, en vida ó en muerte, sea Dios siempre glorificado en tí.

Capítulo L.

Cómo se debe ofrecer en las manos de Dios el hombre desconsalado.

EL ALMA.

1. Señor, Dios, Padre santo ahora y para siempre seas bendito,

que como tu quieres así se ha hecho, y lo que haces es bueno.

Alégrese tu siervo en tí, no en sí, ni en otro alguno: porque tú solo eres alegría verdadera; tú, esperanza mía y corona mía; tú, Señor, eres mi gozo y mi premio.

¿Qué tiene tu siervo sino lo que recibió de tí, aun sin merecerlo? Tuyo es todo lo que me has dado y has hecho conmigo.

Pobre soy y lleno de trabajos desde mi juventud; y mi alma se entristece algunas veces hasta llorar; y otras veces se turba consigo por las pasiones que la acosan.

2. Deseo el gozo de la paz; la paz de tus hijos pido, que son recreados por tí en la luz de la consolacion.

Si me dás paz, si derramas en mí un santo gozo, estará el alma de su siervo llena de alegría, y devota para alabarte.

Pero si te apartares, como muchas veces lo haces, no podrá correr por el camino de tus

mandamientos, sino que hincará las rodillas para herir su pecho; porque no le vá como los días anteriores, cuando resplandecía tu luz sobre su cabeza, y era defendida de las tentaciones impetuosas debajo de la sombra de tus alas.

3. Padre justo y siempre laudable, llegó la hora en que tu siervo debe ser probado.

Padre amable, justo es que tu siervo padezca algo por tí en esta hora.

Padre para siempre adorable, ya ha llegado la hora que habías previsto desde la eternidad, en la cual tu siervo esté abatido en lo exterior un corto tiempo, más para que viva siempre interiormente contigo.

Despreciado sea y humillado un poco, y decaiga delante de los hombres; sea consumido de pasiones y enfermedades, para que vuelva nuevamente á verse contigo en la aurora de una nueva luz, y sea ilustrado en las cosas celestiales.

¡Padre santo! así lo ordenaste tú, así lo quisiste; y lo que mandaste se ha hecho.

4. Esta es, pues, la gracia que haces á tu amigo, que padezca, y sea atribulado por tu amor en este mundo por cualquiera, y cuantas veces lo permitieres.

Sin tu consejo y providencia y sin causa, nada se hace en la tierra.

Bueno es para mí, Señor, que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones, y destierre de mi corazon toda soberbia y presuncion.

Provechoso es para mí que la confusion haya cubierto mi rostro, para que así te busque á tí para consolarme, y no á los hombres.

Tambien aprendí en esto á temblar de tu inescrutable juicio, que afliges así al justo como al impío; aunque no sin equidad y justicia.

5. Gracias te doy porque no me escaseaste los males; sino que me afligiste con amargos azotes, enviándome dolores y angustias interiores y exteriores.

No hay quien me consuele debajo del cielo, sino tú, Señor Dios mio, médico celestial de las almas, que hieres y sanas, pones en graves tormentos y libras de ellos.

Sea tu correccion sobre mí, y tu mismo castigo me enseñará.

6. Padre amado, vesme aquí en tus manos, yo me inclino bajo la vara de tu correccion.

Hiere mis espaldas y mi cerviz, para que enderece mis torcidas inclinaciones á tu voluntad.

Házme piadoso y humilde discípulo, como sueles hacerlo para que ande siempre pendiente de tu voluntad.

Me entrego enteramente á tí con todas mis cosas para que las corrijas. Más vale ser corregido aquí que en la otra vida.

Tú sabes todas y cada una de las cosas, y no se te esconde nada en la humana conciencia.

Antes que suceda sabes lo venidero, y no hay necesidad que alguno te enseñe ó avise de las cosas que se hacen en la tierra.

Tú sabes lo que conviene para mi adelantamiento, y cuánto me aprovecha la tribulacion para limpiar el orin de los vicios.

Haz conmigo tu voluntad y gusto, y no deseches mi vida pecaminosa, á ninguno mejor ni más claramente conocida que á tí solo.

7. Concédeme, Señor, saber lo que se debe saber; amar lo que se debe amar; alabar lo que á tí es agradable; estimar lo que te parece precioso; aborrecer lo que á tus ojos es feo.

No permitas que juzgue segun la vista de los ojos exteriores, ni que sentencie segun el oido de los hombres ignorantes; sino dame gracia para que pueda discernir con verdadero juicio entre lo visible y lo espiritual, y sobre todo buscar siempre la voluntad de tu divino beneplácito.

8. Muchas veces se engañan los hombres en sus opiniones y juicios, y los mundanos se engañan tambien en amar solamente lo visible.

¿Qué tiene de mejor el hombre porque otro le alabe?

El falaz engaña al falaz, el vano al vano, el ciego al ciego, el enfermo al enfermo cuando lo ensalza; y verdaderamente más le confunde cuando vanamente le alaba.

Porque cuanto es cada uno en tus ojos, tanto es y no más, dice el humilde San Francisco.

Capítulo LI.

Que debemos emplearnos en ejercicios
humildes cuando no podemos en
los sublimes.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no puedes permanecer siempre en el deseo fervoroso de las virtudes, ni perseverar en el más alto grado de la contemplación; sino que es necesario, por el vicio original, que descendas alguna vez á cosas bajas, y también á llevar la carga de esta vida

corruptible, aunque te pese y fastidie.

Mientras lleves el cuerpo mortal, sentirás tédio é inquietud de corazon.

Es preciso, pues, mientras vi-
ves en carne, gemir muchas veces
por el peso de la carne, porque no
puedes ocuparte perfectamente en
los ejercicios espirituales y en la
divina contemplacion.

2. Entónces conviene que te
emplees en ejercicios humildes y
exteriores, consolándote con ha-
cer buenas obras; y espera mi ve-
nida y la visita del cielo con firme
confianza; sufre con paciencia tu
destierro, y la sequedad del espí-
ritu, hasta que otra vez yo te vi-
site, y seas libre de toda congoja.

Porque te haré olvidar las pe-
nas, y que goces de gran sereni-
dad interior.

Yo extenderé delante de tí los
prados de las Escrituras, para
que, dilatado tu corazon, corras
la carrera de mis mandamientos.

Entónces dirás: *No son com-
parables las penas de este tiempo*

con la gloria que se nos descubrirá.

Capítulo LII.

Que el hombre no se repute por digno de consuelo, sino de castigo.

EL ALMA.

1. Señor, no soy digno de tu consolacion ni de ninguna visita espiritual; y por eso justamente lo haces conmigo cuando me dejas pobre y desconsolado.

Porque aunque yo pudiese derramar un mar de lágrimas, aún no merecería tu consuelo.

Por eso yo soy digno de ser afligido y castigado; porque te ofendí gravemente y muchas veces, y pequé mucho, y de muchas maneras.

Así que, bien mirado, no soy digno de la menor consolacion.

Mas tú, Dios clemente y misericordioso, que no quieres que tus obras perezcan, para manifestar las riquezas de tu bondad en los

vasos de tu misericordia aun sobre todo merecimiento, tienes por bien de consolar á tu siervo de un modo sobrenatural.

Porque tus consolaciones no son ilusorias como las humanas.

2. ¿Qué he hecho, Señor, para que tú me dieses ninguna consolacion celestial?

Yo no me acuerdo haber hecho ningun bien; sino que he sido siempre inclinado á vicios, y muy perezoso para enmendarme.

Esto es verdad, y no puedo negarlo. Si dijese otra cosa, tú estarías contra mí, y no habría quien me defendiese.

— ¿Qué he merecido por mis pecados, sino el infierno y el fuego eterno? Conozco en verdad que soy digno de todo escarnio y menosprecio, ni merezco ser contado entre tus devotos.

Y aunque me incomode este lenguaje, no dejaré de acusar mis pecados contra mí, y en favor de la verdad, para que más fácilmente merezca alcanzar tu misericordia.

3. ¿Qué diré yo, pecador y lleno de toda confusion?

No tengo boca para hablar sino sola esta palabra: *Pequé, Señor, pequé; ten misericordia de mí; perdóname.*

Déjame un poco para que llore mi dolor, antes que vaya á la tierra tenebrosa y cubierta de oscuridad de muerte.

¿Qué es lo que principalmente exiges del culpable y miserable pecador, sino que se convierta y se humille por sus pecados?

De la verdadera contricion y humildad de corazon nace la esperanza de ser perdonado, se reconcilia la conciencia turbada, repárase la gracia perdida, se defiende el hombre de la ira venidera, y se juntan en santa paz Dios y el alma contrita.

4. Señor, el humilde arrepentimiento de los pecados es para tí sacrificio muy acepto, que huele más suavemente en tu presencia, que el incienso.

Este es tambien el ungüento agradable que tú quisiste que se

derramase sobre tus sagrados piés; porque nunca desechaste el corazon contrito y humillado.

Allí está el lugar del refugio para el que huye del enemigo: allí se enmienda y limpia lo que en otro lugar se erró y se manchó.

Capítulo LIII.

La gracia de Dios no se mezcla con el gusto de las cosas terrenas.

JESUCRISTO.

1. Hijo, mi gracia es preciosa, no admite mezcla de cosas extrañas, ni de consolaciones terrenas.

Conviene desviar todos los impedimentos de la gracia, si deseas que se te infunda.

Busca lugar secreto para tí; desea estar á solas contigo; deja las conversaciones, y ora devotamente á Dios, para que te dé compuncion de corazon y pureza de conciencia.

Reputa por nada todo el mundo, y prefiere á todas las cosas exteriores el ocuparte en Dios.

Porque no podrás ocuparte en mí, y juntamente deleitarte en lo transitorio.

Conviene desviarse de conocidos y de amigos, y tener el espíritu retirado de todo placer temporal.

Así desea que se abstengan todos los fieles cristianos el apóstol San Pedro, portándose como extranjeros y peregrinos en este mundo.

2. ¡Oh, cuánta confianza tendrá en la muerte aquel que no tiene afición á cosa alguna de este mundo!

Pero tener así el corazón desprendido de todas las cosas, no lo alcanza el alma todavía enferma; ni el hombre carnal conoce la libertad del hombre espiritual.

Mas si quiere ser verdaderamente espiritual, es preciso que renuncie á los extraños y á los allegados, y que de nadie se guarde más que de sí mismo.

Si á tí te vences perfectamente; todo lo demás lo sujetarás con más facilidad.

La perfecta victoria es vencerse á sí mismo.

Porque el que se tiene sujeto á sí mismo, de modo que la sensualidad obedezca á la razon, y la razon me obedezca á mí en todo, este es verdaderamente vencedor de tí y señor del mundo.

3. Si deseas subir á esta cumbre, conviene comenzar varonilmente, y poner la segur á la raíz, para que arranques y destruyas la oculta desordenada inclinacion que tienes á tí mismo, y á todo bien propio y corporal.

De este amor desordenado que se tiene el hombre á sí mismo, depende casi todo lo que se ha de vencer radicalmente: vencido y señoreado este mal, luego hay gran paz y sosiego.

Mas porque pocos trabajan en morir perfectamente á sí mismos, y no salen enteramente de su propio amor, por eso se quedan envueltos en sus afectos, y no se

pueden levantar sobre sí en espíritu.

Pero el que desea andar libre conmigo, es necesario que mortifique todas sus malas y desordenadas aficiones, y que no se pegue á criatura alguna con amor apasionado.

Capítulo LIV.

De los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia.

JESUCRISTO.

1. Hijo, mira con vigilancia los movimientos de la naturaleza y de la gracia, porque son muy contrarios y sùtiles, de modo que con dificultad son conocidos sino por varones espirituales é interiormente alumbrados.

Todos desean el bien, y en sus dichos y hechos buscan alguna bondad; por eso muchos se engañan con color del bien.

3. La naturaleza es astuta, atrae á sí á muchos, los enreda y engaña, y siempre se pone á sí misma por fin.

Mas la gracia anda sin doblez, se desvía de toda apariencia de mal, no pretende engañar, sino hace todas las cosas puramente por Dios, en quien descansa como en su fin.

3. La naturaleza no quiere ser mortificada de buena gana, ni estrechada, ni vencida, ni sometida de grado.

Mas la gracia estudia en la propia mortificacion, resiste á la sensualidad, quiere estar sujeta, desea ser vencida, no quiere usar de su propia libertad, apetece vivir bajo una estrecha observancia, no codicia señorear á nadie, sino vivir y servir, y estar debajo de la mano de Dios; por Dios está pronta á obedecer con toda humildad á cualquiera criatura humana.

4. La naturaleza trabaja por su conveniencia, y tiene la mira á la utilidad que le puede venir.

Pero la gracia no considera lo que le es útil y conveniente, sino lo que aprovecha á muchos.

5. La naturaleza recibe con gusto la honra y la reverencia.

Mas la gracia atribuye fielmente á solo Dios toda honra y gloria.

6. La naturaleza teme la confusion y el desprecio.

Pero la gracia se alegra en padecer injurias por el nombre de Jesus.

7. La naturaleza ama el ócio y la quietud corporal.

Mas la gracia no puede estar ociosa; antes abraza de buena voluntad el trabajo.

8. La naturaleza busca tener cosas curiosas y hermosas, y aborrece las viles y groseras.

Mas la gracia se deleita con cosas llanas y bajas, no desecha las ásperas, ni rehusa el vestir ropas viejas.

9. La naturaleza mira lo temporal, y se alegra de las ganancias terrenas, se entristece del

daño, y enójase con cualquier palabra injuriosa.

Pero la gracia mira lo eterno, no está pegada á lo temporal, ni se turba cuando lo pierde, ni se exaspera con las palabras ofensivas; porque puso su tesoro y gozo en el cielo, donde ninguna cosa perece.

10. La naturaleza es codiciosa, y de mejor gana toma que dá; ama sus cosas propias y particulares.

Mas la gracia es piadosa y comun para todos, huye la singularidad, conténtase con poco, tiene por mayor felicidad el dar que el recibir.

11. La naturaleza nos inclina á las criaturas, á la propia carne, á la vanidad y á las distracciones.

Pero la gracia nos lleva á Dios y á las virtudes, renuncia las criaturas, huye el mundo, aborrece los deseos de la carne refrena los pasos vanos, avergüénzase de parecer en público.

12. La naturaleza toma de buena gana cualquier placer

exterior en que deleite sus sentidos.

Pero la gracia en solo Dios se quiere consolar, y deleitarse en el sumo bien sobre todo lo visible.

13. La naturaleza, cuanto hace es por su propia utilidad y conveniencia; no puede hacer cosa de balde, sino que espera alcanzar otro tanto ó más, ó si no alabanza ó favor por el bien que ha hecho; y desea que sean sus obras y sus dádivas muy ponderadas.

Mas la gracia ninguna cosa temporal busca, ni quiere otro premio, sino á solo Dios; y de lo temporal no quiere más que cuanto basta para conseguir lo eterno.

14. La naturaleza se complace en sus muchos amigos y parientes, se gloria de su noble nacimiento y distinguido linaje, alhaga á los poderosos, lisonjea á los ricos, aplaude á los iguales.

Pero la gracia ama aun á los enemigos, y no se engríe por los

muchos amigos, ni hace caso de propio nacimiento y linaje, si en él no hay mayor virtud.

Favorece más al pobre que al rico; se acomoda más bien al inocente que al poderoso; se alegra con el veraz, no con el engañoso.

Exhorta siempre á los buenos á que aspiren á gracias mejores, y se asemejen al Hijo de Dios por sus virtudes.

15. La naturaleza luego se queja de la necesidad y del trabajo.

Pero la gracia lleva con buen rostro la pobreza.

16. La naturaleza todo lo dirige á sí misma, y por sí pelea y porfía.

Mas la gracia todo lo refiere á Dios, de donde originalmente mana; ningun bien se arroga ni se atribuye á sí misma. No porfía, ni prefiere su modo de pensar al de los otros; sino que en todo dictámen y opinion se sujeta á la sabiduría eterna y al divino exámen.

17. La naturaleza apetece saber secreto y oír novedades; quiere aparecer en público, y observar mucho por los sentidos, desea ser conocida, y hacer cosas de donde le proceda alabanza y fama.

Pero la gracia no cuida de oír cosas nuevas ni curiosas; porque todo esto nace de la corrupcion antigua, y no hay cosa nueva ni durable sobre la tierra.

Enseña á recoger los sentidos, á huir la vana complacencia y ostentacion, esconder humildemente lo que tenga digno de admiracion ó alabanza, y buscar en todas las cosas y en toda ciencia fruto de utilidad, y la alabanza y honra de Dios.

No quiere que ella ni sus cosas sean pregonadas; sino que Dios sea glorificado en sus dones, que los dá todos con purísimo amor.

18. Esta gracia es una luz sobrenatural, y un don especial de Dios; y propiamente la marca de los escogidos, y la prenda de la salvacion eterna, la cual levanta al hombre de lo terreno á amar

lo celestial, y de carnal lo hace espiritual.

Así que, cuanto más apremiada y vencida es la naturaleza, tanto mayor gracia se infunde, y cada día es reformado el hombre interior según la imagen de Dios con nuevas visitaciones.

Capítulo LV.

De la corrupcion de la naturaleza, y de la eficacia de la gracia divina.

EL ALMA.

I. Señor, Dios mío, que me criaste á tu imagen y semejanza, concédeme aquesta gracia, que declaraste ser tan grande y necesaria para la salvacion; á fin de que yo pueda vencer mi perversa naturaleza, que me arrastra á los pecados y á la perdicion.

Pues yo siento en mi carne la ley del pecado, que contradice á la ley de mi alma, y me lleva cautivo á obedecer en muchas

cosas á la sensualidad, y no puedo resistir á sus pasiones, si no me asiste tu santísima gracia, eficazmente infundida en mi corazón.

2. Necesaria es tu gracia, y grande gracia, para vencer la naturaleza, inclinada siempre á lo malo desde su juventud.

Porque abatida en el primer hombre Adán, y viciada por el pecado, pasa á todos los hombres la pena de esta mancha; de suerte que la misma naturaleza, que fué criada por tí buena y derecha, ya se toma por el vicio y enfermedad de la naturaleza corrompida; porque el mismo movimiento suyo que le quedó, la induce al mal y á lo terreno.

Pues la poca fuerza que le ha quedado, es como una centellita escondida en la ceniza.

Esta es la razón natural, cercada de grandes tinieblas; pero capaz todavía de juzgar del bien y del mal, y de discernir lo verdadero de lo falso; aunque no tiene fuerza para cumplir todo lo que

le parece bueno, ni usa de la perfecta luz de la verdad, ni tiene sanas sus aficiones.

3 De aquí viene, Dios mío, que yo, según el hombre interior, me deleito en tu ley, sabiendo que tus mandamientos son buenos, justos y santos, juzgando también que todo mal y pecado se debe huir.

Pero con la carne sirvo á la sensualidad más que á la razón.

Así es también que propongo frecuentemente hacer muchas buenas obras; pero como falta la gracia para ayudar á mi flaqueza, con poca resistencia vuelvo atrás y desfallezco.

Por la misma causa sucede que conozco el camino de la perfección, y veo con bastante claridad como debo obrar.

Mas agravado del peso de mi propia corrupción, no me levanto á cosas más perfectas.

4. ¡Oh, cuán necesaria me es, Señor, tu gracia para comenzar el bien, continuarlo y perfeccionarlo!

Porque sin ella ninguna cosa puedo hacer; pero en tí todo lo puedo, confortado con la gracia.

¡Oh gracia verdaderamente celestial, sin la cual nada son los merecimientos propios, ni se han de estimar en algo los dones naturales!

Ni las artes, ni las riquezas, ni la hermosura, ni el esfuerzo, ni el ingenio ó la elocuencia valen delante de tí, Señor, sin tu gracia.

Porque los dones naturales son comunes á buenos y á malos; mas la gracia ó la caridad es don propio de los escogidos, y con ella se hacen dignos de la vida eterna.

Tan encumbrada es esta gracia, que ni el don de la profecía, ni el hacer milagros, ó algun otro saber, por sutil que sea, es estimado en algo sin ella.

Ni aun la fe, ni la esperanza, ni las otras virtudes son aceptas á ti, sin caridad ni gracia.

5. ¡Oh beatísima gracia, que al pobre de espíritu lo haces rico

en virtudes, y al rico de muchos bienes vuelves humilde de corazón!

Ven, desciende á mí, lléname luego de tu consolacion, para que no desmaye mi alma de cansancio y sequedad de corazón.

Suplícote, Señor, que halle gracia en tus ojos, pues me basta, aunque me falte todo lo que la naturaleza desea.

Si fuere tentado y atormentado de muchas tribulaciones, no temeré los males, estando tu gracia conmigo.

Ella es mi fortaleza, ella me dá consejo y favor.

Mucho más poderosa es que todos los enemigos, y mucho más sabia que todos los sabios.

6. Ella enseña la verdad, dá la ciencia, alumbra el corazón, consuela en las aflicciones, destierra la tristeza, quita el temor. alimenta la devoción, produce lágrimas afectuosas.

¿Qué soy yo sin la gracia, sino un madero seco, y un tronco inútil y desechado?

Asístame pues, Señor, tu gracia para estar siempre atento á emprender, continuar y perfeccionar buenas obras, por tu Hijo Jesucristo. Amen.

Capítulo LVI.

Que debemos negarnos á nosotros mismos, y asemejarnos á Cristo por la cruz.

JESUCRISTO

1. Hijo, cuanto puedes salir de tí, tanto puedes pasarte á mí.

Así como no desear nada exteriormente, produce la paz interior; así el negarse interiormente, causa la union con Dios.

Quiero que aprendas la perfecta renuncia de tí mismo en mi voluntad, sin réplica ni queja.

Sígueme: *Yo soy camino, verdad y vida*. Sin camino no hay por donde andar; sin verdad, no podemos conocer; sin vida, no hay quien pueda vivir. Yo soy el

camino que debes seguir, la verdad que debes creer, la vida que debes esperar.

Yo soy camino inviolable, verdad infalible, vida interminable.

Yo soy camino muy derecho, verdad suma, vida verdadera, vida bienaventurada, vida increada.

Si permanecieres en mi camino, conocerás la verdad, y la verdad te librará, y alcanzarás la vida eterna.

2. Si quieres entrar en la vida, guarda mis mandamientos.

Si quieres conocer la verdad, créeme á mí.

Si quieres ser perfecto, vende todas las cosas.

Si quieres ser mi discípulo, niegate á tí mismo.

Si quieres poseer la vida bienaventurada, desprecia la presente.

Si quieres ser ensalzado en el cielo, humíllate en el mundo.

Si quieres reinar conmigo, lleva la cruz conmigo.

Porque solo los siervos de la cruz hallan el camino de la

bienaventuranza y de la luz verdadera.

EL ALMA.

3. Señor, Jesus, pues que tu camino es estrecho y despreciado en el mundo, concédeme que te imite en despreciar el mundo.

Pues no es mejor el siervo que su Señor, ni el discípulo superior al maestro.

Ejercítese tu siervo en tu vida, pues en ella está mi salud, y la santidad verdadera.

Cualquier cosa que fuera de ella oigo ó leo, no me recrea ni satisface cumplidamente.

JESUCRISTO.

4. Hijo, pues sabes esto y lo has leído todo, si lo hicieres, serás bienaventurado.

El que abraza mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama, y yo le amaré, y me manifestaré á él, y le haré sentar conmigo en el reino de mi Padre.

EL ALMA.

5. Señor, Jesus, como lo diste y prometiste, así se haga, y pueda yo merecerlo.

Recibí de tu mano la cruz; yo la llevaré hasta la muerte, así como tú me la pusiste.

Verdaderamente la vida del buen religioso es cruz, pero guía al paraíso.

Ya hemos comenzado; no se debe volver atrás, ni conviene dejarla.

6. Ea, hermanos, vamos juntos, Jesus será con nosotros.

Por Jesus tomamos esta cruz, por Jesus perseveremos en ella.

Será nuestro auxiliador el que es nuestro capitan, y fué nuestro ejemplo.

Mirad á nuestro rey que vá delante de nosotros, y peleará por nosotros.

Sigámosle varonilmente, nadie tema los terrores; estemos preparados á morir con ánimo en la batalla, y no demos tal afrenta á nuestra gloria, que huyamos de la cruz.

Capítulo LVII.

No debe acobardarse demasiado el que cae en algunas faltas.

JESUCRISTO.

1. Hijo, más me agradan la humildad y la paciencia en la adversidad, que el mucho consuelo y devoción en la prosperidad.

¿Por qué te entristece una pequeña cosa dicha contra tí?

Aunque más fuera, no debieras inquietarte.

Mas ahora déjala pasar, porque no es la primera, ni nueva, ni será la última si mucho vivieres.

Harto esforzado eres cuando ninguna cosa contraria te viene.

Aconsejas bien, y sabes alentar á otros con palabras; pero cuando viene á tu puerta alguna repentina tribulación, luego te falta consejo y esfuerzo.

Mira tu gran fragilidad que experimentas á cada paso en pequeñas ocasiones; mas todo este

mal que te sucede, redundará en tu salud.

2. Apártalo como mejor supieres de tu corazón, y si llegó á tocarte, no permitas que te abata, ni te lleve embarazado mucho tiempo.

Sufre á lo menos con paciencia, si no puedes con alegría.

Y si oyes algo contra tu gusto, y te sientes irritado, refrénate, y no dejes salir de tu boca alguna palabra desordenada que pueda escandalizar á los inocentes.

Presto se aquietará el ímpetu excitado en tu corazón; y el dolor interior se dulcificará con la vuelta de la gracia.

Aun vivo yo (dice el Señor) dispuesto para ayudarte, y para consolarte más de lo acostumbrado, si confías en mí y me llamas con devoción.

3. Ten buen ánimo, y apercíbete para trances mayores.

Aunque te veas muchas veces atribulado, ó gravemente tentado, no por eso está ya todo perdido.

Hombre eres, y no Dios; carne, y no ángel.

¿Cómo podrás tú estar siempre en un mismo estado de virtud, cuando le faltó al ángel en el cielo, y al primer hombre en el paraíso?

Yo soy el que levanta con entera salud á los que lloran y traigo á mi divinidad los que conocen su flaqueza.

EL ALMA.

4. Señor, bendita sea tu palabra, dulce para mi boca más que la miel y el panal.

¿Qué haría yo en tantas tribulaciones y angustias, si tú no me animases con tus santas palabras?

Con tal que al fin llegue yo al puerto de la salvacion; ¿qué se me dá de cuanto hubiere padecido?

Dáme buen fin; dame una dulce partida de este mundo.

Acuérdate de mí, Dios mio, y guíame por camino derecho á tu reino. Amen.

Capítulo LVIII.

No se deben escudriñar las cosas altas
y los juicios ocultos de Dios.

JESUCRISTO.

1. Hijo, guárdate de disputar de materias altas, y de los secretos juicios de Dios; por qué uno es desamparado, y otro tiene tantas gracias; por qué está uno muy afligido, y otro tan altamente ensalzado.

Estas cosas exceden á toda humana capacidad; y no basta razon ni disputa alguna para investigar el juicio divino.

Por eso, cuando el enemigo te trajere esto al pensamiento, ó algunos hombres curiosos lo preguntaren, responde aquello del profeta: *Justo eres, Señor, y justo tu juicio.*

Y tambien: *Los juicios del Señor son verdaderos y justificados en sí mismos.*

Mis juicios han de ser temidos, no examinados; porque no se

comprenden con entendimiento humano.

2. Tampoco te pongas á inquirir ó disputar de los merecimientos de los santos, cuál sea más santo, ó mayor en el reino de los cielos.

Estas cosas muchas veces causan contiendas y disensiones sin provecho; aumentan tambien la soberbia y vanagloria, de donde nacen envidias y discordias, quando uno quiere preferir imprudentemente un santo, y otro quiere á otro.

Querer saber é inquirir tales cosas, ningun fruto trae, antes desagrada mucho á los santos; porque yo no soy Dios de discordia, sino de paz, la cual consiste más en la verdadera humildad, que en la propia estimacion.

3. Algunos con celo de amor se aficionan á unos santos más que á otros; pero más por afecto humano que divino.

Yo soy el que hice á todos los santos, yo les dí la gracia; yo les he dado la gloria.

Yo sé los méritos de cada uno; yo les previne con bendiciones de mi dulzura.

Yo conocí mis amados antes de los siglos; yo los escogí del mundo; y no ellos á mí.

Yo los llamé por gracia y atraje por misericordia; yo los llevé por diversas tentaciones.

Yo les envié grandes consolaciones, les dí la perseverancia, y coroné su paciencia.

4. Yo conozco al primero y al último.

Yo los abrazo á todos con amor inestimable.

Yo soy digno de ser alabado en todos mis santos, y ensalzado sobre todas las cosas; yo debo ser honrado por cada uno de cuantos he engrandecido y predestinado, sin preceder algun merecimiento suyo.

Por eso, quien despreciare á uno de mis pequeñuelos, no honra al grande, porque yo hice al grande y al pequeño.

Y el que quisiere deprimir alguno de los santos, á mí me

deprime y á todos los demás del reino de los cielos.

Todos son una misma cosa por vínculo de la caridad; todos tienen un mismo parecer y un mismo querer; y todos se aman recíprocamente.

5. Y sobre todo, más me aman á mí que á sí mismo y á todos sus merecimientos.

Porque elevados sobre sí y libres de su propio amor, se pasan del todo al mio; y en el descansan y se regocijan con gozo inesplicable.

No hay cosa que los pueda apartar ni declinar; porque llenos de la verdad eterna, arden en el fuego inestinguible de la caridad.

Callen, pues, los hombres carnales y animales, y no disputen del estado de los santos, pues no saben amar sino los gozos particulares. Quitan y ponen segun su inclinacion, no como agrada á la eterna verdad.

6. Muchos por efecto de ignorancia, especialmente los que se hallan con poca luz interior, con

dificultad saben amar á alguno con perfecto amor espiritual.

Y aun los lleva mucho el afecto natural, y la amistad humana, con la cual se inclinan más á unos que á otros; y así como sienten de las cosas terrenas, así imaginan de las celestiales.

Mas hay grandísima diferencia entre lo que piensan los hombres imperfectos y lo que saben los varones espirituales por la revelacion divina.

7. Guárdate, pues, hijo, de tratar curiosamente de las cosas que exceden á tu alcance: de lo que debes tratar es de que puedas ser siquiera el menor en el reino de Dios.

Y aunque uno supiese quién es más santo que otro, ó el mayor en el reino del cielo, ¿de qué le serviría el saberlo, si no se humillase delante de mí por este conocimiento, y no se levantara á alabar más puramente mi nombre?

Mucho más agradable es á Dios el que piensa en la gravedad de

sus propios pecados, y la poquedad de sus virtudes, y cuán lejos está de la perfeccion de los santos, que el que porfía cuál sea mayor ó menor santo.

Mejor es rogar á los santos con devotas oraciones y lágrimas, y con humilde corazon invocar su favor, que escudriñar sus secretos con inútil investigacion.

8. Ellos están cumplidamente contentos, si los hombres saben contentarse y refrenar la vanidad de sus lenguas.

No se glorian de sus propios merecimientos, pues que ninguna cosa buena se atribuyen á sí mismos, sino todo á mí; porque yo les dí todo cuanto tienen con mi infinita caridad.

Llenos están de tanto amor de la divinidad, y de tal abundancia de gozos, que ninguna parte de gloria les falta, ni les puede faltar cosa alguna de bienaventuranza

Todos los santos, cuanto más altos están en la gloria, tanto más humildes son en sí mismos,

y están más cercanos á mí, y son más amados de mí.

Por lo cual está escrito que abatieron sus coronas delante de Dios, y se postraron sobre sus rostros delante del Cordero, y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

9. Muchos preguntan quién es el mayor en el reino de Dios, que no saben, si serán dignos de ser contados con los ínfimos.

Gran cosa es ser en el cielo siquiera el menor, donde todos son grandes, porque todos se llamarán y serán Hijos de Dios.

El menor será grande entre mil, y el pecador de cien años morirá.

Pues cuando preguntaron los discípulos, quién fuese mayor en el reino de los cielos, tuvieron esta respuesta:

Si no os hiciéreis y os volviéreis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.

Por eso, cualquiera que se humillare como niño, aquel será el mayor en el reino del cielo.

10. ¡Ay de aquellos que se desdennan de humillarse de voluntad con los pequeñitos; porque la puerta humilde y angosta del reino celestial no les permitirá entrar!

¡Ay tambien de los ricos, que tienen aquí sus deleites; porque cuando entraren los pobres en el reino de Dios, quedaránellos fuera aullando y llorando á lágrima viva!

Alegraos los humildes, y regocijaos los pobres, que vuestro es el reino de Dios, si andais en el camino de la verdad.

Capítulo LIX.

Toda la esperanza y confianza se debe poner en solo Dios.

EL ALMA

1. Señor, ¿cuál es mi confianza en esta vida? ó ¿cuál mi mayor contento de cuantos hay debajo del cielo?

Por ventura ¿no eres tú mi Dios y Señor, cuyas misericordias no tienen número?

¿Dónde me fué bien sin tí? ó ¿cuándo me pudo ir mal, estando tú presente?

Más quiero ser pobre por tí, que rico sin tí.

Por mejor tengo peregrinar contigo en la tierra, que poseer sin tí el cielo. Donde tu estás, allí está el cielo, y donde no, el infierno y la muerte.

A tí se dirige todo mi deseo, y por eso no cesaré de orar, gemir y clamar en pos de tí.

En fin; yo no puedo confiar cumplidamente en alguno que me ayude oportunamente en mis necesidades, sino en tí solo, Dios mio.

Tú eres mi esperanza y mi confianza; tú mi consolador y el amigo más fiel en todo.

2. Todos buscan su interés, tu buscas solamente mi salud y mi aprovechamiento, y todo me lo conviertes en bien.

Aunque algunas veces me dejas en diversas tentaciones y

adversidades, todo lo ordenas para mi provecho; que sueles de mil modos probar á tus escogidos.

En esta prueba debes ser tan amado y alabado, como si me colmases de consolaciones celestiales.

3. En tí, pues, Señor Dios, pongo toda mi esperanza y refugio; en tus manos dejo todas mis tribulaciones y angustias; porque fuera de tí todo es débil é inconstante.

Porque no me aprovecharán los muchos amigos, ni podrán ayudarme los defensores poderosos, ni los consejeros discretos darme respuesta conveniente, ni los libros doctos consolarme, ni cosa alguna preciosa librarme, ni algun lugar secreto y delicioso defenderme, si tú mismo no me auxilias, ayudas, esfuerzas, consuelas, enseñas y guardas.

4. Porque todo lo que parece conducente para tener paz y felicidad, es nada si tú estás ausente; ni dá sino una sombra de felicidad.

Tú eres, pues, fin de todos los bienes, centro de la vida, y abismo de sabiduría; y esperar en tí sobre todo, es grandísima consolacion para tus siervos.

A tí, Señor, levanto mis ojos; en tí confío, Dios mio, padre de misericordias.

Bendice y santifica mi alma con bendicion celestial, para que sea morada santa tuya, y silla de tu gloria eterna; y no haya en este templo tuyo cosa que ofenda los ojos de tu mjestad soberana.

Mírame segun la grandeza de tu bondad, y segun la multitud de tus misericordias, y oye la oracion de este pobre siervo tuyo, desterrado lejos en la region de la sombra de la muerte.

Defiende y conserva el alma de este tu siervecillo entre tantos peligros de la vida corruptible; y acompañándola tu gracia, guíala por el camino de la paz á la pátria de la perpétua claridad. Amen.

IMITACION DE CRISTO



LIBRO CUARTO



DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

*Exhortacion devota
para la Sagrada Comunión.*



JESUCRISTO.

Venid á mí todos los que teneis trabajos y estais cargados, y yo os oliviaré, dice el Señor.

El pan que yo daré, es mi carne, por la vida del mundo.

Tomad y comed: este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí.

El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él.

Las palabras que os he dicho, espíritu y vida son.

Capítulo primero.

Con cuánta reverencia se ha de recibir
á Jesucristo.

EL ALMA.

1. Estas son tus palabras, ¡oh buen Jesus, Verdad eterna! aunque no fueron dichas en un tiempo, ni escritas; en un mismo lugar.

Y pues son tuyas, y verdaderas, debo yo recibirlas todas con gratitud y con fé.

Tuyas son, pues tú las dijiste; y tambien son mías, pues las dijiste por mi bien.

Muy de grado las recibo de tu boca, para que sean más profundamente grabadas en mi corazón.

Despiértanme palabras de tanta piedad, llenas de dulzura y de amor; mas por otra parte mis propios pecados me espantan, y mi mala conciencia me retrae de recibir tan altos misterios.

La dulzura de tus palabras me convida; mas la multitud de mis vicios me oprime.

2. Me mandas que me llegue á tí con gran confianza, si quiero tener parte contigo, y que reciba el manjar de la inmortalidad, si deseo alcanzar vida y gloria para siempre.

Dices: *Venid á mi todos los que teneis trabajos y estais cargados, que yo os recrearé.*

¡Cuán dulces y amables son á los oídos del pecador estas palabras, por las cuales tú, Señor Dios mio, convidas al pobre y al mendigo á la comunión de tu santísimo cuerpo!

Mas ¿quién soy yo, Señor para que presuma llegarme á tí?

Veo que no cabes en los cielos de los cielos; y tú dices: *¡Venid á mí todos!*

3. ¿Qué quiere decir esta tan piadosa dignacion, y este tan amistoso convite?

¿Cómo osaré llegarme yo, que no reconozco en mí cosa buena en que pueda confiar?

¿Cómo te hospedaré en mi habitacion yo que tantas veces ofendí tu benignísima presencia?

Los ángeles y arcángeles tiemblan: los santos y justos temen, y tú dices: *¡Venid á mí todos!*

Si tú, Señor, no dijese esto, ¿quién lo creería?

Y si tú no lo mandases, ¿quién osaría llegarse á tí?

4. Noé, varon justo, trabajó cien años en fabricar un arca para guarecerse en ella con pocas personas: ¿pues cómo podré yo en una hora prepararme para recibir con reverencia al que fabricó el mundo?

Moisés, tu gran siervo y tu amigo especial, hizo un arca de madera incorruptible, y la guarneció de oro purísimo para poner en ella las tablas de la Ley; ¿y yo, criatura podrida, osaré recibirte

tan fácilmente á tí, hacedor de la ley y dador de la vida?

Salomon, el más sábio de los reyes de Israel, edificó en siete años en honor de tu nombre un magnífico templo.

Celebró ocho dias la fiesta de su dedicacion, ofreció mil hostias pacíficas, y colocó solemnemente el Arca del Testamento con músicas y regocijos en el lugar que le estaba preparado.

Y yo, miserable, y el más pobre de los hombres, ¿cómo te introduciré en mi casa, que difícilmente estoy con devocion media hora? Y ¡ojalá que alguna vez gastase bien media hora!

5. ¡Oh Dios mio! Qué no hicieron aquellos por agradarte?

Mas ¡ay de mí! ¡Cuán poco es lo que yo hago! ¡Qué corto tiempo gasto en prepararme para la comunión!

Rara vez estoy del todo recogido, y rarísima me veo libre de toda distraccion.

Y en verdad, que en tu saludable y divina presencia no debiera

ocurrirme pensamiento alguno poco decente, ni ocuparme criatura alguna; porque no voy á hospedar á algun ángel, sino al Señor de los ángeles.

6. Además, hay grandísima diferencia entre el Arca del Testamento con cuanto contenía, y tu purísimo cuerpo con sus inefables virtudes; entre aquellos sacrificios de la ley antigua que figuraban los venideros, y el sacrificio verdadero de tu cuerpo, que es el cumplimiento de todos los sacrificios antiguos.

7. ¿Por qué, pues, no me inflamo más en tu venerable presencia?

¿Por qué no me dispongo con mayor cuidado para recibirte en el Sacramento, al ver que aquellos antiguos santos patriarcas y profetas, reyes y príncipes, con todo su pueblo, mostraron tanta devocion al culto divino?

8. El devotísimo rey David bailó con toda su fuerza delante del arca de Dios, acordándose de los beneficios hechos en otro tiempo á los padres. Hizo diversos

instrumentos músicos; compuso salmos, y ordenó que se cantasen con alegría; y aun él mismo los canto frecuentemente al arpa, inspirado de la gracia del Espíritu Santo; enseñó al pueblo de Israel á alabar á Dios de todo corazon, y bendecirle y celebrarle cada dia con voces acordes.

Pues si tanta era entónces la devocion, y tanto se pensó en alabar á Dios delante del Arca del Testamento, ¿cuánta reverencia y devocion debo yo tener, y todo el pueblo cristiano, á presencia del Sacramento y al recibir el Santísimo cuerpo de Cristo?

9. Muchos corren á diversos lugares para visitar las reliquias de los santos, y se maravillan de oir sus hechos, miran los grandes edificios de los templos, y besan los sagrados huesos guardados en oro y seda.

Y tú estás aquí presente delante de mí en el altar, Dios, mio, Santo de los santos, Criador de los hombres y Señor de los ángeles.

Muchas veces los hombres hacen aquellas visitas por la novedad y por la curiosidad de ver cosas que no han visto; y así es que sacan muy poco fruto de enmienda, mayormente cuando andan con liviandad de una parte á otra, sin contrición verdadera.

Mas aquí, en el Sacramento del Altar, estás todo presente, Jesus mio, Dios y hombre; en el se coje copioso fruto de eterna salud todas las veces que te recibieren digna y devotamente.

Y á esto no nos trae ninguna liviandad, ni curiosidad ó sensualidad; sino la fé firme, la esperanza devota, y la pura caridad.

10. ¡Oh Dios invisible, Criador del mundo, cuán maravillosamente lo haces con nosotros!

¡Cuán suave y graciosamente te portas con tus escogidos, á quienes te ofreces á tí mismo en este sacramento para que te reciban!

Esto en verdad excede sobre todo entendimiento; esto especialmente cautiva los corazones

de los devotos y enciende su afecto:

Porque los verdaderos fieles tuyos, que se disponen para enmen-
dar toda su vida, de este sacra-
mento dignísimo reciben conti-
nuamente grandísima gracia de
devocion y amor de la virtud.

11. ¡Oh admirable y escondi-
da gracia de este sacramento, la
cual conocen solamente los fieles
de Cristo! Pero los infieles y los
que sirven al pecado, no la pue-
den gustar.

En este Sacramento se dá gra-
cia espiritual, se repara en el
alma la virtud perdida, y reflore-
ce la hermosura afeada por el pe-
cado.

Tanta es algunas veces esta
gracia, que de la abundante de-
vocion que causa, no solo el alma,
sino aun el cuerpo flaco siente
haber recibido fuerzas mayores.

12. Pero es muy mucho de
sentir y de llorar nuestra tibieza
y negligencia, porque no nos mo-
vemos con mayor afecto á recibir
á Cristo, en quien consiste toda la

esperanza y el mérito de los que se han de salvar.

Porque él es nuestra santificación y redención, él nuestro consuelo en esta peregrinación, y el gozo eterno de los santos.

Y así es muy digno de llorarse el poco caso que muchos hacen de este saludable sacramento, el cual alegra al cielo, y conserva al universo mundo.

¡Oh ceguedad y dureza del corazón humano, que tan poco atiende á tan inefable don, y por la mucha frecuencia ha venido á reparar menos en él!

13. Porque si este sacratísimo sacramento se celebrase en un solo lugar, y se consagrarse por un solo sacerdote en todo el mundo, ¿con cuánto deseo y afecto acudirían los hombres á aquel lugar y á aquel sacerdote de Dios para verle celebrar los divinos misterios?

Mas ahora hay muchos sacerdotes, y se ofrece Cristo en muchos lugares, para que se muestre tanto mayor la gracia y amor de

Dios al hombre, cuanto la sagrada comunión es más liberamente difundida por el mundo.

Gracias á tí, buen Jesus, pastor eterno, que te dignaste recrearnos á nosotros pobres y desterrados con tu precioso cuerpo y sangre; y tambien convidarnos con palabras de tu propia boca á recibir estos misterios, diciendo: *Venid á mi todos los que teneis trabajos y estais cargados, que yo os aliviare.*

Capítulo II.

De la bondad y caridad de Dios que se manifiesta en este Sacramento para con los hombres.

EL ALMA.

1. Señor, confiando en tu bondad y gran misericordia, vengo yo enfermo al médico; hambriento y sediento, á la fuente de la vida; pobre, al rey del cielo; siervo, al Señor; criatura, al Criador; desconsolado, á mi piadoso consolador.

Mas ¿de dónde á mí tanto bien, que tú vengas á mí? ¿Quién soy yo para que te me des á tí mismo?

¿Cómo se atreve el pecador á comparecer delante de tí? Y tú ¿cómo te dignas de venir al pecador?

Tú conoces á tu siervo, y sabes que ningun bien tiene por donde pueda merecer que tú le hagas este beneficio.

Yo te confieso, pues, mi vileza, reconozco tu bondad, alabo tu piedad, y te doy gracias por tu extremada caridad.

Pues así lo haces conmigo, no por mis merecimientos, sino por tí mismo, para darme á conocer mejor tu bondad; para que se me infunda mayor caridad, y se recomienda más la humildad.

Pues así te agrada á tí, y así mandaste que se hiciese; tambien me agrada á mí que tú lo hayas tenido por bien: ojalá que no lo impida mi maldad!

2. ¡Oh dulcísimo y benignísimo Jesus! ¡cuánta reverencia y gracias acompañadas de perpétua alabanza te son debidas por

habernos dado tu sacratísimo cuerpo, cuya dignidad ningun hombre es capaz de explicar!

Mas ¿qué pensaré en esta comunión, cuando quiero llegarme á mi Señor, á quien no puedo venerar debidamente, y sin embargo deseo recibir con devocion?

¿Qué cosa mejor y más saludable pensaré, sino humillarme profundamente delante de tí, y ensalzar tu infinita bondad sobre mí?

Yo te alabo, Dios mio, y deseo que seas ensalzado para siempre. Despréciome y me rindo á tu majestad en el abismo de mi bajeza.

3. Tú eres el santo de los santos, y yo la basura de los pecadores.

Tú te bajas á mí, que no soy digno de alzar los ojos para mirarte.

Tú vienes á mí, tú quieres estar conmigo, tú me convidas á tu mesa.

Tú me quieres dar á comer el manjar celestial, y el pan de los ángeles; que no es otra cosa por

cierto sino tú mismo, pan vivo que descendiste del cielo, y das vida y mundo.

4. ¡Cuánto es pues, tu amor, cuál tu dignacion! y cuántas gracias y alabanzas te son debidas por esto!

¡Oh cuán saludable y provechoso designio tuviste en la institucion de este sacramento! ¡cuán suave es, y cuán agradable este convite, en que te das á tí mismo por manjar!

¡Oh cuán admirables son tus obras, Señor! ¡cuán poderosa tu virtud! ¡cuán inefable tu verdad!

Pues tú hablaste, y fué hecho el universo; y se hizo lo que tú mandaste.

5. Admirable cosa es, digno de objeto de la fé, y superior al entendimiento humano, que tú, Señor Dios mio, verdadero Dios y hombre eres contenido entero debajo de las especies de pan y vino, y sin detrimento eres comido por el que te recibe.

Tú, Señor de todo, que de nada necesitas, quisiste habitar entre

nosotros por medio de este sacramento.

Conserva mi corazon y mi cuerpo sin mancha, para que con alegría y limpia conciencia pueda celebrar frecuentemente, y recibir para mi eterna salvacion este digno misterio que ordenaste y estableciste principalmente para honra tuya y memoria continúa.

6. Alégrate, alma mia, y dá gracias á Dios por don tan excelente y consuelo tan singular que te fué dejado en este valle de lágrimas.

Porque cuantas veces te acuerdas de este misterio, y recibes el cuerpo de Cristo, tantas representas la obra de tu redencion: y te haces participante de todos sus merecimientos.

Porque la caridad de Cristo nunca se disminuye, y la grandeza de su misericordia nunca mengua.

7. Por eso te debes preparar siempre con nueva devocion del alma, y pensar con atenta consideracion este gran misterio de salud.

Así te debe parecer tan grande, tan nuevo y agradable cuando celebras ú oyes misa, como si fuese el mismo día en que Cristo, descendiendo en el vientre de la Virgen, se hizo hombre; ó aquel en que puesto en la Cruz padeció y murió por la salud de los hombres.

Capítulo III.

Que es provechoso comulgar con frecuencia.

EL ALMA.

1. Á tí vengo, Señor, para disfrutar de tu don sagrado, y regocijarme en tu santo convite, que en tu dulzura preparaste, Dios mio; para el pobre.

En tí está cuanto puedo y debo desear; tú eres mi salud y redención, mi esperanza y fortaleza, mi honor y mi gloria.

Alegra pues hoy el alma de tu siervo, porque á tí, Jesus mio, he levantado mi espíritu.

Deseo yo recibirte ahora con devocion y reverencia; deseo hospedarte en mi casa, de manera que merezca como Zaqueo tu bendicion, y ser contado entre los hijos de Abraham.

Mi alma anhela tu sagrado cuerpo; mi corazon desea ser unido contigo.

2. Date, Señor, á mí, y me basta; porque sin tí ninguna consolacion satisface.

Sin tí no puedo existir; y sin tu visitacion no puedo vivir.

Por eso me conviene llegarme muchas veces á tí, y recibirte para remedio de mi salud, porque no me desmaye en el camino si fuere privado de este manjar celestial.

Pues, tú, benignísimo Jesus, predicando á los pueblos, y curando diversas enfermedades, digiste: *No quiero consentir que se vayan, ayunos á su casa porque no desmayen en el camino.*

Haz pues ahora conmigo de esta suerte; pues te quedaste en el Sacramento para consolacion de los fieles.

Tú eres suave alimento del alma, y quien te comiere dignamente será participante y heredero de la gloria eterna.

Yo que tantas veces caigo y peco, tan presto me entibio y desmayo, necesito verdaderamente renovarme, purificarme y alentarme por la frecuencia de oraciones y confesiones, y de la sagrada participacion de tu cuerpo; no sea que absteniéndome de comulgar por mucho tiempo, decaiga de mi santo propósito.

3. Porque las inclinaciones del hombre son hácia lo malo desde su juventud; y si no le socorre la medicina celestial, al punto vá de mal en peor.

Así es que la santa comunión retrae de lo malo, y conforta en lo bueno.

Y si ahora que comulgo ó celebro soy tan negligente y tibio, ¿que sucedería si no tomase tal medicina, y si no buscase auxilio tan grande?

Y aunque no esté preparado cada día, ni bien dispuesto para

celebrar, procuraré sin embargo recibir los divinos misterios en los tiempos convenientes, para hacerme participante de tanta gracia.

Porque el principal consuelo del alma fiel, mientras peregrina unida á este cuerpo mortal, es acordarse frecuentemente de su Dios, y recibir á su amado con devoto corazon.

4. ¡Oh admirable dignacion de tu clemencia para con nosotros, que tú, Señor Dios, Criador y vivificador de todos los espíritus, te dignas de venir á una pobrecilla alma y satisfacer su hambre con toda tu divinidad y humanidad!

¡Oh feliz espíritu y dichosa alma la que merece recibir con devocion á su Dios y Señor, y rebosar así de gozo espiritual!

¡Oh, qué Señor tan grande recibe, qué huesped tan amable aposenta, qué compañero tan agradable admite, qué amigo tan fiel elige, qué esposo abraza tan noble y tan hermoso, y más

amable que todo cuanto se puede amar ni desear!

Callen en tu presencia, mi dulcísimo amado, el cielo y la tierra con todo su ornato; porque todo cuanto tienen de esplendor y de hermosura lo han recibido de tu beneficencia; y nunca pueden aproximarse á la gloria de tu nombre, cuya sabiduría es infinita.

Capitulo IV.

De los muchos bienes que se conceden á los que devotamente comulgan.

EL ALMA.

1. Señor, Dios mio, preven á tu siervo con las bendiciones de tu dulzura, para que merezca llegar digna y devotamente á tu sublime sacramento.

Mueve mi corazon hácia tí, y sácame de este grave entorpecimiento; visítame con tu gracia saludable para que pueda gustar

en espíritu de suavidad, cuya abundancia se halla en este sacramento como en su fuente.

Alumbra tambien mis ojos para que pueda mirar tan alto misterio; y esfuérzame para creerlo con firmísima fé.

Porque obra tuya es, y no poder humano; sagrada institucion tuya, y no invencion de hombres.

Ninguno ciertamente es capaz por sí mismo de entender cosas tan altas, que aun á la sutileza angélica exceden.

Pues yo, pecador indigno, tierra y ceniza, ¿qué podré escudriñar y entender de tan alto secreto?

2. Señor, con sencillez de corazon, con fé firme y sincera, y por mandato tuyo, me acerco á tí con reverencia y confianza; y creo verdaderamente que estás aquí presente en el sacramento como Dios y como hombre.

Pues quieres, Señor, que yo te reciba, y que me una contigo en caridad.

Por eso suplico á tu clemencia, y pido la gracia especial de que todo me deshaga en tí, y rebose de amor, y que no cuide ya de ninguna otra consolacion.

Porque este altísimo y dignísimo sacramento es la salud del alma y del cuerpo, medicina de toda enfermedad espiritual, con la cual se curan mis vicios, refrenanse mis pasiones, las tentaciones se vencen ó disminuyen, dáse mayor gracia, la virtud comenzada crece, confirmase la fé, esfuérzase la esperanza, y se enciende y dilata la caridad.

3. Porque muchos bienes has dado y das siempre en este sacramento á tus amados, que devotamente comulgan, Dios mio, huésped de mi alma, reparador de la enfermedad humana, y dador de toda consolacion interior.

Tú les infundes mucho consuelo contra diversas tribulaciones, y de lo profundo de su propio desprecio los levantas á esperar tu proteccion, y con una nueva gracia los recreas y alumbras

interiormente, y así los que antes de la comunión estaban inquietos y sin devoción, después, recreados con este sustento celestial, se hallan muy mejorados.

Y esto lo haces de gracia con tus escogidos, para que conozcan verdaderamente, y experimenten á las claras cuánta flaqueza tienen en sí mismos, y cuán grande bondad y gracia alcanzan de tu clemencia.

Porque siendo por sí mismos fríos, duros é indevotos, de tí reciben el estar fervorosos, devotos y alegres.

Pues ¿quién llegando humildemente á la fuente de la suavidad, no vuelve con algo de dulzura?

O ¿quién está cerca de algún gran fuego, que no reciba algún calor?

Tú eres fuente llena, que siempre mana y rebosa; fuego que de continuo arde y nunca se apaga.

4. Por esto, si no me es dado sacar agua de la abundancia de la fuente, beber hasta hartarme, pondré siquiera mis labios á la

boca del caño celestial para que á lo menos reciba de allí alguna gotilla, para templar mi sed, y no secarme enteramente.

Y si no puedo ser todo celestial, y tan abrasado como los querubines y serafines, trabajaré á lo menos por hacerme devoto, y disponer mi corazon para adquirir siquiera una pequeña llama del divino incendio, mediante la humilde comunión de este vivifico sacramento.

Pero todo lo que me falta, buen Jesus, Salvador santísimo, súplelo tú benigna y graciosamente por mí; pues tuviste por bien de llamar á todos, diciendo: *Venid á mí todos los que teneis trabajos y estais cargados, que yo os recrearé.*

5. Yo, pues, trabajo con sudor de mi rostro, soy atormentado con dolor de corazon, estoy cargado de pecados, combatido de tentaciones, envuelto y oprimido de muchas pasiones, y no hay quien me valga, no hay quien me libre y salve, sino tú, Señor Dios,

Salvador mio, á quién me encomiendo y todas mis cosas, para que me guardes y lleves á la vida eterna.

Recíbeme para honra y gloria de tu nombre; pues me dispusiste tu cuerpo y sangre en manjar y bebida.

Concédeme, Señor Dios, Salvador mio, que crezca el afecto de mi devocion con la frecuencia de este soberano misterio.

Capítulo V.

De la dignidad del Sacramento y del estado del sacerdocio.

JESUCRISTO.

1. Aunque tuvieses la pureza de los ángeles, y la santidad de San Juan Bautista, no serías digno de recibir ni manejar este sacramento.

Porque no cabe en merecimiento humano que el hombre consagre y tenga en sus manos el

sacramento de Cristo y coma el pan de los ángeles.

Grande es este misterio, y grande es la dignidad de los sacerdotes, á los cuales es dado lo que no es concedido á los ángeles.

Pues solo los sacerdotes ordenados en la Iglesia tienen poder de celebrar y consagrar el cuerpo de Jesucristo.

El sacerdote es ministro de Dios, cuyas palabras usa por su mandamiento y ordenacion; más Dios es allí el principal autor y obrador invisible, á cuya voluntad todo está sujeto, y á cuyo mandamiento todo obedece

2. Así, pues, debes creer á Dios todo poderoso en este sublime sacramento más que á tus propios sentidos y á las señales visibles.

Y por eso debe el hombre llegar á este misterio con temor y reverencia.

Reflexiona sobre tí mismo, y mira que tal es el ministerio que te ha sido encomendado por la

imposicion de las manos del obispo.

Has sido hecho sacerdote y ordenado para celebrar, cuida pues de ofrecer á Dios este sacrificio con fé y devocion en el tiempo conveniente, y de mostrarte irrepreensible.

No has aliviado tu carga; antes bien estás atado con más estrecho vínculo, y obligado á mayor perfeccion de santidad.

El sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes, y ha de dar á los otros ejemplo de buena vida.

Su porte no ha de ser como el de los hombres comunes; sino como el de los ángeles en el cielo, ó el de los varones perfectos en la tierra.

3. El sacerdote vestido de las vestiduras sagradas, tiene el lugar de Cristo para rogar devota y humildemente á Dios por sí y por todo el pueblo.

Él tiene la señal de la cruz de Cristo delante de sí, y en las espaldas, para que continuamente

tenga memoria de su sacratísima pasión.

Delante de sí en la casulla trae la cruz, para que mire con diligencia las pisadas de Cristo, y estudie en seguirle con fervor.

En las espaldas está tambien señalado de la cruz, para que sufra con paciencia por Dios cualquiera injuria que otro le hiciere.

La cruz lleva delante, para que llore sus pecados, y detrás la lleva para llorar por compasión los ajenos y para que sepa que es medianero entre Dios y el pecador, y no cese de orar ni ofrecer el santo sacrificio hasta que merezca alcanzar la gracia y misericordia divina.

Cuando el sacerdote celebra, honra á Dios, alegra á los ángeles, y edifica á la Iglesia, ayuda á los vivos, dá descanso á los difuntos, y hácese participante de todos los bienes.

Capítulo VI.

Ejercicio para antes de la comunión.

EL ALMA.

1. Señor, cuando pienso en tu dignidad y mi vileza, tengo gran temblor, y me hallo confuso.

Porque si no me llego á tí, huyo de la vida; y si indignamente me atrevo, incurro en tu ofensa.

¿Pues qué haré, Dios mio, ayudador mio, consejero mio, en las necesidades?

2. Enséñame tú el camino derecho; propónme algun ejercicio conveniente para la sagrada comunión.

Porque es útil saber de qué modo deba yo preparar mi corazón devotamente y con reverencia, para recibir saludablemente tu sacramento, ó para celebrar tan grande y divino sacrificio.

Capítulo VII.

Del exámen de la propia conciencia y
del propósito de la enmienda.

JESUCRISTO.

1. Sobre todas las cosas es necesario que el sacerdote de Dios llegue á celebrar, manejar y recibir este sacramento con grandísima humildad de corazon y con devota reverencia, con entera fé y con piadosa intencion de la honra de Dios.

Examina diligentementetu conciencia, y segun tus fuerzas límpiala y adornála con verdadero dolor y humilde confesion, de manera que no tengas ó sepas cosa grave que te remuerda y te impida llegar libremente al sacramento.

Ten aborrecimiento de todos tus pecados en general, y por las faltas diarias duélete y gime más particularmente.

Y si el tiempo lo permite, confiesa á Dios todas las miserias de tus pasiones en lo secreto de tu corazon.

2. Llora y duélete de que aún eres tan carnal y mundano, tan poco mortificado en las pasiones, tan lleno de movimientos de concupiscencia;

Tan poco diligente en la guarda de los sentidos exteriores, tan envuelto muchas veces en vanas imaginaciones;

Tan inclinado á las cosas exteriores, tan negligente en las interiores;

Tan fácil á la risa y á la dissipacion, tan duro para las lágrimas y la compuncion;

Tan dispuesto á la relajacion y regalos de la carne, tan perezoso al rigor y al fervor;

Tan curioso para oir novedades y ver cosas hermosas, tan remiso en abrazar las humildes y despreciadas;

Tan codicioso de tener mucho, tan encogido en dar, tan avariento en retener;

Tan inconsiderado en hablar,
tan poco detenido en callar, tan
descompuesto en las costumbres,
tan indiscreto en las obras;

Tan desordenado en el comer,
tan sordo á las palabras de Dios;

Tan presto para holgarte, tan
tardío para trabajar;

Tan despierto para oir hablillas
y cuentos, y tan soñoliento para
velar en oracion;

Tan impaciente por llegar al
fin, y tan vago en la atencion;

Tan negligente en el rezo, tan
tibio en la misa, tan indevoto en
la comunion;

Tan á menudo distraido, tan
raras veces enteramente reco-
gido;

Tan prontamente conmovido á
la ira, tan fácil para disgustar á
los demás;

Tan propenso á juzgar, tan ri-
goroso en reprender;

Tan alegre en la prosperidad,
tan abatido en la adversidad;

Tan fecundo en buenos propó-
sitos y tan estéril en ponerlos
por obra.

3. Despues de haber confesado y llorado estos y otros defectos con dolor y gran disgusto de tu propia fragilidad, propon firmemente y de enmendar siempre tu vida y mejorarla de allí adelante.

En seguida, abandonándote á mí con absoluta y entera voluntad, ofrécete á tí mismo para gloria de mi nombre en el altar de tu corazon, como sacrificio perpétuo, encomendándome á mí con entera fé el cuidado de tu cuerpo y de tu alma.

Para que de esta manera merezcas llegar dignamente á ofrecer el santo sacrificio, y recibir saludablemente el sacramento de mi cuerpo.

4. Pues no hay ofrenda más digna, ni mayor satisfaccion para borrar los pecados, que ofrecerse á sí mismo pura y enteramente á Dios, con el sacrificio del cuerpo de Crísto en la misa y comunión.

Si el hombre hiciere lo que está de su parte, y se arrepintiere

verdaderamente, cuantas veces acudiere á mí por perdon y gracia: *Vivo yo, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; porque no me acordaré más de sus pecados, sino que todos le serán perdonados.*

Capítulo VIII.

Del ofrecimiento de Cristo en la cruz,
y de la propia resignacion.

JESUCRISTO.

1. Así como yo me ofrecí voluntariamente por tus pecados á Dios Padre con las manos extendidas en la cruz, y todo el cuerpo desnudo, de modo que nada me quedó que no pasase en sacrificio para reconciliarte con Dios.

Así debes tú tambien ofrecérteme cada dia en la misa en ofrenda pura y santa, cuanto más entrañablemente puedas, con toda

tu voluntad, y con todas tus fuerzas y deseos.

¿Qué otra cosa quiero de tí más que el que te entregues á mí sin reserva?

Cualquier cosa que me des sin tí, no gusto de ella; porque no quiero tu don, sino á tí mismo.

2. Así como no te bastarían todas las cosas sin mí; así no puede agradarme á mí cuanto me ofrecieres sin tí.

Ofrécete á mí y dáte todo por Dios, y será muy acepto tu sacrificio.

Mira como yo me ofrecí todo al Padre por tí; y tambien te dí todo mi cuerpo y sangre en manjar, para ser todo tuyo, y que tú quedases todo mio.

Mas si tú estás pegado á tí mismo, y no te ofreces de buena gana á mi voluntad, no es cumplida ofrenda la que haces, ni será entre nosotros entera la union.

Por eso á todas tus obras debe preceder el ofrecimiento voluntario de tí mismo en las manos de

Dios, si quieres alcanzar libertad y gracia.

Porque por eso tampoco se hacen varones ilustrados y libres en lo interior, porque no saben del todo negarse á sí mismos.

Esta es mi firme sentencia: Que no puede ser mi discípulo el que no renunciare todas las cosas. Por lo cual, si tú deseas serlo, ofrécteme con todos tus deseos.

Capítulo IX.

Que debemos ofrecernos á Dios con todas nuestras cosas y rogarle por todos.

EL ALMA.

1. Señor, tuyo es todo lo que está en el cielo y en la tierra.

Yo deseo ofrecérte de mi voluntad, y quedar tuyo para siempre.

Señor, con sencillez de corazón me ofrezco hoy á tí por siervo perpetuo, en obsequio y sacrificio de eterna alabanza.

Recíbeme con este santo sacrificio de tu precioso cuerpo que te ofrezco hoy en presencia de los ángeles que están asistiendo invisiblemente, para que lo recibas por mi salud y la de todo el pueblo.

2. Señor, yo te presento en el altar de tu misericordia todos mis pecados y delitos, cuantos he cometido en tu presencia y de tus santos ángeles desde el día que comencé á pecar hasta hoy, para que tú los abrases todos juntos y los quemes con el fuego de tu caridad, quites todas las manchas de ellos, limpies mi conciencia de todo delito, y me vuelvas á tu gracia que perdí por el pecado, perdonándemelos todos enteramente, y admitiéndome misericordiosamente al ósculo de tu paz y amistad.

3. Qué puedo yo hacer por mis pecados, sino confesarlos humildemente, llorando é implorando tu misericordia sin cesar?

Yo la imploro, pues, en tu divino acatamiento; óyeme propicio, Dios mio.

Aborrezco mucho todos mis pecados, y no quiero ya cometerlos jamás; antes, arrepentido y pesaroso de ellos mientras viviere, estoy dispuesto para hacer penitencia y satisfacer segun mis fuerzas.

¡Perdona, oh Dios, perdona mis pecados por tu santo nombre! Salva mi alma que redimiste con tu preciosa sangre.

Vesme aquí que me encomiendo á tu misericordia, me entrego en tus manos.

Haz conmigo segun tu bondad, y no segun mi malicia é iniquidad.

4. Tambien te ofrezco, Señor, todos mis bienes, aunque muy pocos é imperfectos, para que tú los enmiendes y santifiques, para que los hagas agradables y aceptos á tí, y siempre los mejores; y á mí, hombrezuelo inútil y perezoso, me llesves á un santo y bienaventurado fin.

5. Tambien te ofrezco todos los santos deseos de los devotos, y las necesidades de mis parientes, amigos, hermanos y de todos

mis conocidos, y de cuantos me han hecho bien á mi y á otros por tu amor.

Y de todos los que desearon y pidieron que yo orase, ó dijese misa por ellos, y por todos los suyos vivos y difuntos.

Para que todos sientan el favor de tu gracia, el auxilio de tu consolacion, la proteccion en los peligros, y el alivio en los trabajos; para que, libres de todos los males, te dén muy alegres y cordialísimas gracias.

6. Tambien te ofrezco mis oraciones y el sacrificio de propiciacion, especialmente por los que en algo me han enojado ó vituperado, ó me han hecho algun daño ó agravio.

Y por todos lo que yo enojé, turbé, agravié y escandalicé, por palabra, por obra, por ignorancia ó advertidamente; para que tú nos perdones á todos nuestros pecados y ofensas recíprocas.

Aparta, Señor, de nuestros corazones toda mala sospecha, toda ira, indignacion y contienda, y

cuanto pueda estorbar la caridad, y disminuir el amor del prójimo.

Misericordia, misericordia, Señor, dá tu misericordia á los que la piden, y tu gracia á los que la necesitan, y haz que vivamos de tal modo que seamos dignos de gozar de tu gracia, y que aprovechemos para la vida eterna. Amen.

Capítulo X.

No se debe dejar fácilmente la sagrada comunión.

JESUCRISTO.

1. Muy á menudo debes acudir á la fuente de la gracia y de la misericordia divina; á la fuente de la bondad y de toda pureza, para que puedas sanar de tus pasiones y vicios, y merezcas hacerte más fuerte y más despierto contra todas las tentaciones y engaños del demonio.

El enemigo, sabiendo el grandísimo fruto y remedio que hay

en la sagrada comunión, trabaja cuanto puede sin perder medio ni ocasión por retraer y estorbar á los fieles y devotos.

2. Así sucede con algunos que, cuando piensan en prepararse para la sagrada comunión, entónces padecen peores tentaciones de Santanás que antes.

Este espíritu maligno se mete entre los hijos de Dios, como se dice en el libro de Job, para turbarlos con su acostumbrada malicia, ó para hacerlos excesivamente tímidos y perplejos; y de este modo entibiar su devoción, ó quitarles la fe con las impugnaciones que les sugiere, por si acaso consigue así que dejen del todo la comunión, ó se lleguen á ella con tibieza.

Mas no debemos cuidar de sus astucias y tentaciones por más torpes y espantosas que sean, sino rechazar contra él mismo los fantasmas abominables que nos representa.

Despreciarse debe este desdichado y burlarse de él; y no

dejar la sagrada comunión por todos sus acometimientos, y por las turbaciones que levantara.

3. Muchas veces estorba también la demasiada ánsia de tener devoción, y cierta inquietud por confesarse bien.

Haz en esto lo que te aconsejen los sábios, y deja el ánsia y el escrúpulo, porque impide la gracia de Dios, y destruye la devoción del alma.

No dejes la sagrada comunión por alguna pequeña tribulación ó pesadumbre; sino véte luego á confesar, y perdona de buena gana todas las ofensas que te han hecho.

Y si tu has ofendido á alguno, pídele perdón con humildad, y Dios te perdonará también de buena voluntad.

4. ¿De qué sirve retardar mucho la confesión, ó diferir la sagrada comunión?

Límpiate cuanto antes, vomita luego el veneno, toma presto el remedio, y te hallarás mejor que si lo dilatares mucho tiempo.

Si hoy la dejas por alguna causa, mañana te puede acaecer otra mayor; y así te apartarás mucho tiempo de la comunión, y despues estarás menos dispuesto.

Lo más presto que pudieres sacude tu pereza é inaccion; porque nada se gana con angustiarse é inquietarse largo tiempo, y apartarse del divino sacramento por obstálos diarios.

Al contrario, daña mucho el dilatar demasiado la comunión; porque esto suele causar un grave entorpecimiento.

Pero ¡oh dolor! Algunos tibios y disipados dilatan con gusto la confesion, y desean retardar la sagrada comunión, por no verse obligados á guardar su alma con mayor cuidado.

5. ¡Oh, cuán poca caridad y flaca devocion tienen los que tan fácilmente dejan la sagrada comunión!

¡Cuán bienaventurado es, y cuán agradable á Dios el que vive tan bien, y guarda su conciencia

con tanta pureza, que esté dispuesto á comulgar cada dia, y muy deseoso de hacerlo así, si le conviniese y no fuese notado!

El que se abstiene algunas veces por humildad ó por alguna causa legítima, es de alabar por su respeto.

Mas si poco á poco le entrare la tibieza, debe despertarse á sí mismo, y hacer lo que esté de su parte, y el Señor ayudará su deseo, por la buena voluntad, que es á la que especialmente atiende.

6. Mas cuando estuviere legítimamente impedido, tenga siempre buena voluntad y devota intencion de comulgar, y así no carecerá del fruto del sacramento.

Porque cualquier devoto puede cada dia y cada hora comulgar espiritualmente con fruto.

Mas en ciertos dias y en el tiempo mandado, debe recibir sacramentalmente el cuerpo de su Redentor con afectuosa reverencia, y buscar más bien la gloria y honra de Dios, que su propia consolacion.

Porque tantas veces comulga místicamente y se alimenta invisiblemente su espíritu, cuantas se acuerda con devocion del misterio de la Encarnacion y Pasion de Cristo, y se enciende en su amor.

7. El que no se prepara sino al acercarse la fiesta, ó cuando le fuerza la costumbre, muchas veces se hallará mal preparado.

Bienaventurado el que se ofrece á Dios en entero sacrificio cuantas veces celebra ó comulga.

No seas muy prolijo ni acelerado en celebrar; sino guarda el medio justo y ordinario de los demás con quienes vives.

No debes causar á los otros molestia ni enfado, sino ir por el camino ordinario de los mayores, y mirar más al aprovechamiento de los otros, que á tu propia devocion y afecto.

Capítulo XI.

El cuerpo de Cristo y la sagrada Escritura
son muy necesarias al alma fiel.

JESUCRISTO.

1. ¡Oh dulcísimo Señor Jesus! ¡Cuánta es la dulzura del alma devota, que se regala contigo en tu banquete, donde no se le presenta otro manjar que á su único amado, apetecible sobre todos los deseos de su corazon!

Sería ciertamente muy dulce para mí derramar en tu presencia copia de lágrimas afectuosas, y regar con ellas tus piés como la piadosa Magdalena.

Mas ¿dónde está ahora esta devocion? ¿dónde el copioso derramamiento de lágrimas devotas?

Por cierto en tu presencia, y en la de tus santos ángeles, todo mi corazon debiera encenderse y llorar de gozo.

Porque en el sacramento te tengo verdaderamente presente,

aunque encubierto bajo de otra especie.

2. Porque el mirarte en tu propia y divina claridad no podrían mis ojos resistirlo, ni el mundo entero subsistiría ante el resplandor de la gloria de tu majestad.

Tienes pues consideracion á mi imbecilidad cuando te ocultas bajo de este sacramento.

Yo tengo verdaderamente y adoro al mismo á quien adoran los ángeles en el cielo: mas yo solo con la fé por ahora, ellos, claramente y sin velo.

Debo yo contentarme con la luz de una fé verdadera, y andar con ella hasta que amanezca el dia de la claridad eterna, y desaparezcan las sombras de las figuras.

Mas cuando llegue este perfecto estado, cesará el uso de los sacramentos; porque los bienaventurados en la gloria no necesitan de medicina sacramental.

Sino que están siempre absorbidos de gozo en la presencia de

Dios, contemplando cara á cara su gloria; y trasladados de esta claridad al abismo de la claridad de Dios, gustan el Verbo encarnado, como fué en el principio, y permanecerá eternamente.

3. Acordándome de estas maravillas, cualquier contento, aunque sea espiritual, se me convierte en grave tédio, porque mientras no veo claramente á mi Señor en su gloria, en nada estimo cuanto en el mundo veo y oigo.

Tú, Dios mio, me eres testigo de que ninguna cosa me puede consolar, ni criatura alguna dar descanso sino tú, Dios mío, á quien deseo contemplar eternamente.

Mas esto no es posible mientras vivo en carne mortal.

Por eso debo tener mucha paciencia, y sujetarme á tí en todos mis deseos.

Porque tambien, Señor, tus santos, que ahora se regocijan contigo en el reino de los cielos, cuando vivían en este mundo esperaban con gran fé y paciencia la venida de tu gloria. Lo que

ellos creyeron, creo yo; lo que esperaron, espero; adonde llegaron ellos finalmente por tu gracia, tengo yo confianza de llegar.

Entre tanto caminaré con la fé, confortado con los ejemplos de los santos.

Tambien tendré los libros santos, para consolacion y espejo de la vida; y sobre todo esto, el cuerpo santísimo tuyo por singular remedio y refugio.

4. Pues conozco que tengo grandísima necesidad de dos cosas, sin las cuales no podría soportar esta vida miserable.

Detenido en la cárcel de este cuerpo, confieso serme necesarias dos cosas, que son mantenimiento y luz.

Dísteme, pues, como á enfermo tu sagrado Cuerpo para alimento del alma y del cuerpo, y además me comunicaste tu divina palabra para que sirviese de luz á mis pasos.

Sin estas dos cosas yo no podría vivir bien; porque la palabra de Dios es la luz de mi alma, y

tu sacramento el pan que le dá vida.

Estas se pueden llamar dos mesas colocadas á uno y á otro lado en el tesoro de la Santa Iglesia.

Una es la mesa del sagrado altar donde está el pan santificado, esto es, el precioso cuerpo de Cristo.

Otra es la de la ley divina, que contiene la doctrina sagrada, enseña la verdadera fé, y nos conduce con seguridad hasta lo más interior del velo donde está el Santo de los santos.

Gracias te doy, Jesus mio, esplendor de la luz eterna, por la mesa de la santa doctrina que nos diste por tus siervos los profetas, los apóstoles y los otros doctores.

5. Gracias te doy, Criador y redentor de los hombres, de que, para manifestar á todo el mundo tu caridad, dispusiste una gran cena, en la cual diste á comer, no el cordero figurativo, sino tu santísimo cuerpo y sangre, alegrando á todos los fieles, y embriagándolos con el cáliz saludable

en este sagrado banquete, donde están todas las delicias del paraíso, y donde los santos ángeles comen con nosotros, aunque gustan una suavidad más feliz.

6. ¡Oh cuán grande y honorífico es el oficio de los sacerdotes, á los cuales es concedido consagrar al Señor de la majestad con las palabras sagradas, bendecirlo con sus lábios, tenerlo en sus manos, recibirlo en su propia boca, y distribuirle á los demás.

¡Oh, cuán limpias deben estar aquellas manos, cuán pura la boca, cuán santo el cuerpo, cuán inmaculado el corazon del sacerdote. donde tantas veces entra el Autor de la pureza!

De la boca del sacerdote no debe salir palabra que no sea santa, que no sea honesta y útil, pues tan continuamente recibe el santísimo Sacramento.

7. Deben ser simples y castos los ojos acostumbrados á mirar el cuerpo de Cristo, puras y levantadas al cielo las manos que tocan al Criador del cielo y de la tierra.

A los sacerdotes especialmente se dice en la ley: *Sed santos, porque yo, vuestro Dios y Señor, soy santo.*

8. ¡Oh Dios todopoderoso! Ayúdenos tu gracia á los que hemos recibido el oficio sacerdotal, para que podamos servirte digna y devotamente con toda pureza y buena conciencia.

Y si no podemos proceder con tanta inocencia de vida como debemos, otórganos llorar dignamente los pecados que hemos cometido, y de aquí adelante servirte con mayor fervor, con espíritu de humildad, y con buena y constante voluntad.

Capítulo XII.

Debe disponerse con gran diligencia el que ha de recibir á Cristo.

JESUCRISTO.

1. Yo soy amante de la pureza, y dador de toda santidad.

Yo busco un corazon puro, y allí es el lugar de mi descanso.

Prepárame una sala grande y adornada, y celebraré contigo la pascua con mis discípulos.

Si quieres que venga á tí y me quede contigo, arroja de tí la levadura vieja, y limpia la morada de tu corazon.

Desecha de tí todo el mundo, y todo el ruido de los vicios; siéntate como pájaro solitario en el tejado, y piensa en tus excesos con amargura de tu alma.

Pues cualquier persona que ama, dispone á su amado el mejor y más aliñado lugar; porque en esto se conoce el amor del que hospeda al amado.

2. Pero sábetete que no puedes alcanzar esta preparacion con el mérito de tus obras, aunque te preparases un año entero y no pensases en otra cosa.

Mas por sola mi piedad y gracia se te permite llegar á mi mesa; como si un rico convidase é hiciese comer con él á un pobre mendigo que no tuviese otra cosa

para pagar este beneficio sino humildad y agradecimiento.

Haz lo que esté de tu parte; y hazlo con mucha diligencia, no por costumbre, ni por necesidad; sino con temor, reverencia y amor recibe el cuerpo de Jesucristo, tu amado Dios y Señor, que se digna venir á tí.

Yo soy el que te llamé y mandé que vinieses, yo supliré lo que te falta; ven y recíbeme.

3. Cuando yo te concedo afectos de devocion, dá gracias á tu Dios, no porque eres digno, sino porque tuve misericordia de tí.

Si no sientes devocion, y te hallas muy seco, persevera en la oracion, gime, llama y no ceses hasta que merezcas recibir una migaja, ó una gota de gracia saludable.

Tú me necesitas á mí; yo no necesito de tí.

Ni tú vienes á santificarme á mí; sino que yo vengo á santificarte y mejorarte.

Tú vienes para que seas por mí santificado y unido conmigo para

que recibas nueva gracia, y te enervorices de nuevo para la enmienda.

No desprecies esta gracia, más bien prepara con toda diligencia tu corazon, y recibe dentro de tí á tu amado.

4. Pero conviene que no solo procures la devocion antes de comulgar, sino que tambien la conserves con cuidado despues de recibido el Sacramento. Ni es menos necesario despues el recogimiento y vigilancia, que lo es antes la devota preparacion; porque el cuidado que despues se tiene, es la mejor disposicion para recibir nuevamente mayor gracia.

Y al contrario, se indispone para ella el que luego se entrega con exceso á las complacencias exteriores.

Guárdate de hablar mucho, recógete á algun lugar secreto, y goza de tu Dios; pues tienes al que no te puede quitar todo el mundo.

Yo soy á quien te debes entregar sin reserva, de manera que

ya no vivas en tí, sino en mí sin cuidado alguno.

Capítulo XIII.

Cómo el alma debe desear con todo su corazon unirse á Cristo en el Sacramento.

EL ALMA.

1. ¿Quién me dará, Señor, que te halle solo para abrirte todo mi corazon, y gozarte como mi alma desea, y que ya ninguno me desprecie, ni criatura alguna me mueva ú ocupe mi atencion; sino que tú solo me hables, y yo á tí, como se hablan dos que mutuamente se aman, ó como se regocijan dos amigos entre sí?

Lo que pido, lo que deseo, es unirme á tí enteramente, desviar mi corazon de todas las cosas cuidadas y aprender á gustar las celestiales y eternas por medio de la sagrada comunión y frecuente celebracion.

¡Ay Dios mio! ¿cuándo estaré absorto y enteramente unido á tí, y del todo olvidado de mí?

¿Cuándo me concederás estar tú en mí, y yo en tí; y permanecer así unidos eternamente?

2. En verdad tú eres mi amado escogido entre millares, con quien mi alma desea estar todos los dias de su vida.

Tú eres verdaderamente el autor de mi paz; en tí está la suma tranquilidad y el verdadero descanso; fuera de tí todo es trabajo, dolor y miseria infinita.

Verdaderamente eres tú el Dios escondido que no comunicas á los malos, sino que tu conversacion es con los humildes y sencillos.

¡Oh Señor, cuán suave es tu espíritu, pues para manifestar tu dulzura para con tus hijos, te dignaste mantenerlos con el pan suavísimo bajado del cielo!

Verdaderamente no hay otra nacion tan grande, que tenga dioses que tanto se le acerquen, como tú, Dios nuestro, te acercas á todos tus fieles, á quienes

te dás para que te coman y disfruten y así perciban un continuo consuelo, y levanten su corazon á los cielos.

3. Porque ¿dónde hay gente alguna tan ilustre como el pueblo cristiano?

Ó ¿qué criatura hay debajo del cielo tan amada, como el alma devota, á quien se comunica Dios para apacentarla con su gloriosa carne?

¡Oh inefable gracia! ¡Oh maravillosa dignacion!

¡Oh amor sin medida, singularmente reservado para el hombre!

Pues ¿qué daré yo al Señor por esta gracia, por esta caridad tan grande?

No hay cosa más agradable que yo le pueda dar, que mi corazon todo entero, para que esté unido con él íntimamente.

Entónces se alegrarán todas mis entrañas, cuando mi alma estuviere perfectamente unida á Dios.

Entónces me dirá: *Si tú quieres estar conmigo, yo quiero estar*

contigo. Y yo le responderé: Dignate, Señor, quedarte conmigo, pues yo quiero de buena gana estar contigo.

Este es todo mi deseo, que mi corazon esté contigo unido.

Capítulo XIV.

Del ánsia con que algunos devotos desean el cuerpo de Cristo.

EL ALMA.

1. Oh Señor, ¡cuán grande es la abundancia de tu dulzura, que reservaste para los que te temen! Cuando me acuerdo, Señor, de algunos devotos que se llegan á tu sacramento con dignísima devocion y afecto, me confundo muchas veces, y me avergüenzo de mí mismo al ver que llego tan tibio y tan frio á tu altar, y á la mesa de la sagrada comunión.

Que me quedo tan seco, y sin dulzura de corazon; que no estoy todo encendido delante de tí, Dios mio, ni tan vehementemente atraído y poseído de amor, como

otros muchos devotos, que por el gran deseo de comulgar, y por el amor sensible de su corazon, no pudieron detener las lágrimas.

Sino que con la boca del corazon y del cuerpo anhelaban afectuosamente á tí, Dios mio, fuente viva, no pudiendo templar ni hartar su hambre de otro modo, sino recibiendo tu cuerpo con indecible regocijo y ánsia espiritual.

2. ¡Oh verdadera y ardiente fé la suya, prueba manifiesta de tu sagrada presencia en este sacramento!

Estos son verdaderamente los que conocen á su Señor en el partir del pan; pues su corazon arde en ellos tan vivamente, porque Jesus anda en su compañía.

Léjos está de mí muchas veces semajante afecto y devocion, tan grande amor y fervor.

Buen Jesus, séme propicio, dulce y benigno, y concede á este tu pobre mendigo siquiera alguna vez sentir en la santa comunión un poco de afecto entrañable de tu amor, para que mi fé se

fortalezca, crezca la esperanza en tu bondad, y la caridad una vez perfectamente encendida y experimentada del maná celestial, nunca desfallezca.

Poderosa es, pues, tu misericordia para concederme gracia tan deseada, y visitarme clementísimamente con este espíritu de fervor el día que tuvieres por bien.

Y aunque no me hallo inflamado del gran deseo de tus especiales devotos, quiero á lo menos con tu gracia tener tan fervoroso deseo; y pido y deseo ser participante de los que tan fervorosamente te aman, y ser contado en su número.

Capítulo XV.

Que la devocion se alcanza con la humildad
y abnegacion de si mismo.

JESUCRISTO.

1. Debes buscar con diligencia la gracia de la devocion, pedirla

con instancia, esperarla con paciencia y confianza, recibirla con gratitud, guardarla con humildad, obrar solícitamente con ella, y dejar á Dios el tiempo y el modo en que se digne visitarte.

Te debes humillar en especial cuando sientes interiormente poca ó ninguna devocion; mas no te abatas demasiado, ni te entristezcas desordenadamente.

Dios dá muchas veces en un instante lo que negó largo tiempo.

Tambien dá algunas veces al fin de la oracion lo que dilató desde el principio.

2. Si siempre se nos diese la gracia sin dilacion, y á medida de nuestro deseo, no podría abrazarla bien el hombre flaco.

Por eso la debes esperar con segura confianza y humilde paciencia; y cuando no te es concedida, ó te fuere quitada secretamente, echa la culpa á tí mismo y á tus pecados.

Algunas veces es bien pequeña cosa la que impide y esconde la gracia, si es que se debe llamar

poco y no mucho lo que tanto bien estorba.

Mas si aquello poco ó mucho apartares; y perfectamente vencieres, tendrás lo que suplicaste.

3. Porque luego que te entregares á Dios de todo tu corazon, y no buscares cosa alguna por tu propio gusto, sino que del todo te pusieres en sus manos, te hallarás recogido y sosegado; porque nada te agradará, ni te sabrá tan bien como el beneplácito de la divina voluntad.

Cualquiera, pues, que levantara su intencion á Dios con sencillorazon, y se despojare de todo amor ú ódio desordenado de cualquier cosa criada, estará muy bien dispuesto para recibir la divina gracia, y se hará digno del don de la devocion.

Porque el Señor echa su bendicion, donde halla los vasos vacios.

Y cuanto más perfectamente renunciaré alguno las cosas bajas, y estuviere muerto á sí mismo por su propio desprecio; tanto

más presto viene la gracia, más copiosamente entra, y más alto levanta el corazon ya libre.

4. Entónces verá y abundará, y se maravillará, y se dilatará su corazon; porque la mano del Señor está con él, y él se puso enteramente en sus manos para siempre. De esta manera será bendito el hombre que busca á Dios con todo su corazon, y no ha recibido su alma en vano.

Este, cuando recibe la santa comunión, merece la singular gracia de la union divina; porque no mira á su propia devoción y consuelo, sino sobre todo á la gloria y honra de Dios.

Capitulo XVI.

Que debemos manifestar á Cristo nuestras necesidades y pedirle su gracia.

EL ALMA.

1. ¡Oh dulcísimo y amantísimo Señor, á quien deseo recibir

ahora devotamente! tú conoces mi flaqueza, y la necesidad que padezco, en cuantos males y vicios estoy abismado. cuantas veces me veo agobiado, tentado, turbado, y amancillado.

A tí vengo por remedio, á tí acudo por consuelo y alivio.

Hablo á quien todo lo sabe, á quien son manifiestos todos los secretos de mi corazon, y á quien solo me puede consolar y ayudar perfectamente.

Tú sabes los bienes que más falta me hacen, y cuán pobre soy en virtudes.

2. Vésme aquí delante de tí pobre y desnudo, pidiendo gracia, é implorando misericordia.

Dá de comer á este tu hambriento mendigo; enciende mi frialdad con el fuego de tu amor; alumbra mi ceguedad con la claridad de tu presencia.

Conviérteme todo lo terreno en amargura, todo lo pesado y contrario en paciencia, todo lo ínfimo y criado en menosprecio y olvido.

Levanta mi corazon á tí en el cielo, y no me dejes andar vagando por la tierra.

Tú solo me seas dulce desde ahora para siempre; pues tú solo eres mi manjar y bebida, mi amor, mi gozo, mi dulzura y todo mi bien.

3. ¡Oh, si me encendieses todo con tu presencia, y me abrasases y trasformases en tí, para ser un espíritu contigo por la gracia de la union interior, y por la efusion de un amor abrasado!

No consientas que me separe de tí ayuno y seco; sino pórtate conmigo piadosamente, como lo has hecho muchas veces con tus santos de un modo admirable.

¡Qué extraño sería que yo me abrasase todo en tu amor, sin acordarme de mí, siendo tú fuego que siempre arde y nunca cesa, amor que limpia los corazones y alumbra el entendimiento!

Capítulo XVII.

Del amor fervoroso y vehemente deseo de recibir á Cristo.

EL ALMA.

1. Con suma devocion y abrazado amor, con todo el afecto y fervor del corazon, deseo, Señor, recibirte en la comunion, como lo desearon muchos santos y personas devotas que te agradaron mucho con la santidad de su vida, y tuvieron devocion ardentísima.

¡Oh Dios mio, amor eterno, todo mi bien, felicidad interminable! deseo recibirte con el deseo más vehemente, y con la reverencia más digna, cual jamás tuvo ni pudo sentir ninguno de los santos.

2. Y aunque yo sea indigno de tener aquellos sentimientos devotos, te ofrezco todo el afecto de mi corazon, como si yo solo tuviese todos aquellos inflamados deseos.

Y cuanto puede el alma piadosa concebir y desear, todo te lo presento y ofrezco con humildísima reverencia, y con entrañable fervor.

Nada deseo reservar para mí, sino ofrecerme en sacrificio con todas mis cosas voluntariamente y con el mayor afecto.

Señor, Dios mio, Criador y Redentor mio, con tal afecto, reverencia, honor y alabanza, con tal agradecimiento, dignidad y amor, con tal fé, esperanza y pureza, deseo recibirte, hoy como te recibió y deseó tu santísima madre la gloriosa Virgen María, cuando al ángel que le anunció el misterio de la Encarnacion, respondió humilde y devotamente: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.*

3. Y como el bienaventurado San Juan Bautista, tu precursor, y el mayor de los santos, cuando aún estaba encerrado en el vientre de su madre, dió saltos de alegría en tu presencia con gozo del

Espíritu Santo; y despues, viéndote, Jesus mio, conversar entre los hombres, con devoto y humildísimo afecto decía: *El amigo del esposo, que está en su presencia y le oye, se regocija mucho al oír la voz del esposo*: así deseo yo estar inflamado de grandes y santos deseos, y presentarme á tí con todo el afecto de mi corazon. Por eso te ofrezco y dedico los júbilos de todos los corazones devotos, los vivísimos afectos, los embelesos espirituales, las soberanas iluminaciones, las visiones celestiales, y todas las virtudes y alabanzas con que te han celebrado y pueden celebrar todas las criaturas en el cielo y en la tierra: recíbelo todo por mí, y por todos los encomendados á mis oraciones, para que seas por todos dignamente alabado y glorificado para siempre.

4. Recibe, Señor, Dios mio, mis deseos y ánsias de darte infinita alabanza y bendicion inmensa, los cuales te son justísimamente debidos, segun la multitud de tu inefable grandeza.

Esto te ofrezco ahora, y deseo ofrecerte cada dia y cada momento; y convido y ruego con instancia y afecto á todos los espíritus celestiales, y á todos tus fieles á que te alaben y te den gracias juntamente conmigo.

5. Alábente todos los pueblos, todas las tribus y lenguas, y engrandezcan tu santo y dulcísimo nombre con sumo regocijo é inflamada devocion.

Merezcan hallar tu gracia y misericordia todos los que con reverencia y devocion celebran tu altísimo sacramento, y con entera fé lo reciben; y ruegen á Dios humildemente por mí, pecador.

Y cuando hubieren gozado de la devocion y union deseada, y se partieren de la mesa celestial muy consolados y maravillosamente recreados, tengan por bien acordarse de este pobre.

Capítulo XVIII.

Que el hombre no debe ser curioso en examinar este sacramento, sino humilde imitador de Cristo, sometiendo su parecer á la sagrada fé.

JESUCRISTO.

1. Guárdate de escudriñar inútil y curiosamente este profundísimo sacramento, si no te quieres ver anegado en un abismo de dudas.

El que es escudriñador de la majestad, será abrumado de su gloria. Más puede obrar Dios, que lo que el hombre puede entender.

Pero no se prohíbe el devoto y humilde deseo de alcanzar la verdad á aquellos que siempre están prontos á ser enseñados, y caminar segun las sanas doctrinas de los santos padres.

2. Bienaventurada la sencillez que dejando los ásperos caminos de las cuestiones, vá por la senda llana y segura de los mandamientos de Dios.

Muchos perdieron la devocion, queriendo escudriñar las cosas sublimes.

Fé se te pide y vida sencilla; no elevacion de entendimiento, ni profundidad de los misterios de Dios.

Si no entiendes ni comprendes las cosas más triviales, ¿cómo entenderás las que están sobre la esfera de tu alcance?

Sujétate á Dios, y humilla tu juicio á la fé, y se te dará la luz de la ciencia, segun te fuere útil y necesaria.

3. Algunos son gravemente tentados contra la fé en este sacramento; mas esto no se ha de imputar á ellos, sino al enemigo.

No tengas cuidado, no disputes con tus pensamientos, ni respondas á las dudas que el diablo te sugiere; sino cree en las palabras

de Dios, cree á sus santos y á sus profetas, y huirá de tí el malvado enemigo.

Muchas veces es muy conveniente al siervo de Dios el padecer estas tentaciones.

Pues no tienta el demonio á los infieles y pecadores á quienes ya tiene seguros; sino que tienta y atormenta de diversas maneras á los fieles y devotos.

4. Acércate, pues, con una fé firme y sencilla, y llégate al sacramento con suma reverencia; y todo lo que no puedes entender, encomiéndalo con seguridad al Dios todopoderoso.

Dios no te engaña; el que se engaña es el que cree á sí mismo demasiadamente.

Dios anda con los sencillos, se descubre á los humildes, y dá entendimiento á los pequeños, alumbrá á las almas puras, y esconde su gracia á los curiosos y soberbios.

La razon humana es flaca, y puede engañarse; mas la fé verdadera no puede ser engañada.

5. Toda razon y discurso natural debe seguir á la fé, y no ir delante de ella, ni quebrantarla.

Porque la fé y el amor muestran aquí mucho su excelencia, y obran secretamente en este santísimo y sobre excelentísimo sacramento.

El Dios eterno, inmenso y de poder infinito hace cosas grandes é inescrutables en el cielo y en la tierra; y sus obras admirables se ocultan á toda investigacion

Si tales fuesen las obras de Dios, que fácilmente se pudiesen comprender por la razon humana, no se dirían inefables ni maravillosas.

CONFESION

Hecho el exámen de conciencia, se dirá la siguiente

ORACION

PARA ANTES DE LA CONFESION.

Pídase al Señor gracia para confesarse bien, diciendo de todo corazon:

Señor Dios Todopoderoso, que deseais la salvacion de las almas, y no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva: yo os suplico humildemente por las oraciones y merecimientos de todos los Santos, y por la intercesion de la Virgen María, Reina del Cielo, Madre de vuestro Unigénito Hijo, y Madre mía, me deis espíritu de compuncion, y lágrimas de corazon para que perfectamente conozca y llore mis pecados, y alcance remision entera, y perdon de todas mis culpas. Amen.

ACTO DE CONTRICION.

Señor mio Jesucristo, etc.

ORACION

PARA PEDIR EL PERDON DE LOS
PECADOS.

Dios mio, fuente de misericordia, á Vos llego yo pecador, tened por bien de limpiar mis pecados. Pequé, Dios mio, por flaqueza contra Vos, Padre Eterno, Todopoderoso; por ignorancia contra vuestro Unigénito Hijo, Sabiduría infinita; y por malicia, contra el Espíritu Santo, piadoso: con estas culpas os ofendí, Trinidad Soberana. ¡Ay de mí, miserable, cuántos y cuán grandes pecados he cometido, y con qué facilidad os he dejado, Señor!

¡Oh Dios mio, cuánto daño he hecho con palabras y obras, pecando oculta y públicamente y con porfía! Por lo cual os pido y suplico, por los merecimientos de vuestro piadosísimo Hijo, y la

intercesion de su santísima Madre, que no mireis mi maldad, sino vuestra inmensa bondad y misericordia, y que me perdoneis piadosamente lo que he hecho, dándome dolor de los pecados pasados, y eficaz remedio para no volverlos á cometer. Amen.

Rezadas estas oraciones, se dirá la *Confesion general* y se irá á decir las culpas al Confesor, con firme propósito de enmendarlas, y con gran humildad, como quien vá á pedir perdon de ellas á Jesucristo nuestro Señor, que las sabe, y conoce lo más secreto de nuestro corazon.

ORACION

PARA DESPUES DE LA CONFESION.

Amorosísimo Redentor mío, yo os suplico por vuestros merecimientos, é intercesion de vuestra Santísima Madre, y de los Santos, que haya sido agradable, y tenuta por buena esta confesion mia; y que cualquiera cosa que á esta, y á las demás que he hecho, le haya faltado de la suficiente contricion, puridad é integridad,

lo supla vuestra piedad y misericordia; y segun ella tengais por bien de tenerme más copiosamente absuelto en el cielo. Amen.

Recibida la absolucion irá el penitente delante del Santísimo Sacramento, y rezará la penitencia, si fuere leve, y si no la cumplirá cuanto antes, y luego dará á Dios gracias por las mercedes que le ha hecho.

COMUNION

ORACIONES

PARA ANTES DE LA COMUNION

Omnipotente Dios, y Señor mio, corre mi corazon á recibir con suma ánsia y reverencia el Sacramento de tu Hijo y Señor mio Jesucristo. Voy, Dios mio, como el ciervo á la fuente de las aguas, el ciego á buscar la luz, el pobre á buscar el socorro, el necesitado de todo, al todo rico, todo liberal y todo misericordioso.

Suplico, pues, Dios mio á esa liberalidad y largueza sobre toda

largueza y liberalidad, que cures mis enfermedades, sanes mis heridas, laves mis manchas, alumbrés mis tinieblas, socorras mis necesidades, vistas mi desnudez, y gobiernes mis potencias, sentidos y facultades.

Concédeme, Señor, que dignamente reciba este pan de Angeles, Rey de Reyes, Señor de los Señores, Criador de todo lo criado, gozo, consuelo y remedio de todas las criaturas.

Recíbale, Señor, con tanta reverencia y humildad, con tan grande contricion, con tan pura intencion y tierna devocion, con tan constante fé, cierta esperanza, ardiente caridad, y con tan profunda humildad, que mi alma sea sana y salva.

Concédeme, Señor, te suplico, no solo que reciba el Sacramento, sino al Señor, mérito, gracia y virtud del Sacramento.

Oh misericordioso Dios, concédeme el Cuerpo, Alma, Divinidad y Humanidad de tu Hijo Jesucristo, Señor mio. Dáme en él, con él

y por él los tesoros de la gracia, y las prendas de la gloria.

Concédeme aquel mismo que nació y salió del tálamo virginal de su Madre Beatísima María. Concédeme, que con él eternamente me una, me estreche; me enlace, me incorpore, y entre sus espirituales miembros, sea en la gloria cöntado.

Concédeme con tu Hijo preciosísimo, el don santo de la perseverancia en lo bueno, y una eficaz gracia de apartarme, y resistirme á todo lo malo.

Concédeme, con tu Hijo preciosísimo el don santo de la perseverancia en lo bueno, y una eficaz gracia de apartarme, y resistirme á todo lo malo.

Concédeme, que á este mismo Jesus, Señor, y bien de mi alma, que ahora he de recibir Sacramentado, le vea en la gloria manifiesto, alabado y adorado, por todos los siglos de los siglos. Amen.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

Piadosísima y dulcísima Reina de los Angeles, que trajísteis en vuestro purísimo tálamo á vuestro Hijo Jesus, mi Redentor y Salvador; interesada sois en que yo le hospede en mi corazon con el amor, reverencia y humildad que cabe en una pura criatura. Adornad, Madre dulcísima, mi alma con vuestras virtudes, para que así sea digno trono de tan gran Señor. Yo quisiera arder en su amor como un Serafin, y si me fuera posible, como él se ama á sí mismo; porque la bondad del dulce Jesus es infinitamente amable. Confío, Señora, que pues sois Madre de pecadores, habeis de manifestarlo en esta ocasion, y pedir á vuestro Santísimo Hijo se digne venir á mi alma, y llenarla de su gracia y bendicion.

Cuando se acerca el momento de comulgar, mientras el ayudante dice el *Confiteor*,

se dirá el *Yo pecador*, y despues tres veces con el Sacerdote:

Señor mio Jesucristo, no soy digno de que vuestra divina Majestad entre en mi pobre morada; mas por vuestra santísima palabra séanme perdonados los pecados, y mi alma quede sana y salva.

PARA DESPUES DE LA COMUNION.

ACCION DE GRACIAS.

Señor, Dios mio, me confieso por insuficiente para daros las debidas gracias por este beneficio, y así os doy todas las que os han dado mi Señor Jesucristo, y la Virgen Santísima su Madre, y todos los Santos cuando comulgaban, y las que ahora os dán todos los bienaventurados en el cielo, y las almas justas que comulgan en la tierra; y deseo alabaros con las lenguas y corazones de todas las criaturas que han sido, son y serán.

ORACION Á NUESTRA SEÑORA.

Oh Virgen María, dignísima Madre de Jesucristo, Serenísima

Reina del cielo y tierra, que mereciste traer en tu Sacratísimo seno al mismo criador de las criaturas, cuyo venerabilísimo Cuerpo yo he recibido. Ten, Señora, por bien de intervenir por mí, para que cualquiera cosa que contra este sacramento he hecho por ignorancia ó negligencia, ó por otra cualquier manera, me la perdone por tus ruegos Jesucristo tu Hijo, el cual con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

Ahora para ganar las indulgencias que pueden ganarse en el día de hoy, se rezará la estacion al Santísimo Sacramento, rogando por el Papa, por la exaltacion de la Fé, católica, paz entre los pueblos y príncipes cristianos, extirpacion de las herejías: conversion de los pecadores, propagacion de la Fé, y demás fines de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Mientras está Jesucristo realmente presente en el pecho del que comulga, es el tiempo más á propósito para pedirle mercedes.

Después de haberse ocupado santamente en alguna piadosa consideracion, se retirará con toda modestia, sin olvidar en todo el día el gran favor recibido. Pero no solo en este día se ha de procurar vivir virtuosamente, y no cometer pecado alguno mortal, sino toda la vida.

SANTA MISA.

ORACION

PARA DISPONERSE Á OIRLA BIEN.

Yo me presento, ¡oh adorable Salvador mio! delante de vuestros santos altares para asistir á vuestro divino sacrificio. Dignáos, Dios mio, aplicarme todo el fruto que deseais que yo saque de él, y suplid las disposiciones que me faltan. Disponed mi corazón para los dulces efectos de vuestra bondad: fijad mis sentidos, reglad mi espíritu, purificad mi alma, borrad con vuestra preciosa sangre mis pecados: olvidadlos todos, ¡oh Dios de las misericordias! pues yo los detesto por vuestro amor, y os pido muy humildemente perdon de ellos, perdonando con todo mi corazón á todos aquellos que hubieren podido ofenderme. Haced ¡oh mi dulce Jesus! que uniendo mi

intencion á la vuestra me sacrifique todo á Vos, como Vos os sacrificais enteramente por mi amor.

Al principiar la misa.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

En vuestro santo nombre ¡oh adorable Trinidad! asisto á este muy santo y muy augusto sacrificio, para rendiros los homenajes y honores que os son debidos.

Permitidme, divino Salvador, unir mi intencion á la del ministro de vuestro altar, para que pueda ofrecer la preciosa víctima de mi salud; y dadme los sentimientos que debería haber tenido en el Calvario, si hubiera asistido al sacrificio sangriento de vuestra pasion.

Confiteor Deo.

Yo, pecador, me confieso á Dios Todopoderoso, á la bienaventurada siempre Virgen María, al

bienaventurado San Miguel Arcángel, á San Juan Bautista, á los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, á todos los santos y á Vos Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mí culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. Por tanto ruego á la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, á San Juan Bautista, á los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, á todos los santos y á Vos Padre espiritual, que rogueis por mí á Dios nuestro Señor.

(Esta confesion se ha de decir acompañada de un amargo recuerdo de nuestros pecados y de un sincero arrepentimiento). Se puede añadir.

Señor, escuchad favorablemente mi súplica, y concededme la indulgencia, la absolucion y el perdon de todos mis pecados.

Kiries.

Ejercitándose en sentimientos de confianza en la bondad de Dios, se dirá:

Misericordia, Señor; misericordia, Señor; misericordia, Señor.

Divino Criador de nuestras almas, tened piedad de la obra de vuestras manos: Padre misericordioso, tened compasion de vuestros hijos.

Autor de nuestra salud, sacrificado por nosotros, aplicadnos los méritos de vuestra muerte y de vuestra preciosa sangre.

Amable Salvador, dulce Jesus, compadécete de nuestras miserias, perdónanos nuestros pecados.

Gloria in excelsis.

Concibiendo un gran deseo de procurar á Dios la mayor gloria, se dirá:

Gloria á Dios en las alturas.

Y paz á los hombres de buena voluntad.

Señor, nosotros os alabamos.
Os bendecimos.

Os glorificamos.

Nosotros os damos gracias por vuestra infinita gloria.

Señor, Dios, Rey de los cielos,
Dios Padre omnipotente.

Señor, Hijo unigénito, Jesucristo.

Señor, Dios, Cordero de Dios; Hijo del Padre.

Vos, que borrais los pecados del mundo, tened piedad de nosotros.

Vos, que quitais los pecados del mundo, recibid benignamente nuestras súplicas.

Vos, que estais sentado á la diestra de Dios Padre, tened misericordia de nosotros.

Porque vos solo sois Santo.

Solo vos sois Señor.

Solo vos altísimo.

Con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amen.

Despues se dirá la siguiente oracion:

Concedednos, Señor, todas las gracias que pide vuestro ministro. Uniéndome á él, os hago la misma súplica para todos aquellos por quienes estoy obligado á pedir, para que á ellos y á mi nos déis todos los auxilios que sabemos necesitamos, á fin de obtener la vida eterna en el nombre de Jesucristo nuestro Señor. Amen.

Epístola.

Se suplirá por la oracion siguiente:

Bendito y alabado seais ¡oh Señor! porque os dignásteis comunicar vuestro espíritu á los santos profetas y apóstoles, manifestándoles cosas tan admirables y ocultas á los hombres, para que cediesen en gloria vuestra, y fuesen útiles para nuestra salvacion. Creo firmemente sus palabras, porque son palabras vuestras. Concededme el que por medio de las instrucciones de vuestra Iglesia entienda, aproveche y ejecute por toda mi vida lo que me enseñan; y en especial haced que yo cumpla los dos grandes preceptos del amor que comprenden toda la ley y los profetas.

Evangelio.

Meditando que él es la regla de nuestra fé y costumbres, y arrepintiéndonos de no observarla bien como lo prometimos en el bautismo, diremos la siguiente oracion:

Alabado seais siempre, oh Señor; porque no contento con

enseñarnos por medio de vuestros profetas y apóstoles, os dignasteis hablarnos tambien por él, de Jesucristo vuestro Hijo. Vos Señor, dando una voz desde el cielo nos mandas que le oigamos: dignaos hacer que nos aprovechemos de su doctrina. ¡Oh Jesus, Salvador mio! Cuanto está escrito de Vos en vuestro Evangelio, es la misma verdad: todo es sabiduría en vuestras acciones: todo poder y bondad en vuestros milagros: Vos teneis palabras de vida eterna. Vuestras palabras son espíritu y vida: yo las creo firmemente; concededme la gracia de practicarlas, obedeciéndoos, amándoos é imitándoos.

Credo.

Creo en un solo Dios, Padre omnipotente, criador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles; y en un solo Señor Jesucristo; Hijo único de Dios, y que nació del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios,

luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, hacedor de todas las cosas, que bajó del cielo por nosotros y para nuestra salvacion; *y encarnó por obra del Espiritu Santo en las purísimas entrañas de la Virgen Maria, y se hizo hombre.* Crucificado tambien por nosotros bajo el poder de Poncio Pilato, padeció y fué sepultado. Y resucitó al tercero dia segun estaba anunciado en las santas Escrituras. Y subió al cielo, donde está sentado á la diestra del Padre. Y vendrá segunda vez lleno de gloria á juzgar á los vivos y á los muertos, y su reino no tendrá fin. Creo tambien en el Espíritu Santo, señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo, que es adorado y glorificado juntamente con el Padre y con el Hijo, que habló por los Profetas. Creo tambien que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo que perdona los pecados, y espero la resurreccion

de los muertos y otra vida que ha de haber despues de esta. Amen.

Al ofertorio.

Se dirá la siguiente oracion:

Padre infinitamente Santo, Dios Todopoderoso y eterno, por indigno que sea yo de parecer delante de vos, me atrevo á presentaros esta hostia inmaculada y este cáliz saludable, por las manos del sacerdote, con la intencion que tuvo Jesucristo, mi Salvador, cuando instituyó este sacrificio. Yo os lo ofrezco para reconocer vuestro soberano dominio sobre mí y sobre todas las criaturas: yo os lo ofrezco por la expiacion de mis pecados, y en accion de gracias por todos los beneficios de que me habeis colmado: yo os ofrezco, en fin, este sacrificio por todos los fieles cristianos vivos y difuntos, para que así á ellos como á mí nos aproveche para la salvacion en la vida eterna. Amen.

Al lavarse las manos el Sacerdote.

Se rezarán con espíritu de que Dios nos purifique hasta de los más leves pecados los siguientes versículos:

Lavaré mis manos entre los inocentes y rodearé vuestro altar ¡oh Señor!

Á fin de oír la voz de vuestras alabanzas y contar todas vuestras maravillas.

Señor, yo he amado la hermosura de vuestra casa y el lugar donde reside vuestra gloria. Y así no perdais ¡oh Dios mio! mi alma con los impíos, y mi vida con los hombres sanguinarios, que tienen sus manos llenas de injusticias y maldades, y su derecha colmada de regalos.

Pero á mí que he caminado por las sendas de la inocencia, libradme y usad conmigo de vuestra misericordia.

Mi pié ha permanecido firme en el camino recto: yo os bendeciré, Señor, en las congregaciones de los fieles.

Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo. Así como era en el principio; lo es ahora, y lo será siempre por los siglos de los siglos. Amen.

Al orate fratres (horad hermanos), se dirá con lo íntimo del corazón:

El Señor reciba el sacrificio que tú le ofreces, y nosotros también le ofrecemos por tu ministerio: recíballo en honra y gloria de su nombre, y para nuestra utilidad particular y de toda la de su Iglesia Santa.

Prefacio.

Elevando el espíritu al cielo y considerando la majestad divina, se dirá la oración siguiente como preámbulo al Cánon de la misa.

Hé aquí el feliz momento en que el Criador de cielos y tierra vá á parecer por un portentoso milagro, Señor, llenadme de vuestro espíritu: haced que mi corazón, separándose de las cosas terrenas, no piense sino en vos. ¡Cuán grande es la obligación que tengo yo de alabaros y bendeciros

en todo tiempo y en todo lugar, Dios Todopoderoso y eterno! Nada es más justo ni para nosotros más ventajoso que unirnos á Jesucristo para adoraros continuamente. Él es por quien todos los espíritus bienaventurados rinden sus homenajes, alaban, adoran, veneran con respetuoso temor, y glorifican á vuestra suprema majestad. Permitid, Señor, que nosotros juntemos nuestras débiles lenguas á las de aquellas santas criaturas, y que de concierto con ellas digamos trasportados de alegría y asombro:

Santo, santo, santo es el Señor, el Dios de los ejércitos. El universo está lleno de vuestra gloria. Salud y gloria en los cielos. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Salud y gloria en los cielos.

Canon de la misa.

Al principiar éste, que es despues del prefacio, se dirá la oracion siguiente:

Nosotros, Padre infinitamente misericordioso, os pedimos en

nombre de Jesucristo, vuestro Hijo, Señor nuestro, tengais por agradable, y bendigais la ofrenda, que os presentamos primeramente por vuestra santa Iglesia, á fin de que os digneis darla paz, guardarla, mantenerla en la union, y gobernarla juntamente con sus prelados y con todos los que profesan la fé católica, apostólica romana. Os encomendamos tambien, Señor, á aquellos por quienes la justicia, la caridad y el reconocimiento nos obligan á pedirlos; á todos los que están presentes á este adorable sacrificio, y singularmente á N. N. Y á fin ¡oh gran Dios! de que nuestros homenajes os sean más agradables, nos unimos á la gloriosa siempre Virgen María, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo, á todos vuestros apóstoles, á los bienaventurados mártires, y á todos los santos y santas de la corte celestial.

¡Que no tenga yo ahora el deseo, la fé y el amor que se necesitan! Venid Jesus; venid, reparador del

mundo; venid á perfeccionar un misterio que es el compendio de todas vuestras maravillas. Ya viene el Cordero de Dios: he aquí al adorable víctima por quien todos los pecados del mundo son perdonados.

Á la elevacion de la hostia.

Se dirá por tres veces:

Adorámoste, preciosísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que en el ara de la Cruz fuíste digno sacrificio para rendicion del mundo.

Á la elevacion del cáliz.

Se dirá por otras tres veces;

Adorámoste, preciosísima sangre de nuestro Señor Jesucristo, que en el ara de la Cruz fuíste derramada para redencion de nuestros pecados.

Despues de la adoracion se dirá:

¿Cuál sería en adelante mi malicia y mi ingratitud, si despues

de haber visto lo que estoy viendo, consintiera en ofenderos? No, mi Dios, yo no olvidaré jamás lo que vos me representais por esta augusta ceremonia; los sufrimientos de vuestra pasion: la gloria de vuestra resurreccion: vuestra presencia real á mis ojos sobre ese altar. Permitid, mi Dios, que todos los que con la boca ó con el corazon participan de esta sagrada víctima, sean llenos de su bendicion; y que esta bendicion se extienda á las almas de los fieles que murieron en la paz y comunion de la Iglesia. y particularmente de N. N. Concédeles, Señor, en vista de este sacrificio la libertad entera de sus penas.

Dignaos otorgar tambien algun dia esta gracia á nosotros mismos, Padre infinitamente bueno, y hacednos entrar en compañía, con los santos apóstoles, los santos mártires y todos los demás bienaventurados, á fin de que podamos amaros y glorificaros eternamente con ellos. Amen.

Al Pater Noster.

Además de rezar un Padre nuestro se dirá la oracion siguiente:

¡Qué feliz soy yo, oh Dios mio, en teneros por Padre! ¡Cuánta es mi alegría al pensar que el cielo, en que vos estais sentado, debe ser algun dia mi morada! Glorificado sea vuestro santo nombre por toda la tierra. Reinad absolutamente sobre todos los corazones y sobre todas las voluntades. Conceded á vuestros hijos el alimento del espíritu y del cuerpo. Nosotros perdonamos de corazon á nuestros enemigos: perdonadnos tambien, mi Dios: sostenednos en las tentaciones y en los males de esta miserable vida, y preservadnos del pecado, que es el mayor de todos. Amen.

Al Agnus Dei.

Dándose golpes de pecho se dirá:

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, concédenos la paz (*).

Señor Jesucristo, que digiste á tus Apóstoles: yo os dejo la paz, yo os doy mi paz; no mires á mis pecados, sino á la fé de tu Iglesia, y dignate darla la paz, y unirla segun tu voluntad; tú que siendo Dios vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Así sea.

Al Comulgar el Sacerdote.

Se dirá por tres veces, dándose golpes de pecho y excitando en el corazon un deseo ardiente de recibir á Jesucristo, juntamente con el sacerdote:

Señor, yo no soy digno de que Vos entreis en mi pobre morada: mas decid una sola palabra, y mi alma será sana.

(*) En las misas de difuntos, en lugar de las últimas palabras se dide. *dales reposo eterno.*

Despues, con el n.ismo ardiente deseo de recibir á Jesucristo Sacramentado, y dándole un amoroso abrazo como si en realidad le hubiésemos recibido se hará la

Comunion Espiritual.

Creo, Jesus mio, que estais en el Santísimo Sacramento: os amo sobre todas las cosas, y deseo recibiros dentro de mi alma, pero no pudiendo ahora sacramentalmente, venid á lo menos espiritualmente á mi corazon; y como si ya hubieseis venido, os abrazo y me uno todo á Vos; no permitais Señor, que jamás me aparte de Vos.

Últimas Oraciones.

En lugar de ellas se dirá la siguiente:

Vos acabais ¡oh Dios mio! de sacrificaros por mi salud: yo quiero sacrificarme por vuestra gloria. Yo soy vuestra víctima: no me desecheis. Yo acepto con todo mi corazon los trabajos que os agradare enviarme: yo los recibo de vuestra mano, y así os bendigo y

os glorifico. Yo he asistido, mi Dios, á vuestro divino sacrificio: Vos me habeis llenado de vuestros favores. Yo huiré con horror de las menores manchas del pecado: sobre todo, de aquel á que mi inclinacion me arrastra con más violencia. Yo seré fiel á vuestra ley; y estoy resuelto á perderlo todo y á padecer cuantos males haya, antes que violarla.

À la Bendicion.

Benedicid, oh mi Dios, estas santas resoluciones: bendecidnos á todos por la mano de vuestro ministro, y que los efectos de vuestra bendicion queden eternamente en nosotros. *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.*

Evangelio último.

Por la señal etc.

En el principio era el Verbo, el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron

hechas por él, y nada de lo que ha sido hecho, se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era luz de los hombres, y la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Este, vino á ser testigo para dar testimonio de la luz, á fin de que todos creyesen por él. No era él la luz; pero vino para dar testimonio de la luz. *El Verbo* era la luz verdadera, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Él estaba en el mundo, y el mundo fué hecho por él; pero el mundo no le conoció. Vino á lo que era suyo, y los suyos no le recibieron. Pero él ha dado el poder de hacerse hijos de Dios á todos aquellos que creen en su nombre, á todos los que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios mismo. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como la del unigénito del Padre, lleno de gracia

y de verdad. *Demos gracias á Dios.*

ORACION

PARA DESPUES DE LA MISA.

Señor, yo os doy las más humildes gracias por la merced que me habeis hecho, permitiéndome asistir hoy al sacrificio de la santa misa. Pídoos perdon por la dissipacion ó tibieza con que haya podido estar en vuestra presencia. Os ruego, finalmente, que este sacrificio me purifique de lo pasado, y me fortifique para en adelante. Amen.

ORACION

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Abridme vuestro sagrado Corazon ¡oh Jesus mio! y que vuestra bondad me una á Vos para siempre.

Yo os ofrezco todas mis acciones y todos los latidos de mi corazon, como prenda segura de mi amor, para que incesantemente de dia y de noche os digan: Os amo, ¡Dios mio! Concededme que pueda reparar mis culpas; aceptad el bien que puedo hacer, y otorgadme la inefable dicha de veros por toda la eternidad. Amen.

AL SAGRADO CORAZON DE MARÍA.

¡Oh sagrado Corazon de María! yo os ofrezco y consagro el mio. Vos sereis para siempre el objeto de mi veneracion, de mi amor y confianza.

Dignáos, Señora, abrirme vuestro Corazon y recibirme en él. Alcanzadme la gracia de imitar como Vos á Jesus; socorredme en los peligros, consoladme en las aflicciones, y enseñadme á hacer un santo uso de los bienes y los males de esta vida. Amen.

AL GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ.

Acordaos, ó castísimo Esposo de la Virgen María, y amable protector mio San José, que jamás se ha oido decir que ninguno haya invocado vuestra proteccion é implorado vuestro auxilio sin haber hallado consuelo. Lleno, pues, de confianza en vuestro poder vengo á vuestra presencia y me encomiendo á Vos con todo fervor. ¡Ah! no desecheis mis súplicas, oh padre nutricio del Redentor, antes bien acogedlas propicio, y dignáos acceder á ellas benignamente. Amen.

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

	<u>PÁGS.</u>
CAP. I. De la imitacion de Cristo, y desprecio de todas las vanidades del mundo.	6
II. Del bajo aprecio de sí mismo.	9
III. De la doctrina de la verdad.	12
IV. De la prudencia en las acciones.	17
V. De la leccion de las santas Escrituras.. . . .	18
VI. De los deseos desordenados.	20
VII. Cómo se ha de huir la vana esperanza y la soberbia.	21
VIII. Cómo se ha de evitar la mucha familiaridad.. . . .	23
IX. De la obediencia y sujecion.	24
X. Cómo se ha de cercenar la demasiada de las palabras.	26
XI. Cómo se adquiere la paz, y del celo de aprovechar.	28
XII. Del provecho de las adversidades.	31
XIII. Cómo se ha de resistir á las tentaciones.	33
XIV. Cómo se deben evitar los juicios temerarios.. . . .	38
XV. De las obras hechas de caridad.	40
XVI. Del sufrimiento de los defectos ajenos.. . . .	42
XVII. De la vida monástica.	44
XVIII. Del ejemplo de los santos padres.. . . .	46
XIX. De los ejercicios del buen religioso	50

XX. Del amor de la soledad y silencio.	55
XXI. De la compuncion del corazon.	61
XXII. Consideracion de la miseria humana.	65
XXIII. De la meditacion de la muerte.	70
XXIV. Del juicio y penas de los pecadores.	76
XXV. De la fervorosa enmienda de toda nuestra vida.	82

LIBRO SEGUNDO

CAP. I. De la conversacion interior.	90
II. De la humilde sumision.	97
III. Del hombre bueno y pacifico.. . . .	98
IV. Del puro corazon y sencilla intencion.	101
V. De la consideracion de sí mismo.	103
VI. De la alegría de la buena conciencia.	105
VII. Del amor de Jesus sobre todas las cosas.	108
VIII. De la familiar amistad de Jesus.	110
IX. Del carecimiento de toda consolacion.	114
X. Del agradecimiento por la gracia de Dios.	120
XI. Cuán pocos son los que aman la cruz de Cristo.	124
XII. Del camino real de la santa Cruz.	127

LIBRO TERCERO

CAP. I. Del habla interior de Cristo al alma fiel.	139
--	-----

- II. Cómo la verdad habla dentro
del alma sin gonido de pa-
labras. 141
- III. Que las palabras de Dios se
deben oír con humildad, y
cómo muchos no las consi-
deran como deben. 143
- Oracion para pedir la gracia
de la devocion. 147
- IV. Debemos conversar delante de
Dios con verdad y humildad. 148
- V. Del maravilloso efecto del di-
vino amor. 152
- VI. De la prueba del verdadero
amor. 157
- VII. Cómo se ha de encubrir la gra-
cia bajo el velo de la humil-
dad. 161
- VIII. De la vil estimacion de sí mis-
mo ante los ojos de Dios. . . 166
- IX. Todas las cosas de deben refe-
rir á Dios como á ultimo fin. 168
- X. En despreciando el mundo, es
dulce cosa servir á Dios. . . 170
- XI. Los deseos del corazon se de-
ben examinar y moderar. . . 174
- XII. Declárase qué cosa sea pacien-
ciencia, y la lucha contra el
apetito. 177
- XIII. De la obediencia del súbdito
humilde á ejemplo de Jesu-
cristo. 180
- XIV. Cómo se se han de considerar
los secretos juicios de Dios
para que no nos envanezca-
mos. 183
- XV. Cómo se debe uno haber y decir
en todas las cosas que desear. 186

Oracion para conseguir la voluntad de Dios.. . . .	188
XVI. En solo Dios debe buscarse el verdadero consuelo,	189
XVII. Toda nuestra atencion se ha de poner en solo Dios, . . .	191
XVIII. Que se sufran con serenidad de ánimo las miserias temporales, á ejemplo de Cristo.. . . .	193
XIX. De la tolerancia de las injurias, y cómo se prueba al verdadero paciente,	196
XX. De la confesion de la propia flaqueza, y de las miserias de esta vida.	199
XXI. Se ha de descansar en Dios sobre todas las cosas.	203
XXII. De la memoria de los innumerables beneficios de Dios.	208
XXIII. Cuatro cosas que causan gran paz.	212
Oracion contra los malos pensamientos.	214
Oracion pidiendo la luz del entendimiento.. . . .	215
XXIV. Cómo se ha de evitar la curiosidad de saber las vidas ajenas.. . . .	216
XXV. En qué consiste la paz firme del corazon, y el verdadero aprovechamiento.. . . .	218
XXVI. De la elevacion del espíritu libre, la cual se alcanza mejor con la oracion humilde, que con la lectura.	221
XXVII. El amor propio estorba mucho el bien eterno.	224

Oracion para pedir la limpie-	
za del corazon, y la sabi-	
duria celestial.. . . .	226
XXVIII. Contra las lenguas maldi-	
cientes.	227
XXIX. Cómo debemos llamar á Dios	
y bendecirle en el tiempo	
de la tribulacion.. . . .	228
XXX. Cómo se ha de pedir el favor	
divino, y de la confianza de	
recobrar la gracia.	230
XXXI. Del desprecio de todas las cria-	
turas, para hallar al Criador.	235
XXXII. De la abnegacion de sí mismo	
y abdicacion de todo apetito.	239
XXXIII. De la inconstancia del cora-	
zon, y que la intencion final	
se ha de dirigir á Dios.. .	241
XXXIV. Que Dios es para quien lo	
ama más delicioso que to-	
do, y en todo.	243
XXXV. En esta vida no hay seguridad	
de carecer de tentaciones..	246
XXXVI. Contra los vanos juicios de	
los hombres,	249
XXXVII. De la pura y entera renuncia	
de sí mismo para alcanzar	
la libertad del corazon.. .	251
XXXVIII. Del buen régimen en las co-	
sas exteriores, y del recurso	
á Dios en los peligros. . .	254
XXXIX. Que el hombre no sea impor-	
tuno en los negocios. . . .	256
XL. Que ningun bien tiene el	
hombre de suyo, ni cosa al-	
guna de que alabarse. . .	258
XLI. Del desprecio de toda honra	
temporal,	262

- XLII. Que nuestra paz no debe depender de los hombres.. . . . 263
- XLIII. Contra la ciencia vana del mundo. 265
- XLIV. No se deben buscar las cosas exteriores. 268
- XLV. No se debe creer á todos; y cómo fácilmente se resbala en las palabras. 269
- XLVI. De la confianza que se debe tener en Dios cuando nos dicen injurias.. . . . 274
- XLVII. Todas las cosas pesadas se deben padecer por la vida eterna. 278
- XLVIII. Del día de la eternidad, y de las angustias de esta vida. 281
- XLIX. Del deseo de la vida eterna, y cuántos bienes estan prometidos á los que pelean.. . . . 286
- L. Cómo se debe otrecer en las manos de Dios el hombre desconsolado. 292
- LI. Que debemos emplearnos en ejercicios humildes cuando no podemos en los sublimes. 298
- LII. Que el hombre no se repunte por digno de consuelo, sino de castigo. 300
- LIII. La gracia de Dios no se mezcla con el gusto de las cosas terrenas. 303
- LIV. De los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia, 306
- LV. De la corrupción de la naturaleza y de la eficacia de la gracia divina, 313

- LVI. Que debemos negarnos á nosotros mismos, y asemejarnos á Cristo por la Cruz. . . 318
- LVII. No debe acobardarse demasiado el que cae en algunas faltas.. . . . 322
- LVIII. No se deben escudriñar las cosas altas, y los juicios ocultos de Dios. 325
- LIX. Toda la esperanza y confianza se debe poner en solo Dios. 332

LIBRO CUARTO

Del Santísimo Sacramento.

- Exhortacion devota á la sagrada comunión.. . . . 337
- CAP. I. Con cuánta reverencia se ha de recibir á Cristo.. . . . 338
- II. De la gran bondad y caridad de Dios que se manifiesta en este sacramento para con los hombres.. . . . 347
- III. Que es provechoso comulgar con frecuencia. 352
- IV. De los muchos bienes que se conceden á los que devotamente comulgan.. . . . 356
- V. De la dignidad del sacramento y del estado del sacerdocio. . 361
- VI. Ejercicio para antes de la comunión. 365
- VII. Del exámen de la propia conciencia, y del propósito de la enmienda. 366

VIII. Del ofrecimiento de Cristo en la cruz, y de la propia resignacion.	370
IX. Que debemos ofrecernos á Dios con todas nuestras cosas y rogarle por todos.	372
X. No se debe dejar fácilmente la sagrada comunión.	376
XI. El cuerpo de Cristo y la Sagrada Escritura son muy necesarias al alma fiel.	382
XII. Debe disponerse con gran diligencia el que ha de recibir á Cristo.	388
XIII. Cómo el alma devota debe desear con todo su corazón unirse á Cristo en el Sacramento.	392
XIV. Del ánsia con que algunos devotos desean el cuerpo de Cristo.	395
XV. Que la devoción se alcanza con la humildad y abnegación de sí mismo.	397
XVI. Que debemos manifestar á Cristo nuestras necesidades y pedirle su gracia.	400
XVII. Del amor fervoroso y vehemente deseo de recibir á Cristo.	403
XVIII. Que el hombre no debe ser curioso en examinar este sacramento, sino humilde imitador de Cristo sometiendo su parecer á la sagrada fé.	407
Confesion y Comunión.	411
Santa Misa.	420
Oración al Sagrado Corazón de Jesús.	441
Al Sagrado Corazón de María.	441
Al Glorioso Patriarca San José.	442

LECTURAS

DEL

LIBRO DE LA IMITACION

*ordenadas segun las diferentes
necesidades de los fieles.*

Para los Sacerdotes.

LIBRO	1.	CAPÍTULOS	XVIII, XIX, XX, XXV,
»	2.	»	XI. XII.
»	3.	»	III, X, XXXI, LVI.
»	4.	»	V, VII, X, XI, XII, XVIII.

*Para antes y despues de la Comunión, los
capitulos indicados para las personas
piadosas.*

Para los Seminaristas.

LIBRO	1.	CAPÍTULOS	XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXV.
»	3.	»	II, III, X, XXXI, LVI
»	4.	»	V, VII, X, XI, XII, XVIII.

*Para los que se dedican á los estudios
especialmente á los de Filosofia
y Teologia.*

LIBRO	1.	CAPÍTULOS	I, II, III, V.
»	3.	»	II, XLIII, XLIV, XLVIII, LVIII.
»	4.	»	XVIII.

Para los que se afligen porque adelantan poco en el estudio.

LIBRO 3. CAPÍTULOS XXIX, XXXIX, XLI, XLVII.

Para los Religiosos y Religiosas.

Los capítulos arriba indicados para los seminaristas y los que siguen para las personas piadosas.

Para las personas piadosas.

LIBRO 1. CAPÍTULOS XV, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXV,
 » 2. » I, IV, VII, VIII, IX, XI, XII.
 » 3. » V, VI, VII, XI, XXVII, XXXI, XXXII, XXXIII, LIII, LIV, LV, LVI.

Para los que están afligidos y humillados.

LIBRO 1. CAPÍTULOS XII.
 » 2. » XI, XII.
 » 3. » XII, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXIX, XXX, XXXV, XLI, XLVII, XLVIII, XLIX, L, LII, LV, LVI.

Para los que son demasiado sensibles a sus penas.

LIBRO 1. CAPÍTULOS XII.
 » 3. » XII.

Para los que se hallan tentados.

LIBRO	1.	CAPÍTULOS	XIII.
»	2.	»	IX.
»	3.	»	VI, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXIII, XX, XXXV, XXXVII, XLVII, XLVIII, XLIX, L, LII, LV.

Para las penas interiores.

LIBRO	2.	CAPÍTULOS	III, IX, XI, XII.
»	3.	»	VII, XII, XVI, XVII.
»	3.	»	XVIII, XIX, XX, XXI, XX, XXXV, XLVII, XLVIII, XLIX, L, LI, LII, LV, LVI.

Para los que están inquietos por su suerte futura, por su salud, por su fortuna ó por el éxito de un negocio.

LIBRO 3. CAPÍTULO XXXIX.

Para los que viven en el siglo, ó están distraídos por sus ocupaciones.

LIBRO 3. CAPÍTULOS XXXVIII, LIII.

Para los que son perseguidos por la calumnia á la maledicencia.

LIBRO	2.	CAPÍTULOS	II.
»	3.	»	VI, XI, XXVIII, XXXVI, XLVI.

Para los que comienzan su conversion.

LIBRO	1.	CAPÍTULOS	XVIII, XXV.
»	2.	»	I.
»	3.	»	VI, VII, XXIII, XXV, XXVI, XXVII, XXXIII, XXXVII, LII, LIV, LV.

Para las personas débiles, pusilánimes y negligentes.

LIBRO	1.	CAPÍTULOS	XVIII, XXI, XXII, XXV.
»	2.	»	X, XI, XII.
»	3.	»	III, VI, XXVII, XXX, XXXV, XXXVII, LIV, LXV, LXVII,

Para ejercicios espirituales.

LIBRO	3.	CAPÍTULOS	LIII.	} Prepara- cion:
»	1.	»	XX, XXI.	
		»	XXII. Miserias de la vida	
»	1.	»	XXIII. La muerte.	
		»	XXIV. } El jnicio y el	
		»	XIV. } infierno.	
»	3.	»	XLVIII. El Cielo.	
		»	LIX. Conclusion.	

Para alcanzar la paz interior.

LIBRO	1.	CAPÍTULOS	VI, XI.
»	2.	»	III, VI.
»	3.	»	VII, XXIII, XXV, XXXVIII.

Para las personas disipadas.

LIBRO	1.	CAPÍTULOS	XVIII, XXI, XXII, XXIII, XXIV.
»	2.	»	X, XII.
»	3.	»	XIV, XXVII, XXXIII XLV, LIII, LV.

Para los pecadores insensibles.

LIBRO	1.	CAPÍTULOS	XXIII, XXIV.
»	3.	»	XIV, XV.

Para los que viven en la ociosidad.

LIBRO	3.	CAPÍTULOS	XXIV, XXVII.
-------	----	-----------	--------------

Para los que dan oídos a la murmuración.

LIBRO	1.	CAPÍTULO	IV.
-------	----	----------	-----

Para los que son inclinados al orgullo.

LIBRO	1.	CAPÍTULOS	VII, XIV.
»	2.	»	XI.
»	3.	»	XII, VIII, IX, XI, XIII, XIV, XL, LII.

Para las personas obstinadas.

LIBRO	1.	CAPÍTULOS	IX.
»	3.	»	XIII, XXXII, XLIV

Para las personas impacientes.

LIBRO	3.	CAPÍTULOS	XV, XVI, XVII, XVIII, XIX.
-------	----	-----------	-------------------------------

Para los desobedientes.

LIBRO 1. CAPÍTULOS IX.
 » 3. » XIII, XXXII.

Para los habladores.

LIBRO 1. CAPÍTULOS X.
 » 3. » XXIV, XLIV, XLV.

*Para los que reprenden las faltas ajenas
olvidándose de las propias.*

LIBRO 1. CAPÍTULOS XI, XIV, XVI.
 » 2. » V.

*Para los que tienen una devocion falsa ó
mal entendida.*

LIBRO 3. CAPÍTULOS IV, VI, VII.

Para inspirar la rectitud de intencion.

LIBRO 3. CAPÍTULO IX.

Para las personas demasiado susceptibles.

LIBRO 3. CAPÍTULO XLIV.

*Para los que se dejan llevar del atractivo de
la amistad humana.*

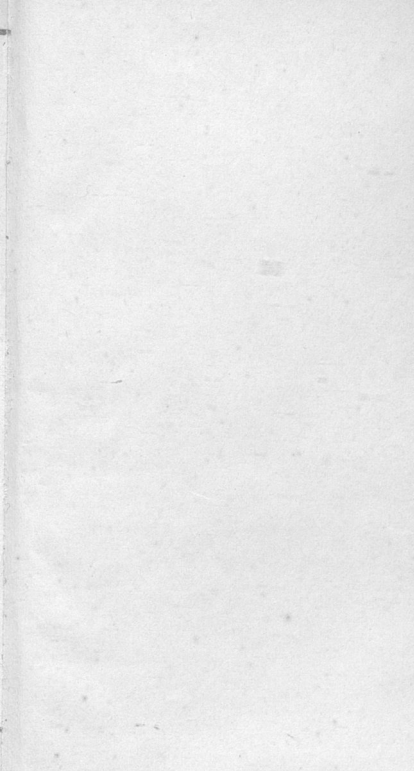
LIBRO 1. CAPÍTULOS VIII, X.
 » 2. » VII, VIII
 » 3. » XXXII, XLII, XLV.

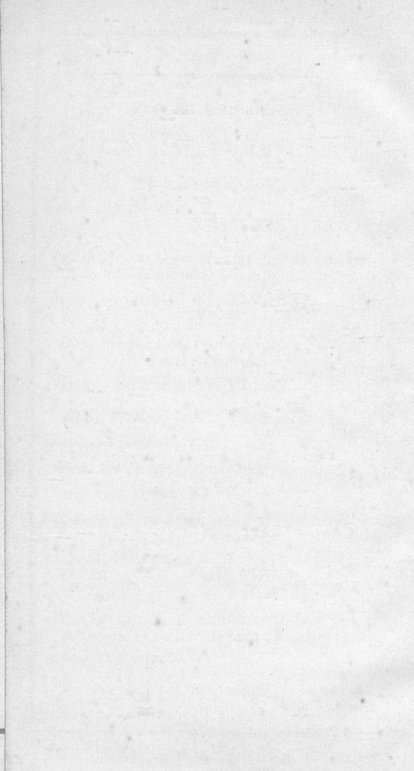
*Para los que se escandalizan de la sencillez
ó oscuridad de las sagradas Escrituras.*

LIBRO 1. CAPÍTULO V.

Para los que son propensos á la envidia.

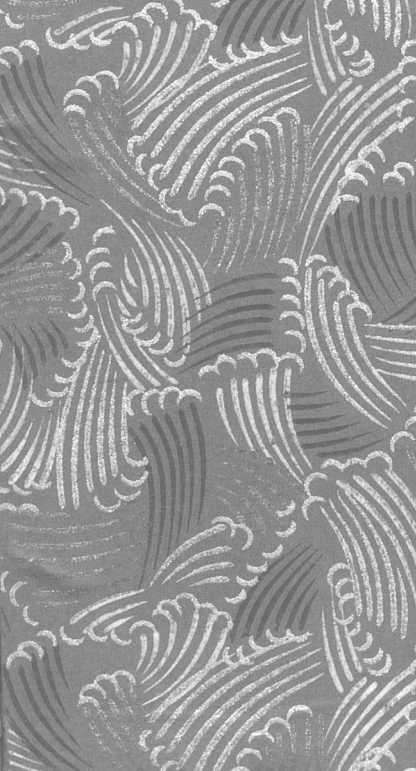
LIBRO 3. CAPÍTULOS XXII, XLI.

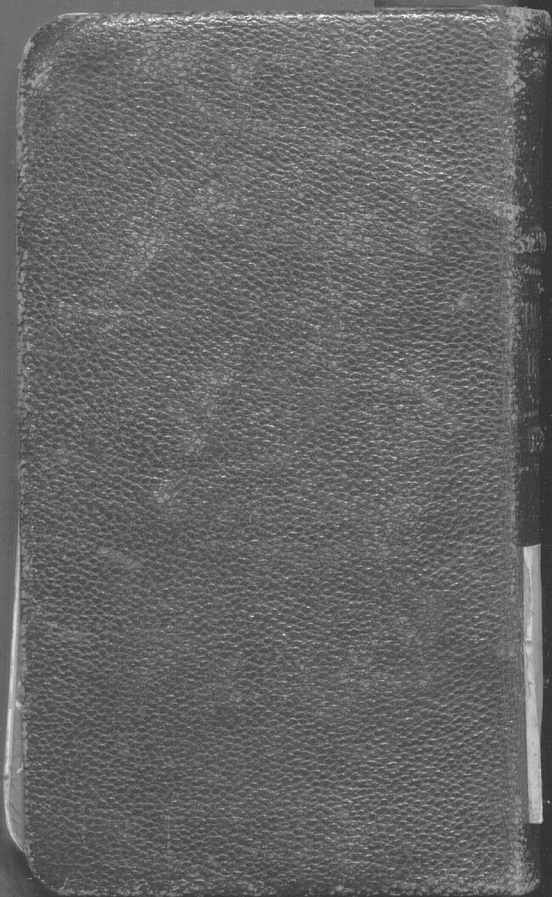












MA- 1009

MANUS

MISSAGIOT

DM CRISTO